

TESTIMONIO EN TIERRAS MUSULMANAS

GILBERTO ORELLANA



TESTIMONIO EN TIERRAS MUSULMANAS
Gilberto Orellana

Estilo: Viviana Hack de Smith
Cubierta: Josanar

© PM Internacional
Apdo. 573 18080 Granada España
www.pminternacional.org info@pminternacional.org

Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para fomentar el intercambio de diferentes puntos de vista y motivar a la reflexión. Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina Valera 1960.

2008 Primera edición

Índice

Prólogo	9
1. Breve bosquejo autobiográfico	11
2. El islam tradicional o popular	21
3. Orígenes de la raza árabe	31
4. El islam	37
5. El Corán	51
6. Divisiones del islam.	67
7. La Biblia y el Corán.	77
8. Prueba de fuego.	97
APÉNDICE.	117
A. Diario de conversaciones	119
B. Cuentos y chistes árabes.	133
C. Cristianos de Marruecos bajo acoso	143

Dedico este corto trabajo a mi esposa Ruth,
y a mis dos hijas, Noemí y Rebeca,
fieles compañeras en la cosecha espiritual.

Prólogo

INCENTIVADO por las palabras de ánimo de varios hermanos en la fe pidiéndome que escribiera las experiencias vividas en el norte de África, y a la vez consciente de la gran necesidad espiritual latente en la comunidad musulmana, he querido plasmar en esta breve reseña autobiográfica las impresiones más relevantes adquiridas en dicho lugar. Además de analizar y comentar aspectos propios de la cultura musulmana, planteo el gran dilema del rechazo total por parte del islam hacia el cristianismo.

En mi afán por averiguar la raíz de este problema he examinado cuidadosamente la Biblia y el Corán, y he podido constatar que son libros que no coinciden en sus enseñanzas. El punto principal es que la Biblia dice que el Señor Jesús perdonó pecados, murió en la cruz, resucitó al tercer día y que Él es el Cristo, el unigénito Hijo de Dios nacido en forma milagrosa por el poder del Espíritu Santo. El Corán, por su parte, niega rotundamente estos hechos. Por lo tanto, debemos considerar las

evidencias más fehacientes a fin de emitir un veredicto justo y fidedigno.

De las muchas evidencias históricas y científicas que corroboran la autenticidad de la Biblia, se citan y analizan aquí algunas de ellas, con el único propósito de esclarecer la verdad. Espero, y es mi oración, que este corto y sencillo trabajo brinde cierta orientación a hermanos en la fe interesados en compartir las buenas nuevas al mundo musulmán, y asimismo proyecte un rayo de luz y esperanza en la mente y corazón de aquellos que aún no conocen al Señor Jesús (Sidna Aísa) como su Salvador personal.

Quiero también dejar constancia de mi más profundo agradecimiento al Dr. Don McCurry, quien con su enorme experiencia y profundo conocimiento ha enriquecido mi comprensión acerca del islam a través de los cursos ofrecidos por el Instituto Iberoamericano de Estudios Transculturales (IIBET), en España.

EL AUTOR

CAPÍTULO 1

Breve bosquejo autobiográfico

Con la música desde la niñez

UN HOMBRE CON UN TURBANTE sobre su cabeza, largas vestimentas blancas y luenga barba tocaba su violín mientras ascendía sobre una especie de pirámide. Las notas musicales se dejaban escuchar hasta los más recónditos rincones del lugar. A medida que aquel hombre ascendía, el agreste paisaje iba paulatinamente cobrando vida. El cielo gris tornábase en un espléndido lienzo azul, en medio del cual brillaba el sol con sus vívidos rayos de luz y todo alrededor parecía elevar un canto de alabanza al Creador.

Éste era el sueño que mi padre, quien es músico y compositor, solía tener, y que siempre me compartía desde que yo era muy pequeño. Asimismo, me hablaba de la grandeza de Dios revelada en los distantes astros, en el inescrutable mar y en todas las cosas hermosas que nos rodean.

También me hablaba del bello sonido del violín, que para él

era como la voz de un ángel. Exaltaba la belleza de la música, la cual consideraba como un regalo de Dios. Creo que toda esta influencia directa de mi padre obró en gran manera para que en mí se despertara un afecto muy especial hacia ella, y en particular hacia el violín.

Fue así que, a la vez que realizaba mis estudios, mi padre me instruía en los primeros rudimentos musicales. Mi interés por este arte crecía de tal manera que llegó a convertirse en la prioridad de mi vida. Profesaba el catolicismo y era muy religioso, pero en realidad llevaba una existencia con un corazón vacío, cediendo al pecado y a las tentaciones que me rodeaban. Lo que más ansiaba en mi juventud era descollar como un gran artista. Esto me llevó a convertir la música en mi ídolo y a desplazar a Dios del primer lugar que le correspondía en mi vida.

Después de obtener mi diploma de violinista en mi país, El Salvador, tuve la oportunidad de proseguir mis estudios en los Estados Unidos en 1968. A estas alturas mi vida estaba todavía vacía, sin verdadero propósito, y me sentía muy alejado de Dios.

Encuentro con el Señor

Un día, al encontrarme estudiando en un parque, preparándome para un examen, fui abordado por tres tímidas señoritas, quienes me expusieron el plan de salvación de Dios a través de versículos bíblicos. A pesar de la clara explicación de lo que el Señor Jesús había hecho por mí, no quise creer. No obstante, ellas me dejaron un panfleto que hablaba acerca de las «cuatro leyes espirituales». Pocos días después, al ver mi pecaminosa condición espiritual, comprendí que Cristo realmente me amaba. Me arrepentí de mi mal proceder, confesé mis pecados a Dios y le abrí mi corazón. A partir de aquel momento, mi vida empezó a cambiar con un poder sobrenatural. Busqué reunirme con las personas que me habían

hablado de Cristo; las encontré y empecé a salir a testificar con algunos hermanos que formaban el grupo. Solíamos ir al aeropuerto de la ciudad y a algunos parques para comunicar las buenas nuevas.

Transcurrieron algunos años; mi conocimiento en el Señor crecía, y en 1972 obtuve mi diploma de maestría en Composición Musical. Regresé a mi país y después de dos años, el Ministerio de Educación me ofreció el puesto de director de la Orquesta Sinfónica Nacional, cargo que acepté. Dos años después conocí a quien sería mi esposa y quien ha sido una gran bendición para mi vida. Con ella nos involucramos seriamente en varios ministerios de nuestra Iglesia Bautista Miramonte. Yo fungía como diácono y como director del coro, y mi esposa, como responsable del ministerio femenino, encargada de la Cena del Señor y del ornato del templo. Juntos éramos los líderes del ministerio de matrimonios y teníamos también una célula de oración en nuestra casa.

En mi trabajo secular con la orquesta, aprovechaba los momentos fuera de ensayo para compartir la Palabra con algunos de los profesores miembros del conjunto. A Dios gracias, hubo fruto espiritual. Sin embargo, después de once años de labor en dicha institución, fui llamado por las autoridades del Ministerio de Educación, quienes me dijeron que habían decidido destituirme porque yo estaba convirtiendo la orquesta en una iglesia. Siete duros meses siguieron para mí y para mi familia. Pero el Señor siempre estaba con nosotros supliendo nuestras necesidades, algunas veces en forma sobrenatural.

Después de esa prueba, el Ministerio de Educación me ofreció el puesto de director de la Orquesta Sinfónica Juvenil. Allí, el Señor también me permitió compartir el evangelio, esta vez a los jóvenes. Y también hubo fruto espiritual.

Llamamiento del Señor

En 1988, estando con mi esposa en una vigilia de nuestra iglesia, el Señor puso carga misionera en nuestros corazones al escuchar el testimonio de un misionero que había estado en el norte de África, quien nos hizo ver la gran necesidad espiritual en esos lugares. Además de muchas cosas interesantes, nos compartió que el arte en sus diferentes expresiones era una puerta abierta muy útil para comunicar las buenas nuevas.

Empezamos a orar mucho por aquella carga espiritual y, especialmente, por Marruecos. Luego lo compartimos con nuestros pastores y diáconos, quienes nos animaron a seguir orando y a prepararnos.

Un día (no sé si despierto o semidormido) vi una multitud de maniqués sin rostro, desnudos, caminando lentamente en el desierto. A medida que caminaban se iban hundiendo lentamente en la arena de aquel árido lugar. Esto me incentivó aun más para prepararme. Estudiamos por tres años en el instituto bíblico, recibimos un adiestramiento, y en enero de 1992 fuimos comisionados por nuestra iglesia.

En ese mismo mes llegamos a Málaga, España, donde fuimos recibidos muy fraternalmente por los hermanos de la Iglesia Evangélica Betel, con quienes permanecemos durante algún tiempo recibiendo otro módulo de adaptación transcultural impartido por el Programa Alhambra.

Los hermanos que nos preparaban creyeron que tendríamos que pasar un mes, o a lo sumo mes y medio en España, esperando nuestro visado. Sin embargo, tuvimos que esperar ¡seis meses! Esto nos afectó, pues habíamos sido preparados para enfrentar el choque transcultural en Marruecos pero no en España. Aunque se creería que por el hecho de hablar español no debíamos temer ningún choque, la verdad es que no fue así ya que es una cultura

diferente de la nuestra. Una de las características sobresalientes es su objetividad, no se andan por las ramas para decir las cosas y dan la impresión de ser personas *pesadas*, aunque en realidad no lo son, sino que es parte de su cultura.

Esto, comparado con la manera tímida, sencilla y dulce de un centroamericano, representa un contraste muy marcado, que fácilmente puede causar un choque transcultural. Un día (estábamos recién llegados a España) nos visitó un amigo por la mañana y le pregunté qué deseaba tomar, si café o leche, a lo cual me respondió: «¡No me importa!». En la cultura centroamericana esto sonaría muy áspero y descortés, pero en realidad equivalía a: «¡Como usted guste, por favor!». También hay que considerar la semántica que se usa en la región de Andalucía, diferente de la latinoamericana.

Por ejemplo, lo que para un latino es un carro o automóvil, para ellos es un *coche*; baño, *váter*; trapeador, *fregona*; refrigerador, *nevera*; computadora, *ordenador*; guineo o banano, *plátano*; mayonesa, *mahonesa*; niño, *crío*; trabajar, *currar*; no se da cuenta, *no se entera*; tiene razón, *lleva razón*; qué gracioso, *qué mono*; ¡increíble! ¡no *vea*!; cincho, *cinturón*; cartera de mujer, *bolso*. Después de poco tiempo de conocer a alguien, en la mayoría de los casos se tiene que tutear. Esto fue bastante difícil para mí, porque aun mi padre siempre me ha tratado de usted.

Es curioso también que en la región andaluza, donde nosotros vivíamos, omiten ciertas letras al hablar, como por ejemplo: pescado, *pescao*; cansado, *cansao*; pesado, *pesao*. Algunas veces omiten sílabas. Una señora dijo: «¡Te que ta quitá!», queriendo decir: «Este que está aquí atrás». También cambian la letra *e* por la *erre*; como en espalda por *esparδα*; saltar por *sartar*; delfín por *derfín*; bolsa por *borsa*.

Durante nuestra estadía en Málaga nos dimos cuenta de que

en esa ciudad vivían muchos musulmanes, por lo que decidimos desarrollar un ministerio dirigido hacia ellos junto con varios hermanos de la Iglesia Betel. El ministerio consistía en buscarles, especialmente en el puerto de la ciudad, entablar una conversación con ellos y luego hacerles entrega de un bolso conteniendo una botella de agua, una Biblia en árabe, un vídeo de la película *Jesús* y alguna literatura cristiana en árabe.

Entrada al lugar de la batalla

En abril de ese mismo año hicimos un corto viaje exploratorio a Marruecos para ver de cerca y palpar la cultura en que íbamos a vivir. Después de esa visita partimos en julio para radicarnos definitivamente en una ciudad situada al norte de dicho país. Yo llegué respaldado por una carta de invitación de parte del conservatorio de música de esa ciudad para colaborar como profesor de violín y armonía.

Quienes habían dirigido nuestra preparación nos habían dicho que durante el primer año nos abstuviéramos de compartir el evangelio y que nos concretáramos sólo a hacer amigos. Sin embargo, fue maravilloso ver cómo el Señor nos proporcionaba muchas oportunidades para compartir el evangelio entre vecinos, profesores y alumnos del conservatorio de música. Éramos conscientes del peligro que significaba el compartir las buenas nuevas entre musulmanes; sin embargo, el Señor nos animaba a hacerlo a través de muchos pasajes bíblicos, especialmente el que se encuentra en Isaías 1.58: «Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado».

Inspirados por este hermoso pasaje y en obediencia a este mandato de Dios, empezamos a compartir su Palabra. Una de las ventajas de estar en el norte del país, fue el hecho de encontrar a

muchos marroquíes hispanohablantes, por haber sido esta región una colonia española. También hubo ocasiones en que forzosamente tuvimos que comunicarnos en francés o en árabe dialectal, sin embargo casi siempre lo hicimos en español.

Es preciso aclarar que en todo país musulmán hay dos clases de idioma árabe: el dialectal y el clásico. El dialectal es el que se habla coloquialmente y varía según el país. El clásico, que por cierto se usa en el Corán, es hablado en todo país islámico, pero sólo por las personas cultas que han tenido cierta formación. El árabe clásico también es el que se usa en la radio, televisión, periódicos y otros medios de comunicación. El coloquial se escribe muy poco. En Marruecos la lengua oficial es el árabe, y la segunda es el francés, el cual se habla más al sur. El español se habla sobre todo en la región norte.

Estrategias para comunicar el evangelio

Una de las estrategias que empleamos a menudo para desarrollar una buena amistad con ellos fue invitarles a casa para tomar una taza de café o té, ofrecerles un platillo de comida típica de nuestro país, hacerles oír alguna música representativa de nuestra cultura o mostrarles estampas típicas de nuestro folklore. Ellos, por su parte, eran muy amigables y hospitalarios. Cuando les visitábamos eran muy atentos y nos hacían comer mucho.

Después de haber ganado su confianza, empezábamos poco a poco a compartirles el mensaje de la cruz. A fin de que tuvieran una clara concepción de lo que es el evangelio y los elementos que le son propios, tuvimos que explicarles el significado de palabras claves como por ejemplo: amor (*ágape*), pecado, misericordia, sacrificio, mesías, resurrección, arrepentimiento, salvación, vida eterna, Espíritu Santo, tradición, cultura.

Otra manera de compartir el evangelio era tocando el violín.

Para esto tenía que escribir algunos poemas y adaptarles la música, la cual tocaba después de que ellos los habían leído. He aquí uno de esos poemas inspirado en una bella montaña llamada Boanán, la cual se encuentra hacia el sur de la ciudad:

CANCIÓN DEL BOANÁN

Alto y majestuoso cual coloso gigante,
coronado por rocas de duro granito,
yérguese altivo y sereno
el magnífico Boanán.

Mudo testigo de crueles batallas,
guarda para sí memorables recuerdos
de heroicas hazañas,
que de un pueblo forjaron su libertad.

Sustentador de vida, cual bondadoso padre,
alimenta y cobija en su regazo
las aves del cielo,
que cantan loores a Dios.

Cuando lo veo, volar quisiera
hasta sus excelsas cumbres,
y desde allí extasiado contemplar de cerca,
al límpido cielo y el infinito mar.

Después de haberles tocado la música para este poema, les mostraba pasajes de la Biblia en árabe que describían algunos de los milagros del Señor Jesús. Tras leer cada pasaje bíblico tocaba la música que había escrito para dichas porciones.

Empezaba con el nacimiento del Señor Jesús (Is 9.6; Lc 1.26-35), luego la transfiguración (Mt 9.1-9), después cuando calmó la tempestad (Lc 8.22-25), luego llegaba al punto culminante con la muerte y resurrección (Jn 19.16-18; 20.19-29). Esta

era la parte más difícil, porque ellos aceptan los milagros del Señor Jesús pero no su muerte y resurrección.

Las reacciones por parte de ellos eran diversas: unos eran completamente indiferentes, otros se incomodaban, pero otros escuchaban con atención y era por éstos por quienes orábamos y ayunábamos. En muchas ocasiones eran ellos quienes abordaban el tema espiritual, oportunidad que aprovechábamos para compartirles nuestra fe. Muchos se maravillaban cuando les decíamos que en nuestro país había libertad de culto, y que no existía una religión impuesta que todos debían practicar.

Pudimos observar que la mayoría de ellos se cambian el nombre y adoptan uno ficticio. La mayoría mentía diciendo: «¡Te lo juro!». La puntualidad y el sentido de la responsabilidad parecen no tener cabida en muchos de ellos. Tienen una facilidad extraordinaria para aprender idiomas y es muy frecuente encontrarse con personas sencillas que hablan dos o tres, además del árabe. Esto se debe en parte a que en su idioma hay más fonemas que en el español o en el inglés. Nos hacían muchas preguntas, algunas de ellas impertinentes, como por ejemplo: «¿Cuánto ganas?». «¿Tu mujer, es la primera que tienes?». «¿Por qué viniste aquí si tu país está tan lejos?». «¿Cuánto tiempo piensas estar aquí y dónde irás después?». Y otras más.

Teníamos que pedir mucha paciencia y sabiduría a Dios para comprenderles y congeniar. Nos dimos cuenta de que ellos no hacen distinción entre evangélicos, católicos, testigos de Jehová, o mormones. Aunque se les explique la diferencia de doctrina que existe entre estos grupos, para ellos todos son cristianos. Por eso les teníamos que aclarar que nosotros éramos *mesijis*, que en su idioma significa: seguidor del Mesías.

La estrategia que usaba mi esposa con las mujeres era a través de clases gratuitas de costura y español. Ella también tiene cierto

conocimiento de medicina natural, y esto le ayudó a hacer amigas para luego compartirles del evangelio. Con los que hacían profesión de fe nos reuníamos en grupos alternos de nos más de tres a la vez, cambiando día y hora para evitar sospechas entre los vecinos. Otras veces me reunía con tres o cuatro de ellos en cafeterías para comentar en voz baja alguna enseñanza bíblica e incluso orar suavemente con los ojos abiertos.

CAPÍTULO 2

El islam tradicional o popular

Supersticiones y costumbres

DURANTE NUESTRA ESTADÍA en el norte de África, al relacionarnos con la gente nos pudimos dar cuenta de que todo cuanto les sucede lo atribuyen a fuerzas espirituales malignas. Esta actitud corroboraba nuestra idea de que el islam tradicional (o popular) no es sino la práctica de una religión animista primitiva.

Observamos que la vida cotidiana se desarrolla dentro de una cultura que mezcla ritos, prácticas paganas preislámicas, supersticiones y valores islámicos. Por ejemplo, si se abre un paraguas dentro de la casa, se tiene la creencia de que un miembro de la familia morirá muy pronto. Si se abre varias veces un par de tijeras sin cortar nada, significa que habrá pleitos y discusiones en casa.

Los cuadros colgados en la pared deben estar perfectamente alineados y a la misma altura, de otra manera, dicen que sobrevienen muchas calamidades. Cuando se saludan dos personas lo

hacen siempre en plural: «Paz a vosotros», pues dicen que cada persona tiene dos ángeles: uno a la derecha, que escribe las cosas buenas, y otro a la izquierda que escribe las cosas malas. Así que cuando alguien está en el servicio sanitario, nadie le debe hablar porque los dos ángeles se han quedado fuera.

Tienen la convicción de que sólo podrán entrar al cielo quienes tengan más cosas buenas que malas. En otras palabras, la salvación es por buenas obras. También dicen que toda persona al morir y ser sepultada es enfrentada con un ángel, quien le pide que diga el credo musulmán, y si no lo dice, recibe una gran paliza. Es por esta razón que las últimas palabras que susurran al oído a un recién fallecido son precisamente las de su credo: «No hay dios sino Alá y Mahoma es su profeta».

Estas mismas palabras son las que pronuncian a un recién nacido. Al enterrar a sus difuntos los tienen que colocar de lado, con el rostro en dirección a La Meca, lugar donde nació Mahoma. Dicen también que una persona no muere realmente sino hasta después de cuarenta días, tiempo durante el cual se le debe estar recordando mucho y hablando acerca de ella. También tienen la costumbre de dejar miel y comida sobre la tumba de sus seres queridos.

Cuando éramos invitados a comer en casas de amigos, teníamos que comer todos, tanto anfitriones como huéspedes, de un mismo plato grande. Observamos que, dependiendo de la cantidad de manteles sobre la mesa, así era el número de platos que servían, ya que después de cada plato retiraban el mantel de encima. No usan cubiertos. Emplean únicamente tres dedos y es admirable la destreza que tienen para cortar la carne. Recuerdo que en la primera boda a la que asistí, yo no podía cortar la carne con mis tres dedos, y el que estaba a mi izquierda, quien ya había em-

pezado a comer y a chuparse los dedos, cortó una porción y me la ofreció. Yo me la comí, no sin hacer un gran esfuerzo.

En el transcurso de las bodas, las mujeres permanecen completamente aisladas de los hombres y es a éstos a quienes les sirven primeramente la comida, luego lo que sobra se lo dan a las mujeres. Al bailar, estas no tienen que ser vistas por los hombres, y lo hacen entre ellas mismas. Los hombres igualmente bailan entre ellos. La mayor parte de las bodas son concertadas por los padres de los contrayentes. En algunos casos los novios no llegan a conocerse hasta el día de la boda. Su ley permite a los hombres casarse dos o más veces. Conocí un amigo guitarrista que me contó que su padre, quien tenía setenta años, había tenido veintitrés hijos con sus tres mujeres. Cuando tenía sesenta años se casó con una joven de quince. A los dos meses, la joven le pidió el divorcio, pero él se lo negó, porque en esa cultura solamente el hombre puede pedir el divorcio. Me decía mi amigo que en algunos casos, con sólo que el esposo diga a su esposa: «¡Estás divorciada!», ella tiene que recoger sus cosas y marcharse a casa de algún familiar, donde es menospreciada y debe hacer los trabajos de sirvienta.

Este amigo también me aseguraba que una mujer solamente puede pedir el divorcio cuando su esposo la abandona, yéndose por mucho tiempo a otro país, o si descubre que él tiene un dibujo o tatuaje en el pecho. Por otro lado, si un hombre no encuentra virgen a su mujer, le puede pedir el divorcio inmediatamente. Por eso la mujer, después de las nupcias, tiene que guardar su paño de bodas para exhibirlo como prueba de su virginidad.

En esta cultura está prohibido comer cerdo por considerarlo un animal inmundado. En cambio, no se lavan las manos antes de comer y no usan desodorante. Muchos llenan de incienso hasta el último rincón de sus viviendas para ahuyentar los malos espíri-

tus. Creen en la magia, también en santones, personas que predicen el futuro en un estado de trance como los médiums. Algunos creen que el visitar las tumbas de estos santones, les puede curar de cualquier enfermedad.

Usan talismanes para la suerte, especialmente una manito, para protección personal, pues aseguran que representa una de las manos de Fátima, hija de Mahoma. También usan la figura de un ojo para protegerse de los malos espíritus y de la envidia.

En cierta ocasión a mi amigo Mehdi (de quien yo sabía que tenía cuatro hijos) le preguntaron cuántos hijos tenía. Él respondió:

¡Cinco!

Luego, estando a solas, le dije que no sabía que tenía un hijo más. Él explicó:

Tengo sólo cuatro hijos, pero digo que tengo cinco, porque son cinco los dedos de Fátima que protegen a mis hijos.

Al despertarse, se lavan las fosas nasales porque creen que allí han estado morando los espíritus mientras dormían. Al sentarse, deben tener mucho cuidado de no mostrar la suela del zapato a la otra persona al cruzar la pierna, ya que esto se considera un insulto. Creen que si les pica el pie, van a viajar. Si les pica la nariz, es porque se van a pelear con alguien. Si les pica la oreja, alguien está hablando mal de ellos. Si les pica la mano, recibirán dinero. Si se les pega una hebra de hilo es porque tendrán una reunión o alguien les visitará. Al visitarles hay que quitarse el calzado antes de entrar a la sala principal, donde generalmente tienen una alfombra grande. Asimismo, se quitan los zapatos (o babuchas) al entrar a rezar a las mezquitas.

Antes de comer, viajar o empezar a hacer cualquier cosa, dicen: «¡*Bismilá!*» (en el nombre de Alá). Cuando estornudan, eructan o se les escapa un gas intestinal dicen: «¡*Aljamduliláh!*» (alabado sea Alá). En muchos lugares, el servicio sanitario con-

siste en un agujero en piso, al lado del cual hay casi siempre un grifo, el cual utilizan para efectos del aseo, ya que no usan papel higiénico. Curiosamente, tanto la posición que adoptan como el hecho de evitar contacto con el papel, se consideran médicamente recomendables para la salud y la higiene.

También llama la atención el hecho de que se les prohíba ingerir alcohol aun en los establecimientos públicos como bares y cafeterías. Sin embargo, Mahoma, a través del Corán, les promete riachuelos de vino en el más allá. Es por esto que ellos creen que el paraíso es un lugar lleno de placeres y delicias terrenales.

Muchos de ellos fuman en exceso, unos por vicio y otros porque creen que de esta manera mantienen alejados a los malos espíritus. Detrás de las puertas de las casas es muy común ver colgando una ristra de ajos, pues creen que ahuyenta toda fuerza maléfica.

Podemos afirmar que, a diferencia del islam ortodoxo, que cree haber encontrado en las enseñanzas del Corán las respuestas a todos los problemas, los musulmanes tradicionalistas buscan constantemente una protección contra las fuerzas del mal que les asedian en su diario vivir, basados en experiencias animistas primitivas. Esto es mayormente evidente entre las mujeres. El musulmán tradicionalista generalmente no ha leído el Corán, repite lo que ha escuchado de la gente, sus padres o abuelos. Su entendimiento parece estar completamente bloqueado por una fuerza que les impide razonar con sabiduría e inteligencia espiritual.

Animismo preislámico

Como sabemos, el animismo es la forma de religión que venera los espíritus que según la tradición moran en cosas animadas o inanimadas como animales, piedras, árboles, montañas, cuevas, volcanes, ríos, el sol, la luna y todos los elementos usados por

brujos y hechiceros. Curiosamente, la media luna es usada como un símbolo de identificación propia de la cultura islámica. A pesar de que ellos la justifican por estar regidos por el calendario lunar, nos preguntamos cuál es el mensaje proclamado a través de este símbolo celeste, usado en el animismo aun en tiempos preislámicos.

También nos llama poderosamente la atención que una de las prácticas paganas que tienen al visitar la Gran Mezquita, en La Meca, sea la de tocar y besar la piedra negra que se encuentra en un edificio cúbico que ellos veneran, llamado *La Kaaba* (casa de Dios). Esta piedra de origen desconocido ya estaba en La Kaaba mucho antes que Mahoma naciera. (Por cierto, este sitio era originalmente el lugar donde se encontraba una iglesia cristiana.)

La otra pregunta que surge es si ellos veneran esta piedra como un objeto en sí, o lo hacen como rindiendo culto o adoración a un espíritu allí oculto. En ese mismo lugar donde se encuentra La Kaaba también hay una fuente de agua salobre, de la cual ellos beben y a la cual le atribuyen poderes sobrenaturales. Hacen muchos ritos o ceremonias con el fin de controlar a los espíritus malignos, ya sea para causar mal al vecino, a sus enemigos o para invocar bendiciones sobre quienes ellos quieran.

Una de las formas de maleficio más conocidas es el mal de ojo. El que logra adquirir esta clase de poder maligno lo hace motivado por la venganza o la envidia, o simplemente por dañar a otros. En mi país existe este mal en una forma más sencilla. A los niños se les coloca un pequeño collar de cuentas rojas alrededor de la muñeca. Dicen que esto lo hacen para desviar la excesiva fuerza de poder visual de algunas personas, la cual podría dañar la salud del bebé al mirarle directamente a los ojos.

Los animistas creen también en la existencia de espíritus que moran a orillas de lagos y ríos. Me contó un amigo que en las

afueras de una ciudad al norte de Marruecos había una piscina de formación natural muy visitada por mujeres solteras, quienes al dejar una prenda personal de vestir en dicho lugar, contraían matrimonio muy pronto. Además de amuletos, el incienso es otro de los elementos que usan en sus casas para ahuyentar a los malos espíritus. Todas estas prácticas propias del animismo preislámico han llegado a formar parte de la vida diaria de muchos musulmanes tradicionalistas. Personalmente, puedo decir que de todos los musulmanes que he conocido, un noventa por ciento pertenece a esta categoría.

La Gran Fiesta

El *Aid-el-Kibir* forma parte de la tradición musulmana y consiste en una fiesta anual en la cual cada familia mata un cordero. La mayoría de ellos realmente desconoce el significado y origen de esta celebración, aunque debemos reconocer que entre ellos hay algunos que alcanzan a discernir que la sangre derramada por un cordero es símbolo de vida y poder contra el mal. Prueba de esto es el cordero que matan siempre que van a bautizar a un niño. El padre pone su mano sobre la cabeza del cordero, pronuncia el nombre que recibirá su hijo, e inmediatamente degüella al animalito con la confianza que aquel sacrificio guardará la vida del niño.

El *Aid-el-Kibir* se remonta hasta los tiempos del patriarca Abraham. El pasaje bíblico de Génesis 22 nos relata cómo un día él recibió la orden de Dios de sacrificar a su hijo Isaac, a quien tanto amaba. Al día siguiente, Abraham llevó a su hijo a la montaña para sacrificarlo. Isaac, cargando la madera sobre sus hombros, llegó con su padre al lugar indicado por Dios. Abraham hizo un altar sobre el cual colocó la madera y encima de ella a Isaac. Cuando Abraham alzó su mano con el cuchillo para sacri-

ficar a su hijo, oyó la voz del ángel del Señor, quien le detuvo al comprobar su obediencia. Enseguida apareció un carnero entre los arbustos, el cual sustituyó a Isaac para el sacrificio. Ellos insisten en que no fue Isaac, sino Ismael quien iba a ser sacrificado. Para aclararles esa duda debemos hacerles saber que a estas alturas Ismael ya se había marchado con su madre Agar, hacía unos años, para vivir en el desierto (Gn 21.14).

Lo importante de este relato es que el carnero que salvó la vida de Isaac al tomar su lugar, es de quien ellos hacen memoria y lo festejan con gran alborozo. Debemos explicarles que este pasaje bíblico constituye un hermoso cuadro del sacrificio que el Señor Jesús luego haría por nosotros en el monte Calvario. Pidamos al Espíritu Santo que abra sus ojos espirituales para que comprendan que Isaac es aquí un tipo de Cristo. De la misma manera que él cargó la madera sobre sus hombros, Cristo cargaría el madero en el cual sería crucificado más de mil años después.

Tenemos que hacerles comprender que el mundo está destinado por su obstinada rebelión contra Dios, a un inminente colapso espiritual. Al igual que Isaac caminaba ignorando el lugar de muerte al que se dirigía, así el hombre marcha a su propia destrucción total, pero de igual manera que el carnero apareció para salvar la vida de Isaac, así ha aparecido el Cordero de Dios para tomar nuestro lugar y salvarnos de la muerte espiritual. Abraham detuvo su mano y no sacrificó a su hijo. Dios Padre no detuvo su mano y sacrificó a su Hijo unigénito por amor a la humanidad.

Vale la pena hacer un alto y pensar detenidamente en lo doloroso que fue para el Padre la crucifixión de su Hijo unigénito. No hay duda de que el Padre sufrió tanto como el Hijo. Tomando en cuenta la importancia que tiene para ellos la sangre de un cordero, debemos aprovechar esa intuición para explicarles que, efectivamente, la vida se encuentra en la sangre tal como nos lo

asegura la Palabra de Dios en Levítico 17.11: «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona». También Hebreos 9.22 nos dice: «Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión». En ese mismo libro, en 10.12 y 19 leemos: «Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios»; por lo tanto, tenemos «libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo».

CAPÍTULO 3

Orígenes de la raza árabe

Promesa de Dios a Abraham

COMO SABEMOS, los judíos son descendientes directos de Abraham, por medio de Isaac, y los árabes también, pero a través de Ismael. Ellos señalan que no es Isaac sino Ismael el primogénito de Abraham, por lo tanto son ellos los herederos de la promesa y las bendiciones hechas por Dios al patriarca. A fin de aclarar esta situación, es necesario remontarnos a los tiempos bíblicos del Génesis para analizar las evidencias históricas y poder llegar así a conclusiones claras y válidas.

Como veremos, después de un enfoque bíblico quedarán expuestas las raíces de la raza árabe, así como las dramáticas circunstancias que causaron la gran rivalidad existente hasta hoy en día entre musulmanes y judíos. Cabe mencionar el hecho de que ser árabe no necesariamente significa ser musulmán, porque hay algunos árabes que no son musulmanes.

En nuestro breve análisis bíblico comenzaremos con Génesis 11. 29-30, que nos dice: «Y tomaron Abram y Nacor para sí mu-

eres; el nombre de la mujer de Abram era Sarai [...] mas Sarai era estéril y no tenía hijo».

Como recordaremos, en aquellos tiempos una mujer estéril se consideraba una mujer inútil, y era una vergüenza para su familia. En 12.2 vemos cómo Dios promete a Abraham hacer de su descendencia una gran nación: «Y haré de ti una nación grande, te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición».

El error de tres personajes

Después de más de diez años de aquella promesa, Sara, cuya edad era de setenta y seis años, al ver que no tenía descendencia con Abraham, se preocupó en gran manera. Quiriendo *ayudar* a Dios, pidió a Abraham que tuviera un hijo con su sierva egipcia Agar, para que la promesa se cumpliera. De acuerdo con la tradición, cuando una mujer recibía en sus piernas el hijo recién nacido de otra, se consideraba su nueva madre. Abraham accedió a la proposición de su esposa. Luego, en 16.3-4 leemos que «cuando vio que había concebido, miraba con desprecio a su señora». Sarai empezó entonces a maltratar verbalmente a Agar hasta llegar a pedir a Abraham que la despidiera. Finalmente lo hizo ella misma con el consentimiento de su esposo.

Agar huyó desesperada y vagaba sin esperanza por el desierto llorando su desventura, pero Dios escuchó su angustiado gemir. El ángel de Jehová la encontró junto a una fuente de agua, la consoló y le dijo que regresara y se pusiera sumisa ante su señora, lo cual ella hizo. Como podemos percibir, era a través de estos acontecimientos de amargura y aflicción que se gestaba un niño en el vientre de Agar. Este niño nacería en medio de circunstancias muy conflictivas, desagradables y violentas, como el resultado de la voluntad del hombre, pero no de Dios.

Vemos aquí un drama muy trágico en el cual todos los prota-

gonistas ponen su cuota de inmadurez espiritual. Primeramente Sara, por haber perdido toda su confianza en la promesa que Dios había hecho a Abraham, y por haber querido ayudar a Dios al dar a su sierva Agar a su esposo para ver descendencia. Luego Abraham, por no haber consultado con Dios acerca de la proposición que le hiciera su esposa; y por último, Agar por haber menospreciado a su señora al ver que había concebido un niño, cuyo padre era Abraham, esposo legítimo de Sara.

La compasión de Dios

Lo que llama poderosamente la atención en este conflicto es el hecho de que Dios no castiga a todos estos personajes sino que les trata con mucha paciencia y misericordia. Dios le dio nombre al hijo de Agar antes que éste naciera: «He aquí que has concebido y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Ismael, porque Jehová ha oído tu aflicción» (v. 1). En hebreo, Ismael significa: «Dios escucha», realmente una gran verdad porque todo aquel que clama a Dios, obtiene de Él misericordia. El Señor también profetizó acerca de Ismael diciendo: «Él será hombre fiero, su mano será contra todos, y la mano de todos contra él, y delante de todos sus hermanos habitará» (v. 12). Ismael creció al lado de su padre y cuando cumplió trece años, Dios apareció a Abraham y le dio el pacto de la circuncisión. Ese mismo día Abraham e Ismael se circuncidaron.

Aunque el Corán ni siquiera hace alusión a la circuncisión, es curioso notar que los musulmanes se circuncidan, probablemente como una tradición recordando este acontecimiento, y a la vez declarando su descendencia de Abraham a través de Ismael.

Lástima grande que no saben que la verdadera circuncisión es la del corazón, no la de la carne hecha a mano. Solamente Jesucristo, el Mesías, puede hacer este milagro. Tan sólo Él con su sa-

crifício sustitutorio en la cruz puede darnos un nuevo corazón, y hacer de toda raza humana, una sola familia. Las promesas de Dios son infalibles y se cumplen en el tiempo por Él establecido. Cuando Abraham tenía cien años y Sara noventa, Dios dijo a Abraham:

Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él. Y en cuanto a Ismael también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera; y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene (17.19-21).

Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho (21.2).

Seguramente, a raíz de este último acontecimiento las malas relaciones entre Sara y Agar recrudecieron. Las esperanzas de Agar de que Ismael, por ser el hijo primogénito de Abraham sería su heredero, se esfumaron al reconocer que Isaac era el hijo legítimo de Abraham y que ella no era su esposa legítima, sino una esclava egipcia. Este sentir de incertidumbre y frustración fue sin duda asimilado por Ismael, quien empezó a demostrar odio hacia Isaac: «Y vio Sara que el hijo de Agar la egipcia, el cual ésta le había dado a luz a Abraham, se burlaba de su hijo Isaac» (21.4).

Sara, molesta por estas burlas, pidió nuevamente a Abraham que despidiera a Agar. Esto pareció grave a Abraham, por estar de por medio su hijo Ismael. No obstante, Dios dijo a Abraham:

No te parezca grave a causa del muchacho y de tu sierva; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque en Issac te será llamada descendencia. Y también del hijo de la sierva haré una nación, porque es tu descendiente. Entonces Abraham se levantó muy de mañana, tomó pan y un odre de agua, y lo dio a Agar, poniéndolo sobre su hombro, y

le entregó al muchacho, y la despidió. Y ella salió y anduvo errante por el desierto de Beerseba (21.12-14).

Luego, errando Agar con su hijo por el desierto, les faltó agua para saciar su sed y estaban a punto de morir cuando Dios les rescató nuevamente al mostrar a Agar una fuente de agua para saciar su sed y la de Ismael (21.15-19). A partir de este momento, ellos ya no tuvieron ninguna relación familiar con Abraham y Sara, pues vivieron en el desierto. Sin embargo, Dios que es siempre fiel, no se apartó de ellos sino que les siguió mostrando su misericordia.

Y Dios estaba con el muchacho; y creció; y habitó en el desierto, y fue tirador de arco. Y habitó en el desierto de Parán y su madre le tomó mujer de la tierra de Egipto (21.21).

Sin desestimar la bendición para Ismael, las Santas Escrituras nos declaran quién es el auténtico heredero universal de Abraham:

Y Abraham dio cuanto tenía a Isaac. Pero a los hijos de sus concubinas dio Abraham dones, y los envió lejos de Isaac su hijo; mientras él vivía, hacia el oriente, a la tierra oriental (25.5-6).

Al final de esta dramática historia nos damos cuenta que Dios siempre estuvo al lado de cada personaje, tratando con ellos a fin de ayudarles a solventar de la mejor manera, cada situación. Podemos apreciar claramente también, que Dios siempre ha visto con ojos de compasión y misericordia a la descendencia de Ismael, de quien proceden los árabes.

Ismael, padre de los árabes

Aunque hay indicios, no sabemos a ciencia cierta si Mahoma (570-632 d.C.) fue descendiente directo de Ismael; lo que sí podemos afirmar es que los árabes, en particular, y los musulmanes,

en general, se ven como descendientes de Ismael. No obstante, lo importante es verlos como Dios los ve. En ningún momento debemos verles como enemigos sino como almas que necesitan ser salvadas por el poder y gracia del Señor Jesús.

Debemos comprender que ellos son el resultado de un medio ambiente de tradiciones y mitos. Son vidas que han sido moldeadas por las enseñanzas de un libro atribuido a Mahoma, de quien solamente Dios sabe si las palabras que allí se encuentran salieron realmente de los labios de ese hombre. Esto un día lo sabremos, cuando estemos ante la presencia del Todopoderoso. Mientras tanto nosotros, los que hemos sido redimidos por la sangre del Cordero de Dios, tenemos la responsabilidad de comunicarles las buenas nuevas de salvación, mostrándoles amor y conduciéndolos a los pies de Jesús, Señor y Salvador de toda raza, pueblo y lengua.

CAPÍTULO 4

El islam

Los pilares

LA PALABRA ÁRABE *islam*, significa «sumisión a Dios», y nació de las enseñanzas del Corán. De igual manera, *musulmán* es aquel que practica el islam y que está sometido a Mahoma y sus enseñanzas, ya que éste es el *autor* del Corán. Para algunos, el islam es considerado como una fortaleza impenetrable debido a la dureza de corazón de los musulmanes. Los pilares del islam son:

- > La confesión de su fe (*shajáda*).
- > La limosna (*zakat*).
- > La oración (*salat*).
- > El ayuno (*sáum* o *ramadán*).
- > La peregrinación (*haj*).
- > La guerra santa (*yihad*), omitido algunas veces.

La confesión de fe

Confesar públicamente su credo: «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta» es suficiente para convertirse en un musulmán. Es parte importante en el llamado que hace al almuédano para que acuda la gente a la mezquita a rezar. Él comienza diciendo:

¡Alah el ákabar! ¡Dios es el más grande! (2 veces).

¡Confieso que no hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta!

¡Vengan a rezar! (2 veces).

¡Vengan para tener éxito! (2 veces).

¡Alah el ákabar! (2 veces).

La oración

Los períodos para orar son cinco: 1) al amanecer, 2) al mediodía, 3) por la tarde, 4) al ocultarse el sol, y 5) por la noche. Antes de rezar deben lavarse el cuerpo, principalmente cara, pies y brazos. Si no hay agua pueden utilizar arena, y si no hay arena les basta colocar las manos sobre la pared y luego frotarlas sobre su cuerpo. Las oraciones consisten en frases que deben decirse en árabe, adoptando ciertas posiciones del cuerpo y manos, como la de un esclavo frente a su amo, postrándose y levantándose muchas veces. Su rostro debe dirigirse hacia La Meca.

Dicen: «En el nombre de Alá, el bondadoso, el misericordioso. Toda alabanza pertenece a Alá, señor de los mundos. Dios es grande. Gloria a Dios el dueño del mundo». Luego siguen otras fórmulas más. Usan un rosario de treinta y tres cuentas para pronunciar los noventa y nueve atributos de Dios. Cada cuenta representa tres atributos; dicen que Dios tiene cien atributos, pero el último es un enigma que nadie conoce. En ciertos momentos de la oración se detienen y voltean su cabeza a la derecha, y luego a la izquierda, para saludar a los dos ángeles que dicen les acompañan.

La mayoría de los musulmanes son nominales, en otras palabras, no practicantes, y es muy raro encontrar a alguien que cumpla con esta imposición de rezar cinco veces al día. Ellos se lavan antes de rezar porque quieren estar limpios ante Dios, pero el problema es que por muy limpios que estén exteriormente, jamás van a poder lavar su corazón. Solamente Cristo, el Mesías, puede limpiar el corazón del hombre con su sangre vertida en la cruz.

Tienen que saber que Él es el único que ha venido del cielo, por lo tanto, es el único que tiene sangre divina y sólo la sangre divina nos puede limpiar todos nuestros pecados.

La limosna

El islam considera la limosna como una práctica fundamental para lograr la salvación. Le confiere aun mayor importancia que a la oración y al ayuno. Tiene dos categorías de limosnas, las que son totalmente voluntarias y las obligatorias. Los musulmanes creen que en cierto modo es un préstamo a Dios que luego él pagará con creces. Dicen que la oración les lleva hasta la mitad del camino hacia Dios, el ayuno les lleva hasta la puerta de su palacio, y las limosnas les permiten la entrada ante su trono.

El ayuno

El Ramadán consiste en la práctica anual de casi un mes de ayuno forzoso, impuesto a todo musulmán. El calendario que usan es lunar y no solar (once días más corto), consecuentemente celebran el Ramadán en diferente fecha cada año. Como es sabido, los países musulmanes tienen una diferencia de más de quinientos años con respecto a nuestro calendario. Nuestro año 2000 fue para ellos el año 1420. En realidad, este ayuno no es sino un cambio de horario de sus comidas, porque desayunan a las seis de la tarde, almuerzan a medianoche, y cenan entre las cuatro y las seis

de la madrugada. Este supuesto ayuno parece ser más bien un culto al sol, porque lo comienzan tan pronto se puede distinguir un hilo blanco de uno negro, y lo rompen en cuanto ya no es posible distinguir los colores. Usan un instructivo con la hora precisa para saber diariamente cuándo empezar el ayuno y cuándo suspenderlo. En algunas ciudades pequeñas usan la salva de un cañón para avisar a todos que ya pueden romper el ayuno. Durante el día les está prohibido comer, beber, fumar o tener relaciones sexuales, pero por las noches les está permitido todo, y muchos lo toman como una fiesta.

En cuanto a sus hábitos normales de alimentación, la mayoría son muy controlados en el sentido de que no comen mucho. Un amigo musulmán me decía que el estómago debe dividirse en tres partes: la primera es para la comida, la segunda para el agua, y la tercera para el aire. Durante este mes de Ramadán procuran no tragar mucha saliva y escupen mucho, sobre todo los hombres. Además, no deben echarse perfume ni ninguna clase de loción, pues creen que cumpliendo estas reglas se limpian de toda impureza.

En cierta ocasión, durante este mes, mi esposa asistió a una reunión de mujeres. Después de unos instantes ellas se dispusieron a rezar, pero antes de hacerlo la líder del grupo fue oliendo las axilas de cada mujer, para constatar que nadie se había echado loción.

Creen que el abstenerse de todo esto durante el Ramadán, les purifica de todos sus pecados, pero paradójicamente en este mes es cuando más pleitos, accidentes y peleas se registran. Dicen que originalmente el ayuno del Ramadán tenía que hacerse por ocho meses, pero Mahoma le pidió a Dios que lo rebajara a siete y Dios accedió. Luego le fue pidiendo progresivamente que lo rebajara más y más hasta llegar a un mes. Evidentemente, se trata

de una imitación de la intercesión de Abraham antes de la destrucción de Sodoma (Gn 18.23-33).

Muchos aseguran que el Ramadán, además de ser guardado para purificarse, es el mes en que le fue dado el Corán a Mahoma. El ayuno les permite, dicen, comprender y tener compasión de los pobres, al experimentar el hambre que ellos sienten. Dicen que cualquiera que sea capaz de cumplir con el Ramadán, está apto para hacerle frente a cualquier problema de la vida. Es un tiempo para visitar familiares y amigos y dar limosna. Por esta razón, los mendigos proliferan extraordinariamente durante este mes. A los niños se les induce a ayunar desde que tienen trece años.

Si la persona está enferma o si la mujer tiene la menstruación, no está obligada a hacerlo, a condición de que lo restituya después. Si alguien es visto comiendo o haciendo algo que está prohibido durante este mes, se expone a ser encarcelado.

El mes de Ramadán era un buen tiempo para dar testimonio de nuestra fe. Era casi inevitable que nuestros amigos nos preguntaran (algunas veces casi bromeando, pues sabían que éramos extranjeros) si estábamos cumpliendo el Ramadán. Les explicábamos que cuando ayunábamos, no lo hacíamos en una forma impuesta o forzada, sino en una actitud completamente voluntaria y sin que nadie lo supiera, pues así lo había enseñado el Señor Jesús. Además, lo hacíamos con un propósito o petición específica y podíamos pasar hasta dos o tres días consecutivos sin comer en absoluto. Ellos se maravillaban al oír esto. Les explicábamos también que lo hacíamos en el nombre de Jesús y que por eso era agradable a Dios y Él nos escuchaba. Mi familia y yo ayunábamos, además de otras ocasiones, durante el Ramadán, precisamente para interceder por ellos.

Durante el mes de Ramadán las oficinas de gobierno así como

muchos negocios, abren sus puertas muy tarde, y algunos ni siquiera las abren. Toda actividad se realiza con mucho desgano, y cuando cometen algún error lo achacan al ayuno. El último día del Ramadán lo celebran con mucho júbilo, se felicitan mutuamente y los hombres se visten de chilaba blanca (vestimenta larga hasta los tobillos), se intercambian regalos y muchos van a la mezquita a rezar. A esta fiesta le dan el nombre de *Aid-l-'Ftor* (fiesta del desayuno).

La peregrinación

La peregrinación (*haj*), consiste en una visita a una edificación cúbica llamada La Kaaba (casa) que se encuentra en La Meca, en el centro de la Gran Mezquita y que, según el Corán, fue construida por Abraham e Ismael (Corán 2.128). Mahoma hizo obligatorio el *haj* para todo musulmán por lo menos una vez en la vida, siempre y cuando dispusiera de los medios económicos necesarios.

Esta estructura ya existía mucho antes de Mahoma, y los árabes, que eran politeístas en ese entonces, tenían allí más de trescientas sesenta piedras e ídolos que representaban a sus dioses. Mahoma, con un ejército de unos diez mil hombres, hizo sacar todos esos ídolos y dejó solamente una gran piedra negra, que hoy en día besan y consideran como un objeto que supuestamente señala el centro de la tierra, por lo que consideran la ciudad de Medina como madre de todas las ciudades.

Dentro de la mezquita hay una pequeña fuente de agua salobre, de la cual ellos beben y a la cual atribuyen propiedades curativas. Dicen que esta es la fuente que salvó la vida de Agar cuando erraba perdida en el desierto y estaba a punto de morir de sed. Esto es imposible, porque el desierto de Beerseba, donde erró Agar, está muy lejos de allí.

Todo musulmán que ha hecho la peregrinación recibe el nombre de *haj* y debe vestir siempre de blanco por el resto de su vida. Es muy respetado y se le considera portador de una bendición muy especial.

La guerra santa

La *yihad*, aunque ellos tratan de justificarlo arguyendo que lo que significa es progreso educacional y moral, en realidad lo que hace es incitar a la violencia a fin de lograr propósitos expansionistas en todas las áreas posibles. Mahoma, al prescribir la lucha, convirtió la guerra santa en una obligación para los musulmanes y dijo que matar era un decreto divino.

A pesar de que uno de los primeros artículos de su ley constitutiva garantiza que hay libertad de culto, y aun teniendo en cuenta que en el Corán 2.257 dice que: «No cabe coacción en religión», podemos constatar que en realidad estas declaraciones constituyen una paradoja, pues existe persecución religiosa en casi todo país musulmán, sustentada por la *yihad*.

Si confrontamos dichos enunciados de paz y libertad con ciertos pasajes del Corán, nos daremos cuenta de esta gran contradicción. Por ejemplo, en 9.5 dice:

Quando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los asociadores [no musulmanes o infieles para ellos] donde quiera que los encontréis. ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! Pero si se convierten al islam dejadles en paz, Dios es indulgente, misericordioso.

En 1989 un prominente líder político de Libia dijo: «La expansión global del islam ha entrado en una nueva etapa; la guerra santa islámica será ahora realizada por un comando musulmán internacional encargado de la tarea de llevar a cabo concentraciones islámicas».

El ayatolá Rujolá Jomeini también dijo: «¡Exportaremos nuestra revolución al mundo entero hasta que el grito: ‘No hay más dios que Alá’, resuene en todo el mundo! ¡Habrà lucha!». No cabe duda que el espíritu expansionista y bélico que inspiró estas palabras, viene directamente de la vida y enseñanzas de Mahoma, padre del islam.

En este sentido, existe un contraste abismal entre la actitud de Cristo y la de Mahoma, porque Cristo nunca consintió la violencia. Recordemos, por ejemplo, que cuando Pedro cortó la oreja de Malco, siervo del sumo sacerdote, Jesús de inmediato le ordenó que envainara su espada diciéndole: «¿Acaso piensas que no puedo orar a mi Padre y me daría más de doce legiones de ángeles?».

El inmenso contraste consiste en que Mahoma extendió su dominio a base del poder de la espada. Cristo, el León de la tribu de Judá, el Todopoderoso, Creador del universo, quien podía resucitar muertos, calmar la tempestad, caminar sobre el agua, sanar enfermos, sacar demonios, no usó la violencia sino que escogió el camino de la cruz para ofrecer su vida en rescate por muchos. Mahoma con su espada sembró la muerte; Cristo con su muerte nos dio la vida.

Napoleón, el gran emperador del siglo XIX dijo:

Alejandro, César, Carlomagno y yo fundamos imperios, pero ¿en qué pusimos nuestras bases? En la fuerza. Jesucristo fundó su imperio sobre el amor, y millones de hombres mueren por Él. Cristo demostró que era el Hijo del Eterno.

La Arabia preislámica

La historia nos dice que hasta el siglo IV la Arabia preislámica estaba habitada por una población en su mayoría pagana, la cual vivía en contacto con judíos y cristianos. Las zonas del norte y

central se caracterizaban por ser grandes espacios totalmente carentes de vegetación. Sin embargo, donde había algún manantial podía apreciarse una vegetación, en su mayor parte de palmeras, y algunos cereales. Éstos eran los oasis, habitados casi siempre por una población sedentaria formada en su mayoría por comerciantes y agricultores. Los otros grupos tribales eran nómadas que recorrían con sus rebaños los espacios desérticos entre el río Éufrates y el centro de la península Arábiga.

Esta Arabia seca y árida contrastaba grandemente con la zona sudoccidental de la península, la cual había desarrollado muy buenos intercambios mercantiles con Etiopía. Esta región, cuyas costas están bañadas por las aguas del mar Rojo, gracias a la altura de sus montañas, gozaba de un clima donde florecían en los valles del Yemen, ricos cultivos de mirra e incienso. El comercio que realizaban con estos productos les había permitido estrechar sus relaciones con algunos imperios de la India y con el mundo mediterráneo.

Estos pueblos o tribus no tenían un código de leyes escritas para regir su vida diaria. Parece que la ley del talión — ojo por ojo, diente por diente —, era la que se aplicaba para lograr la supervivencia dentro de cada tribu. La estructura social consistía en clanes y familias donde cada miembro era responsable de sus propios actos. Esta ley de acero refrenaba la violencia dentro de las tribus. Sin embargo, las guerras intertribales persistían siempre sin otro propósito más que el de arrebatarse las riquezas de otros. Tanto nómadas como sedentarios veneraban al sol, la luna y las estrellas, y estaba muy extendido el culto a las piedras, en las que creían que habitaban las divinidades.

Mahoma, al tener en cuenta que eran politeístas, pues tenían más de trescientos sesenta dioses, quiso unirlos por medio del monoteísmo y sin duda recordó pasaje del Antiguo Testamento,

en Deuteronomio 6.4, que dice: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es». Esto le sirvió para buscar la unidad de esos pueblos al proclamar el monoteísmo, e impuso, junto con sus seguidores, la consigna de: «No hay dios sino Alá y Mahoma es su profeta». Por supuesto, la segunda parte fue invento de él.

Por medio de la fuerza implantó este lema como credo y estableció una corriente político-religiosa, la cual propagó e impuso en muchos territorios por medio de un ejército que crecía con muchos hombres que se iban agregando a sus fuerzas al no tener otra alternativa, ya que todo aquel que no se sometía a él y a su doctrina, era muerto a espada. Si algunos de sus seguidores se convertía al cristianismo o a cualquier otra religión, era eliminado. En 4.89 leemos: «Si cambian de propósito [el islam] apoderaos de ellos y matadles en cualquier lugar».

Mahoma

Mahoma, reformador social, enérgico estadista, líder político y militar así como astuto estratega, nació en La Meca (Arabia Saudí) en el año 570 d.C. y murió en Medina en el año 632. Su padre Abdulah murió antes de que él naciera, y su madre Amina murió cuando él tenía seis años. Al quedar huérfano fue criado por su tío Abu Talib. Cuando creció llegó a ser guía de caravanas y era conocido por su extraordinaria facilidad de palabra, capaz de cautivar a cualquier audiencia. A los veinticinco años se casó con una rica viuda de nombre Jadiya. Tuvo tres hijos: Abdulah, Alkassim e Ibrahim. Tuvo también cuatro hijas: Zainab, Rukayya, Um-Kulzum y Fátima.

Durante sus viajes a Siria tuvo contacto directo con monjes judíos y cristianos, de quienes obtuvo mucha información acerca de sus convicciones religiosas. Llegó a tener bastante conocimiento del Antiguo y del Nuevo Testamento. Esto queda eviden-

ciado cuando examinamos el contenido del Corán, su libro, donde encontramos mucho material poético e histórico de la Biblia, que él usó en forma alterada.

A la edad de cuarenta años Mahoma empezó a retirarse a una cueva del monte Hira, fuera de La Meca, para meditar. Fue allí donde comenzó a aparecersele una criatura envuelta en una nube luminosa que le decía: «*Iqra!*» (lee, o recita). Estas visiones hacían sudar mucho a Mahoma, le hacían sentir como si le estrangulaban, temblaba y babeaba mucho, sus ojos estaban desorbitados y su rostro tan desfigurado al punto que tenían que cubrirlo. Sentía como si le robaban el alma y más de alguna vez llegó a pensar en arrojarse a un barranco. En este aterrador estado de ahogo y violencia escuchaba ruidos de cadenas como si se arrastraran, así como el batir de alas de pájaros.

¿Qué había visto Mahoma? ¿A un ángel de Dios o a Satanás disfrazado de ángel de luz? Al hacernos esta pregunta vienen a nuestra mente las palabras del apóstol Pablo: «Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11.14). También llaman poderosamente la atención los horribles efectos que estas visiones produjeron en Mahoma, los cuales son propios de un poseso y que jamás han sido experimentados por profeta alguno. El único caso en que un escogido de Dios sufrió desvaríos fue el rey Saúl, porque un espíritu maligno se había apoderado de él (1 S 18.10-11).

Un encuentro con un ángel enviado por Dios siempre ha sido una hermosa experiencia. Por otro lado, el encuentro con un emisario de Satanás siempre tiene que ser algo espantoso, desagradable, horroroso.

Los enemigos de Mahoma lo acusaron de hechicero y poseso. Mahoma se preocupó mucho, pues llegó a pensar que efectivamente había sido poseído por un espíritu maligno. Le compartió

este temor a su esposa Jadiya y al primo de ésta, Warakah, quien sabía mucho acerca del cristianismo y quien insistió en que él estaba recibiendo revelación de Dios a través del ángel Gabriel.

Después de tres años de recibir estas *revelaciones* empezó su predicación pública, autoproclamándose «apóstol de Dios». Primeramente dijo ser un profeta árabe para su raza (14.4). Luego aseguró ser un enviado para todos los pueblos (25.1). Después proclamó ser el «sello de los profetas» (33. 40).

Mahoma tuvo once esposas y dos concubinas. Se casó con la esposa de su hijo adoptivo con la justificación de eliminar de esta forma la división y las distinciones entre las clases sociales de los árabes (33.38). La vida de Mahoma parece ser para los musulmanes más importante aun que la del patriarca Abraham. Esto queda de manifiesto cuando nos damos cuenta de que el calendario musulmán empieza no con Abraham sino desde que Mahoma tomó el poder político y militar de Medina.

Podemos entonces decir, apoyándonos en estos hechos históricos, que Mahoma fue el primer musulmán. Los musulmanes consideran a Mahoma como un santo profeta; sin embargo, él no fue infalible. Uno de sus errores más lamentables fue el de maldecir a todo aquel que creyera que Jesús era el Hijo de Dios. En 9.30 expresa: «Los cristianos dicen: "El ungido es el Hijo de Dios". Eso es lo que dicen de palabra. Remedan lo que ya antes habían dicho los infieles. ¡Que Dios les maldiga! ¡Cómo pueden ser tan desviados!».

Con esta declaración, Mahoma hizo creer que lo que afirmaban los cristianos, era que Dios se había casado para tener un Hijo. Mahoma jamás aceptó que Dios pudiera humillarse a sí mismo, tomar forma humana y derramar su sangre para remisión de nuestros pecados, y aunque admite que Dios dio a Jesús de su

Santo Espíritu y que nació en forma sobrenatural, paradójicamente niega que Jesús haya salido de Dios.

Ante esta contradicción de Mahoma tenemos que señalar el hecho de que todo hijo hereda la sangre de su padre, y si Mahoma y todos sus seguidores aceptan que Jesús nació en forma milagrosa, que fue el único entre todos los profetas que recibió el Espíritu Santo, que hizo los más portentosos milagros, que fue un niño santo (atributo que ellos no dan a nadie más), que reconocen que tenía el poder para resucitar muertos, que dicen que podía dar vida a pájaros hechos de arcilla y aún afirman que habló desde la cuna, si aceptan que nació de una virgen excepcional entre todas las mujeres, entonces, ¿de quién era la sangre que corría por sus venas? ¿Quién era su Padre? Las evidencias son más que abrumadoras y la respuesta totalmente indiscutible: ¡su Padre es el Dios vivo!

Por otra parte, los musulmanes, en su gran esfuerzo por realzar la importancia de Mahoma como el último enviado de Dios, afirman que han habido por lo menos ciento veinticuatro mil profetas desde Adán hasta Mahoma, y que a cada uno les fue dado un libro, pero todos se perdieron y sólo se conservaron la Torá (ley judía dada a Moisés), el Zabur (dado a David), el Evangelio (dado a Jesús) y el Corán (dado a Mahoma). Afirman que los judíos alteraron los tres primeros y que fue por eso que Dios hizo descender el Corán, para poner todo en orden.

Curiosamente, a través de ciertos pasajes del Corán nos damos cuenta de que inicialmente Mahoma era amigo de los judíos y cristianos, pero al fracasar en su intento de convencerlos de que él era un apóstol de Dios, se volvió su enemigo y ordenó a sus seguidores rechazarles. Tanto se enfureció, que mató a algunos de ellos y vendió a sus mujeres y niños a la esclavitud. Desde enton-

ces ordenó que ya no se orara con el rostro en dirección a Jerusalén sino hacia la Meca.

Cuando Mahoma tenía unos sesenta años ya disponía de un ejército como de diez mil hombres. Luego de autoproclamarse el sello de los profetas, afirmó categóricamente que después de él ya no habría más de ellos. Murió bajo misteriosas circunstancias, y se ha llegado a considerar la posibilidad de que haya muerto envenenado por una de sus mujeres, que era judía, y a quien él había matado a su esposo e hijos. Su tumba se encuentra en Medina y es venerada por todos los musulmanes.

CAPÍTULO 5

El Corán

Su origen

CORÁN SIGNIFICA recitación o lectura en alta voz. Fue escrito muchos años después de la Biblia. Está dividido en 114 suras o capítulos y en 6.226 versículos o aleyas. Carece completamente de orden cronológico, constituye la colección de los dichos de Mahoma y es la base fundamental del islam. Le fue revelado supuestamente por un ángel a lo largo de treinta años, en fragmentos que carecían de un orden lógico y un plan definido, deficiencia que los tratadistas musulmanes justifican como resultado de la «intuición» de Dios. El Corán fue transmitido oralmente a través de varias generaciones; algunas porciones fueron escritas en pieles de animales, piedras, cortezas de árboles o huesos de animales, aunque no hay evidencia arqueológica de su autenticidad.

Había hombres que se especializaban en la memorización del Corán (*hafuz*) pero fueron muertos en la batalla de Yamama. Luego hubo varios intentos por recopilar todos los dichos de Mahoma consultando a gente del pueblo. Esta tarea la realizaron

los tres primeros califas después de la muerte de Mahoma. Ellos fueron, Abu Bkar, quien gobernó entre los años 632 y 634; Omar, entre 634 y 644; y Uthman, desde 644 hasta 656.

El gran dilema fue que en esta época no se usaban vocales en la escritura árabe, todo se escribía exclusivamente con consonantes, lo cual dio origen a diferentes formas de leerlo e interpretarlo. Finalmente, después de quemar algunas versiones por considerarlas inexactas, apareció (casi ciento cincuenta años después de la muerte de Mahoma) la versión definitiva adoptada hasta hoy en día, la del califa Alí.

Al examinar cuidadosamente el Corán, nos damos cuenta de que Mahoma jamás habló con Dios, porque la voz que él escuchaba jamás se identificó como Jehová, o como el Yo Soy, o el Príncipe de los ejércitos, o el Santo de Israel. Él nunca dijo en el Corán: «Porque así dice (o ha dicho) Jehová, Redentor de Israel» o «Yo Jehová; este es mi nombre». En realidad, el Corán es un monólogo que Mahoma desarrolló en un estado de total absorción, inspirado por no sabemos qué clase de espíritu. Asimismo, queda de manifiesto que nunca habló con el ángel Gabriel porque tampoco éste se identificó como tal. Los musulmanes sostienen que el Corán es la última revelación de Dios; curiosamente eso mismo dicen de su religión los mormones, los testigos de Jehová, los Hare-Krishna y otros.

Con respecto a la estructura del Corán podemos afirmar que con excepción de la primera sura, conocida como *La apertura*, considerada por ellos como madre de los demás capítulos, los siguientes ciento trece aparecen en forma piramidal, es decir, la más larga al principio y las demás van progresivamente haciéndose más cortas que las demás.

Cada capítulo tiene un nombre, relacionado con hechos o circunstancias muy especiales. Por ejemplo, el dos, *La vaca*, descri-

be el momento en el que según el Corán, Moisés ordenó a los israelitas sacrificar una vaca con características que Dios les iba revelando poco a poco.

Cada capítulo empieza con las palabras: «*Bismilah rajmani rajim* (en el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso). Uno de sus temas principales es el del día del Juicio y el de la venganza de Alá sobre los que no le obedezcan a él y a Mahoma. El espíritu que prevalece en el Corán es el del anticristo, de la violencia, del ansia de poder, venganza y amenaza. La táctica de este libro es la imitación de lo bueno para ocultar sus errores. Prueba de esto es el material poético e histórico bíblico que Mahoma usó en forma modificada. Procede de igual manera que el adversario: mezcla la verdad con la mentira para lograr sus propósitos torcidos.

Se debe tener cuidado al buscar las citas coránicas, pues no siempre se encuentran en el lugar exacto. Por ejemplo, el pasaje que dice que Dios le dio a Jesús de su Santo Espíritu, en las versiones de algunos coranes se encuentra en 2.88, en otros en 2.87, y aun en otros en 2.81. Asimismo, las traducciones del árabe a otros idiomas son bastante inexactas. Las narraciones que encontramos muchas veces no ofrecen sino una pobre imitación del majestuoso relato bíblico, especialmente en temas relacionados con la vida de personajes como Adán, Noé, Abraham, el Señor Jesús y otros.

El Corán no habla de los orígenes de los cielos y la tierra, solamente dice que la creación fue hecha en seis períodos (algo que ya había sido dicho en la Biblia). Tampoco menciona la creación de la luz, ni la del hombre, aunque afirma que el Señor Jesús fue creado al igual que Adán, del polvo. Basta leer unas cuantas páginas para darnos cuenta de que presenta a un Dios amenazador, vengativo, legalista y carente de amor. Por cierto, la palabra

amor, no se encuentra en este libro, ni mucho menos expresiones que manifiesten el amor de Dios. En él nunca encontraremos algo parecido a Juan 3.16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo». En todo caso el Dios del Corán ama a los musulmanes, pero odia a quienes no lo son. El verdadero Dios nos amó y nos recibió tal como éramos, sin distinción de raza, cultura ni lengua.

El ritmo

En cuanto al ritmo interno de las palabras en el Corán, se ha dicho con toda razón que este es un elemento que juega un papel preponderante. Esto es obvio debido a la fuerza hipnótica siempre presente en la múltiple variedad de patrones rítmicos, los cuales van desde combinaciones adormecedoras hasta *crescendos* estrepitosos que alcanzan fieros y electrizantes efectos.

Es a base de estos elementos, así como del uso de palabras persuasivas, cómo el Corán ha creado un velo espiritual tan grueso en los corazones y en las mentes de los musulmanes. Curiosamente, ellos lo han divinizado a tal punto que creen que es un libro que se encontraba escrito en tablas de oro junto al trono de Dios y fue bajado por un ángel, quien se lo leyó a Mahoma. Aseguran que fue escrito con el árabe más puro, incluyendo palabras desconocidas que sólo existen en el cielo. Sin embargo, especialistas en lingüística han descubierto que tales palabras provienen del sánscrito, el caldeo, el sirio y el etíope.

Entre los temas favoritos de Mahoma en el Corán está el día del Juicio. Su idea de la salvación (probablemente tomada del hinduismo) consiste en una balanza para pesar las obras de cada persona. El que tenga más obras buenas que malas logrará su salvación, mas si por el contrario, se encuentra falto de buenas obras, será condenado.

Mahoma no se dio cuenta de que al establecer esta clase de

juicio se condenaba a sí mismo, porque si hacemos un balance de lo que él dijo e hizo, difícilmente podemos encontrar obras realmente buenas; por el contrario, son muchas sus obras censurables. Por ejemplo, junto con su ejército derramó mucha sangre, esclavizó a muchos judíos y cristianos, canonizó la violencia a través de la *yihad*, maldijo a judíos y cristianos, tuvo once mujeres y dos concubinas, le quitó la mujer a su hijo adoptivo, quiso suplantar a Jesucristo haciéndolo un simple profeta, se autoproclamó sello de los profetas, asoció su nombre con el de Dios, negó la deidad, crucifixión y resurrección de Jesucristo y muchas faltas más que sería extenso enumerar.

En contraposición a todo este cúmulo de hechos negativos, recordemos algunas de las obras que hizo Jesús. Él sanó toda clase de dolencias, curó muchos leprosos, hizo caminar a parálíticos, resucitó muertos, sacó demonios, hizo oír a sordos, alimentó a multitudes, calmó la tempestad, anunció el evangelio del amor y el perdón, hizo ver a ciegos, perdonó pecados, dio su vida por nosotros, venció a Satanás, el pecado y la muerte y resucitó al tercer día para darnos la vida eterna. Esta no es una lista exhaustiva porque «hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (Jn 21.25).

En ningún momento se está insinuando una comparación entre Jesús y Mahoma, porque como bien dijo alguien, eso sería como comparar la refulgente luz del sol con una vela encendida.

¿Qué dice el Corán acerca de Jesús?

El Corán acepta que Jesús nació de un milagro muy especial de Dios, pero que no vino del cielo sino que al igual que Adán, fue hecho del polvo. En otras palabras, niega la deidad de Cristo. Admite todos los milagros de Jesús, pero dice que todo lo que

hizo fue porque Dios se lo permitió. Un musulmán nunca va aceptar que Jesús haya perdonado pecados, sencillamente porque el Corán jamás lo menciona.

Mahoma, a través del Corán, puso palabras en la boca de Dios y de Jesús. Dice que Jesús aun siendo niño habló desde la cuna diciendo: «Yo soy un siervo de Alá. El me ha dado el libro [evangelio] y me ha hecho profeta; me ha prescrito la oración y la limosna mientras viva. Y la paz fue conmigo el día en que nací y la paz seguirá conmigo el día en que muera, y el día en que sea devuelto a la vida» (19.31-34). Tres cosas importantes deben señalarse en esta porción coránica. Primero, la palabra árabe que usa el Corán para «paz» realmente significa «bendito», por lo tanto, Jesús es bendito, atributo que el Corán no le concede a nadie más. Segundo, acepta que Jesús nació para morir, y tercero, admite que Jesús un día tenía que resucitar.

También es interesante notar en el Corán que el pecado imperdonable (*shirk*) consiste en asociar a cualquier mortal con Dios. Por lo tanto rechazan la idea de que Jesús vino de Dios. Sin embargo, Mahoma asoció su propio nombre con el de Dios, cometiendo así dicho pecado, porque si ponemos mucha atención podremos notar que vez tras vez él trata de vincular su nombre con el de Dios: «¡Creed pues en Dios y en su Enviado, el profeta de los gentiles, que cree en Dios y en sus palabras! ¡Y seguidle! Quizá así seáis bien dirigidos» (7.158). «Dí: Si amáis a Dios ¡Seguidme! Dios os amará y os perdonará vuestros pecados. Dios es indulgente, misericordioso. Dí: Obedeced a Dios y al Enviado» (3.31-32). En otras palabras, no importa cuántos pecados se hayan cometido, ellos quedarán perdonados con el solo hecho de seguir a Mahoma.

El Corán admite los milagros del Señor Jesús, pero los musulmanes dicen que si los hizo fue porque tenía fe, y si hubiera tenido un poquito más, hubiera aun podido volar por los aires. Otros

dicen que todo lo que hizo fue porque Dios se lo permitió, de otra manera no los hubiera podido hacer.

El Corán también afirma que el Señor Jesús vendrá por segunda vez, juzgará a la humanidad, después luchará a favor del islam, se casará, tendrá hijos y luego morirá. Insisten en que Jesús no puede ser Dios mismo, porque a Dios nadie le puede quitar la vida. Tenemos que explicarles que, efectivamente, a Dios nadie puede quitarle la vida, y que por esa razón el Señor Jesús dijo:

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre (Jn 10.17-18.).

Ignoran que su resurrección, así como todo lo relacionado con su nacimiento, vida y crucifixión ya había sido profetizado cientos de años antes de que Él naciera. Él mismo también profetizó su muerte y resurrección a sus discípulos en varias ocasiones (Mt 16.21; 17.23; 20.19; 27.63; Mr 8.31; 9.31; 10;34; Lc 9.22; 18.33; 24.7).

Concepto coránico del cielo y del infierno

Mientras que la Palabra de Dios nos dice que en el cielo habrá adoración y alabanza a Dios por siempre, el Corán en cambio describe el cielo con «jardines de delicia, ríos de vino, lechos de oro y piedras preciosas. Los que allí se encuentren serán servidos con copas de agua viva, con frutas que ellos escogerán, con la carne de ave que más les guste. También habrá doncellas de grandes ojos negros como recompensa de sus obras» (56.10-12; 15.24; 47.16). Aquí podemos ver la mente sensual y carnal de Mahoma: él ciertamente tuvo muchas mujeres en la tierra, consecuentemente se imaginaba que el que entrara al cielo también tendría un harén con mucha comida y bebida. Habla también del

infierno, y lo hace con descripciones repugnantes: «A los infieles no musulmanes», les espera el infierno de fuego donde se les dará a beber una mezcla de pus y sangre. La muerte vendrá a ellos por todas partes sin que lleguen a morir (14.16-17).

El gozo y la alabanza en el Corán

El gozo y la alabanza, tan fundamentales para la salud espiritual, están completamente ausentes en este libro. Es por eso que los musulmanes no tienen la menor idea de lo que es la verdadera alabanza a Dios. Esto queda de manifiesto en sus reuniones en las mezquitas, donde no se alaba verdaderamente a Dios sino que todo es una larga repetición de frases. El líder (imán) lee con una cantinela improvisada, porciones del Corán sin acompañamiento alguno, ya que en las mezquitas está prohibido el uso de instrumentos musicales.

La música árabe

Esto nos conduce a considerar la música árabe en general, íntima expresión de una raza que se caracteriza por un sentimiento sumamente nostálgico. En las canciones lentas se advierte un llanto, un lamento, una enorme tragedia, que ellos consciente o inconscientemente tratan de expresar.

Personalmente, me siento muy conmovido cuando escucho algunas de sus canciones; ellas me ayudan a comprender el sufrimiento de sus almas prisioneras, cautivas del adversario. Advierto la profunda tristeza que embarga sus corazones añorando conocer algún día a Jesús, como libertador de sus almas.

No se trata de sentimentalismo, sino de una realidad latente que debemos afrontar con total responsabilidad, ya que nuestro llamamiento es precisamente el de comunicar las buenas nuevas a los abatidos, vendar a los quebrantados de corazón y presentar

a Jesús, el único que realmente puede abrir los ojos de los ciegos, sacar de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.

Porciones oscuras del Corán

En este libro encontramos algunos errores y contradicciones. Por ejemplo, en varios pasajes dice que el Antiguo y Nuevo Testamento son palabra de Dios, pero que algunas porciones han sido alteradas. Sin embargo, en 6.35 y 116 asegura que: «La palabra de Dios no puede ser alterada», confirmando el pasaje bíblico de Juan 10.35 en que Jesús dijo lo mismo. Al afirmar que la Biblia ha sido alterada, lo hace sin ningún fundamento, porque no dice cuándo ocurrieron esas supuestas alteraciones, ni cuáles son esos pasajes en cuestión.

Algunos musulmanes dicen que la Biblia tiene más de cincuenta mil errores, pero no pueden con justificación señalar ni siquiera uno, porque no los hay. En cambio, en el Corán podemos señalar errores obvios, como por ejemplo cuando Mahoma confundió a María, madre de Jesús, con María la hermana de Aarón y de Moisés (19.29), con una diferencia de más de mil años. O cuando en 6.75 dice que el padre de Abraham se llamaba Azar, y no Taré como dice la Biblia; que las estrellas fugaces son piedras lanzadas por los ángeles para alejar a los diablos (67.6); que la luna es rectangular a pesar de su apariencia circular (36.40); que los musulmanes son los herederos de Canaán (21.106), contradiciendo las promesas hechas por Dios a través de sus profetas y, especialmente, a Jacob (Israel) en Génesis 48.3-4:

El Dios Omnipotente me apareció en Luz en la tierra de Canaán y me bendijo, y me dijo: He aquí yo te haré crecer, y te multiplicaré, y te pondré por estirpe de naciones; y daré esta tierra a tu descendencia después de ti por heredad perpetua.

En 11.35 dice que en el diluvio, uno de los hijos de Noé (no menciona su nombre) murió ahogado. En 11.45 dice que el arca de Noé reposó después del diluvio en el monte Al-yudi y no en los montes de Ararat como dice la Biblia. En 4.79 dice que: «Todo lo bueno y todo lo malo procede de Dios»; en otras palabras, Dios es la fuente de lo bueno y lo malo. Sin embargo, en la siguiente aleya se contradice: «Todo el bien que te sucede procede de Alá; y el mal que te aflige procede de ti mismo». La parte más oscura de este libro no estriba tanto en errores como los antes mencionados, sino en el hecho de negar la deidad de Cristo, su muerte y resurrección.

Para hacer que un musulmán comprenda que la Biblia, la palabra de Dios, siempre ha permanecido pura e incorruptible, debemos hacerles saber que el Señor Jesús ciertamente señaló la hipocresía de los fariseos, pero jamás les acusó de alterar o pervertir la Palabra de Dios. Además, deben saber que cuando Jesús venció la tentación en el desierto, lo hizo citando las Santas Escrituras al decir: «Escrito está». El también dijo: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5.39).

Si ellos insisten en que la Biblia ha sido alterada, se crean un gran problema, porque en 5.49 el ángel supuestamente declara a Mahoma: «Te hemos revelado la Escritura con la verdad, en confirmación y como custodia de lo que ya había de la Escritura», es decir, en la Torá (Pentateuco), el Zabur (los otros libros del Antiguo Testamento) y el Inyil (Evangelio).

No olvidemos que la Biblia ya existía antes del Corán, y si hubiera sido alterada, como ellos dicen, significaría que el Corán confirma una falsedad, y por si fuera poco, ha fallado en su rol de guardián y protector de la Palabra de Dios; por lo tanto, tendrían la responsabilidad de recopilar la auténtica Biblia sin las supues-

tas alteraciones. La verdad es que Dios ha guardado su Palabra y la mantendrá limpia hasta la consumación de los siglos.

En cierta ocasión, al explicar esto a un amigo musulmán le pregunté:

¿Qué pasaría si el rey de un país diera una orden y alguien quisiera alterarla?

Él me respondió:

Creo que no podría, porque un rey da sus órdenes a personas que las protegen, además son muy poderosos y lo que ellos dicen, eso se hace.

¡Correcto! le dije , entonces, ¿cómo es posible que un rey, por poderoso que sea, tenga más poder que Dios mismo? ¿No es acaso Dios Todopoderoso para proteger su Palabra y guardarla pura a través de los siglos?

Nada ni nadie puede alterar lo que Dios ha dicho en las santas escrituras de la Biblia, porque sus palabras son para salvación y vida eterna. Con justa razón el Señor Jesús dijo: «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (Mr 13.31). Después de un instante, mi amigo me miró con un pequeño destello de esperanza en sus ojos.

Otra clara evidencia de la incorruptibilidad de la Biblia es la compaginación perfecta (Torá, Zabur e Inyil). Toda la enseñanza del Antiguo Testamento se manifiesta con plena grandeza, precisión y más alto significado en el Nuevo Testamento. Además, es maravilloso ver cómo las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento se cumplieron fielmente en la persona del Señor Jesús en los evangelios.

Los *jadiz*

Jadiz significa tradición, y constituye el material que según el

decir de la gente, no le fue dictado por el ángel a Mahoma, sino que fueron dichos y hechos de éste que se difundieron entre el pueblo. Algunos de ellos fueron inventados por eruditos musulmanes, quienes después de recopilar todos los demás dichos y relatos, escogieron aquellos que les parecieron auténticos de Mahoma.

Los *jadiz* eran cerca de medio millón, de los cuales el califa Bukhari oficializó solamente siete mil, que son los que se leen actualmente. Estos *jadiz*, junto con las enseñanzas del Corán, llegaron a establecer las bases para la promulgación de las leyes islámicas que regirían en todo momento la vida familiar, social, política, cultural y religiosa de cada musulmán.

He aquí uno de esos *jadiz*: Mahoma marchaba junto con su ejército. Estaban hambrientos y cansados y no tenían qué comer. De pronto vieron una cabra flaca y muy desnutrida; acto seguido Mahoma ordenó que ordeñaran la cabra. Sus guerreros le dijeron que esa cabra estaba muy débil y que sería imposible obtener ni siquiera un poco de leche. Mahoma insistió y ellos obedecieron, y para sorpresa de todos, pudieron obtener leche para alimentar a todo el ejército. (Obviamente, este relato es una imitación de la alimentación de los cinco mil, hecha por el Señor Jesús.)

En otra ocasión, marchaban por un camino muy escarpado, estaban sedientos y les faltaba el agua. A punto de morir de sed, de pronto empezó a salir agua de los dedos de Mahoma y así sació la sed de todos sus guerreros.

Otro *jadiz* que se encuentra en el tomo 4.516 dice que Mahoma se lavaba la nariz inmediatamente después de levantarse de dormir, porque decía que ahí había estado Satanás durante toda la noche. También en el *jadiz* 546, del mismo tomo, Mahoma dijo que el ángel Gabriel le había revelado el secreto que determinaba lo que hacía que un niño se pareciera al padre o a la madre. Decía

que si el hombre al tener relaciones sexuales era el primero en llegar al orgasmo el niño se parecería a él. Pero si por el contrario era la mujer, entonces el niño se parecería a ella.

Mahoma, según otro *jadiz*, dijo que si alguien se duerme durante los rezos en las mezquitas, es porque Satanás se está orinando en sus oídos (*jadiz* 245, tomo 2). Según los *jadiz* 86 y 812 del tomo 1, rezar con el aliento con olor a ajo o cebolla, o dejar escapar un gas intestinal, es un insulto a Alá, por lo que éste no les oirá durante sus abluciones.

Otros *jadiz* que suenan repugnantes son los 891 y 187, tomos 3 y 1, que dicen que una de las prácticas de Mahoma era la de escupir en las manos de sus seguidores más cercanos para que luego ellos se las frotaran sobre sus caras o brazos, pues lo consideraban una bendición. Asimismo, después que Mahoma se lavaba, sus seguidores se disputaban el privilegio de obtener un poco del agua sucia para echársela en el cuerpo o bebérsela.

Influencia coránica en la vida diaria

Una de las enseñanzas equivocadas del Corán es la poligamia. Mahoma la enseñó con su propia vida y ejemplo. Para justificar esta práctica, algunos amigos musulmanes me decían que podían tener hasta cuatro mujeres a la vez, porque en tiempos de Mahoma muchas mujeres perdían a sus maridos después de las guerras y se prostituían. Para evitar esto, muchos hombres tomaban para sí varias mujeres como esposas.

Les explicaba que durante los tiempos bíblicos también hubo muchas guerras; sin embargo, Dios nunca aprobó la poligamia. Si bien es cierto que en la Biblia aparecen grandes personajes como Abraham, Elcana, Salomón y otros que tuvieron varias mujeres, no fue porque Dios estuviera necesariamente de acuerdo con la poligamia sino porque ellos erraron al hacer eso. Re-

cordemos además que cuando Dios creó a Adán, no le dio varias mujeres sino una sola. La poligamia, como práctica legal en los países islámicos, ha causado problemas a los hogares y a la sociedad musulmana en general. Evidentemente, la influencia del Corán en la sociedad de los pueblos musulmanes abarca todo aspecto de la vida diaria.

Los niños, quienes desde temprana edad tienen que memorizar largos pasajes del Corán, crecen dentro de una cultura saturada de ritos, con raíces en prácticas paganas pre-islámicas, creencias y valores islámicos en cada aspecto de su diario vivir. Los textos coránicos deben recitarse en todo acontecimiento importante como nacimientos, bodas, entierros, al inicio y final de toda emisión de radio y televisión. De tal manera que el niño llega a la adolescencia con una firme idea del islam, y cuando escucha acerca de las buenas nuevas, es algo que retiene en sus oídos y que rechaza inmediatamente. Realmente, se les ha formado un grueso muro de ignorancia espiritual que les impide ver la luz de Cristo. Solamente el poder del Espíritu Santo puede tocar sus corazones y hacerles comprender quién es realmente Cristo Jesús: el Salvador universal de las almas.

El Corán les enseña que el Señor Jesús es un profeta más, que no murió, no resucitó y que no es el Hijo de Dios. Dice que cuando lo iban a crucificar, Dios al ver que querían hacer daño a uno de sus profetas, lo elevó al cielo, envió a alguien que se parecía a él y fue a éste a quien crucificaron.

El apóstol Pablo dice que si Cristo no murió ni resucitó, «vana es nuestra fe», no tenemos esperanza; en otras palabras, no hay cristianismo. El diablo lo sabe bien, y por eso ha inventado esta mentira. Por otro lado, los musulmanes ahmadías, que constituyen otra rama del islam, sostienen que efectivamente Cristo fue crucificado, pero que fue bajado moribundo de la cruz, le curaron

las heridas y cuando sanó se fue con su madre a Cachemira (India) donde murió a la edad de ciento veinte años. Aun hay otros que dicen que el Señor Jesús ciertamente fue crucificado, murió, luego le sepultaron y lo que realmente ascendió al cielo fue su espíritu.

El Corán dice que Dios no tiene ni padre ni madre ni hermanos ni hijo, Él no permite que nadie comparta su trono. Dios, dice el Corán, no tiene asociados. Afirma también que no es posible que Jesús sea el Hijo de Dios porque Dios es espíritu y no puede casarse con una mujer para tener un hijo. Los que así creen, dicen, cometen una gravísima blasfemia.

Aun después de explicarles que Dios no se casó con mujer alguna porque Dios es espíritu, y que fue el poder del Espíritu Santo quien desde el cielo hizo que una mujer santa y virgen concibiera, ellos insisten en que Dios no puede de ninguna manera tener hijo porque: «Él no ha sido engendrado ni puede engendrar». «Es impropio de Dios adoptar un hijo. ¡Gloria a Él! Cuando decide algo, dice tan solo ‘Sé’ y es» (Corán 19.30). Primeramente, hay que dejar claro que Jesús no fue adoptado, Él es el Unigénito Hijo de Dios. Segundo, esta declaración es una paradoja, porque afirma que para Dios no hay nada imposible pero a la vez declara que Dios no puede humanarse.

CAPÍTULO 6

Divisiones del islam

Ramas mayores del islam

DESPUÉS DE LA MUERTE de Mahoma se desencadenaron muchas intrigas, asesinatos, y luchas por el poder y liderazgo, debido a que él no había preparado a nadie para sucederle. Esto dio lugar al surgimiento de seis grandes ramas reconocidas dentro del islam, las cuales son las más importantes hoy en día: además del islam tradicional o popular, que es el más numeroso, existen los sunnitas, los chiítas, los sufíes, los ahmadíes y el islam negro en los Estados Unidos.

Los sunnitas

Los sunnitas se caracterizan por su absoluto apego a las enseñanzas coránicas, dando a la vez a Mahoma una importancia extraordinaria. El nombre de este grupo se deriva de la palabra *sunna* (o *jadiz*). Puede decirse que en cierto modo los sunnitas son el equivalente a los evangélicos dentro del cristianismo, ya que para ambos grupos la Palabra escrita es ante todo la autoridad final,

consecuentemente los sunnitas conocen muy bien el Corán y la mayoría ha llegado a memorizar largas porciones de ese libro.

Los chiítas

Si los sunnitas están en línea paralela con los evangélicos, en cierto modo los chiítas vendrían a ser como los católicos romanos, en el sentido de que ambos grupos están sumamente interesados por la sucesión apostólica de sus líderes gobernantes.

Los chiítas pretenden que el líder de la comunidad islámica mundial sea un descendiente directo de Mahoma. Por esa razón dicen que Alí, quien era primo y yerno de Mahoma, era el legítimo sucesor de este último y quien debería haber continuado con el liderazgo en lugar de los tres primeros califas que le sucedieron, los cuales fueron ilegítimamente elegidos. Por lo tanto, chía o chiíta, es todo aquel que apoya o pertenece al partido de Alí y a sus sucesores directos. Curiosamente, cuando hacen el llamado a la oración, en lugar de decir: «No hay dios sino Alá y Mahoma es su profeta», tal como lo dicen los sunnitas, dicen: «No hay dios sino Alá y Alí es su profeta».

Los sufíes

Sufismo es un vocablo que se deriva de la palabra árabe *sof*, que significa: «lana». Los sufíes (siglo IX y X) eran fácilmente identificados por sus vestimentas lanudas y ásperas, así como por su manera mística de vivir. No estaban de acuerdo con la opulencia en que vivían sus gobernantes musulmanes. Su manera de protestar en contra de esta corrupción consistió en rechazar las riquezas y placeres del mundo. Buscaron un contacto directo con Dios a través de una vida monástica en escuelas de santos, donde eran enseñados por líderes que les imponían férreas disciplinas. En cierto modo eran monjes musulmanes.

El sufismo desde entonces se ha caracterizado por la búsqueda de una experiencia interior con el decidido propósito de escapar del yo y de esta manera lograr una absorción del ser hacia Dios, lo que demuestra el irresistible deseo de alcanzar una comunicación real con el Creador.

En su desesperado afán de lograr un contacto directo con Dios, los sufíes llegaron a autoflagelarse y martirizarse. Otra forma descontrolada de rito que practicaban consistía en repetir muchísimas veces el nombre de Alá, o sus atributos, hasta alcanzar mediante un intenso crescendo de la voz, la inconsciencia. Se creía que este estado era propicio para comunicarse con los espíritus benignos e incluso con Dios.

En otras ocasiones, este estado de inconsciencia se lograba mediante el baile. Casi siempre era una mujer quien se colocaba en medio de un círculo formado por otras mujeres, se inclinaba hacia delante con los brazos en la cintura, sus piernas separadas, su largo cabello colgando hacia abajo y empezaba a balancearse de un lado a otro al compás de la música, la cual se tornaba cada vez más frenética hasta que la mujer alcanzaba el clímax y caía inconsciente. En este estado se suponía que ella se había despojado de sí misma y había logrado llegar a la presencia de Dios para verle cara a cara.

Obviamente, en el sufismo existe un gran deseo de conocer a Dios en una forma directa y personal, lo que nos abre la puerta para explicarles que no hay necesidad de estas prácticas, y mucho menos de autoflagelarnos, porque no podemos agregar nada al sacrificio que Jesús hizo en la cruz. Cristo sufrió en carne propia el castigo que nosotros merecíamos. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is 53.3-5).

Nosotros, los redimidos, debemos orar por ellos para que estas hermosas palabras puedan tener eco en sus corazones, y así lleguen un día a experimentar el inefable amor de Cristo en sus vidas sedientas de Dios.

Los ahmadías

El precursor de este grupo islámico fue Ghulam Ahmed Mirza, quien vivió a fines del siglo XIX. Este erudito de origen hindú dio una nueva interpretación a algunos pasajes del Corán y proclamó ser un nuevo reformador, profeta e intérprete de la ley enviado por Dios como Mesías para limpiar al islam de todas sus impurezas. Aseguró que en su calidad de profeta, era él y no Cristo quien vendría como juez en el día del Juicio.

Al hacer esta declaración echó por tierra las palabras de Mahoma, quien afirmó que después de él ya no habría más profetas. Además afirmó que la *yihad* era estéril y estaba fuera de lugar para la extensión del islam en el mundo.

Sus declaraciones le granjearon la enemistad de los demás grupos islámicos, quienes declararon que los ahmadías eran una secta hereje y por lo tanto no eran verdaderos musulmanes. A pesar de esto, los ahmadías constituyen una fuerza creciente gracias a sus extensas campañas proselitistas en Asia, África oriental, parte de Europa y actualmente América Latina.

Difieren en doctrina del resto de los musulmanes por creer que efectivamente Cristo fue crucificado, pero fue bajado de la cruz aun vivo, lo curaron de sus heridas y luego partió hacia Cachemira (India) donde murió a la edad de ciento veinte años.

El islam negro

Los orígenes de este movimiento se remontan hasta el siglo XVII, cuando muchos hombres y mujeres fueron llevados como esclavos

vos a América del norte. Entre estas multitudes viajaron muchos musulmanes, quienes guardaron su religión y la enseñaron a sus descendientes. Fue así como el islam llegó y se preservó en buena parte de Norteamérica.

Su expansión se está llevando a cabo con mucha rapidez y ello se debe en gran parte al gran deseo de la gente de color de encontrar sus raíces, así como de establecer una identidad muy propia. Por otro lado, muchos han adoptado el islam como una forma de protesta social en contra de los abusos raciales cometidos por los blancos. Se ha podido constatar que, a Dios gracias, muchísimos de ellos han tenido en estas tierras un encuentro personal con Cristo Jesús, a tal grado que se dice que en el sur de los Estados Unidos de América hay más evangélicos negros que blancos.

Los fundamentalistas

Al fundamentalismo islámico se le conoce también con los nombres de islam ortodoxo, islam extremista e islam radical (o integrista). Para los musulmanes fundamentalistas, el estado y la religión son una misma cosa. Religión y política son inseparables: no puede existir la una sin la otra. Están convencidos de que todo, absolutamente todo incluida la política, debe hacerse en base a los dictados de su religión, instaurada por Mahoma a través del Corán.

Para todo musulmán fundamentalista, la guerra santa constituye la base principal de su cosmovisión. Está convencido de que es únicamente a través de atentados sangrientos, acciones terroristas y hombres suicidas, fanáticos dispuestos a morir, que lograrán implantar su ortodoxia y expandir la ley *sharía* en todo el mundo occidental.

Al igual que la mayoría de los musulmanes, los fundamentalistas creen que Cristo no murió en la cruz, sino que cuando iba a

ser crucificado, Dios lo elevó al cielo para que nadie le hiciera daño. Creen que vendrá por segunda vez, luchará a favor del islam (en otras palabras, matará a todo aquel que se oponga al islam, incluyendo a nosotros los cristianos), después juzgará al mundo, se casará y morirá como cualquier otro mortal.

El fundamentalista tiene un enfoque teológico para todas las cosas que le rodean. Cree que aplicando las enseñanzas del Corán tiene todos sus problemas resueltos. Incluso cree que, si el mundo entero estuviera regido por el Corán, no habría tantos conflictos ni tanta corrupción. Los fundamentalistas conocen muy bien el Corán y han memorizado largas porciones de él.

Para los musulmanes en general, pero especialmente para los fundamentalistas, sus más acérrimos enemigos son Israel y los Estados Unidos de América. Se distinguen especialmente por su espíritu extremadamente bélico, y por dejarse crecer la barba abundantemente.

Los conservadores

Este tipo de musulmán se caracteriza por su esfuerzo en cumplir con las bases establecidas por el Corán, pero sobre todo con los cinco períodos de oración. Velan por el bienestar de la comunidad donde viven y cultivan la hospitalidad, aunque casi siempre lo hacen para ser reconocidos y tenidos en estima por los demás.

Los liberales

Estos son en su mayoría jóvenes universitarios abiertos a nuevas ideas, quienes incluso señalan los errores e injusticias de sus gobernantes y expresan su total insatisfacción por la falta de equidad en la distribución de las riquezas en la sociedad, pero no por eso han abandonado sus creencias religiosas.

Los secularizados

Estos son los que lo único que ansían es su bienestar físico. Han sido absorbidos por el consumismo, especialmente los que viven en el extranjero y quieren impresionar por lo que tienen. En cuanto a su religión, no creen ni dejan de creer.

También existen otros grupos que no son muy numerosos y que constituyen una minoría. Ellos son los jeriyíes, los bahais, los ismaelíes, y aun hay otros más pequeños todavía no totalmente reconocidos.

El mundo de la mujer musulmana

Al observar y examinar a fondo la conducta de las familias musulmanas, nos dimos cuenta de que la mujer musulmana vive en un mundo de menosprecio e incertidumbre. Este menosprecio se debe en gran parte a la desvalorización que ha sufrido en su cultura durante siglos, pues siempre se ha creído que su única función es la de tener hijos, criarlos, cuidarlos, hacer las tareas del hogar, permanecer encerrada entre las cuatro paredes de su casa, sumisa en todo momento y circunstancia a su marido, autoridad máxima e indiscutible en todo hogar.

Es también vista con menosprecio cuando ha sido abandonada por su marido, o incluso cuando debido a su esterilidad no puede tener hijos. A esto hay que agregar el hecho de que casi siempre cuando la mujer es abandonada por cualquier circunstancia por su marido, tiene que irse a vivir a casa de su padre, donde es tratada como una sirvienta.

La mujer musulmana también vive en un mundo de incertidumbre porque desconfía mucho de lo que le pueda deparar el destino, pues carece de protección de todo tipo, incluso cuando es maltratada por su marido. En el Corán encontramos pasajes en

los que se induce al hombre a maltratar a las mujeres (Corán 4.38; 38.41).

Por regla general, solamente el hombre puede iniciar el divorcio. Asimismo la ley islámica establece que en un país musulmán las mujeres deben casarse únicamente con musulmanes, excepto si un hombre, siendo extranjero, se convierte a la religión islámica, en cuyo caso él tiene que adoptar un nombre musulmán y consecuentemente todos sus hijos serán musulmanes. En el campo profesional, la mujer es considerada incapaz de desarrollar sus plenas facultades intelectuales, por lo que se la subestima y se la considera intelectualmente inferior al hombre.

En el aspecto religioso los hombres están convencidos que el Corán ha sido escrito sólo para ellos, por lo tanto en los rezos deben ser excluidas las mujeres. Esto queda de manifiesto en sus reuniones en las mezquitas, donde por lo general no se ven mujeres, aunque hay algunas que sí tienen un pequeño lugar apartado para ellas en la parte posterior, sin ser vistas por los hombres.

La mujer musulmana no goza de confiabilidad por parte de los hombres, pues estos dicen que ellas viven con los demonios y que el infierno está lleno de ellas. También aseguran que la mujer es sexualmente más agresiva que el hombre. La mujer extranjera generalmente es considerada prostituta, especialmente si es una soltera viviendo en un país islámico, y mayormente si es de origen norteamericano o europeo. La razón parece ser que para ellos, estos dos continentes están completamente corrompidos con tantos robos, asesinatos, abortos, prostitución y muchos males más. Además los consideran responsables de las guerras mundiales y del caos moral en que se encuentran los demás países del mundo.

La idea que tienen de los países occidentales es la de una sociedad totalmente corrupta, crudamente representada en filmes

como *Texas*, que ellos han exhibido para que precisamente todos se den cuenta de la maldad del mundo occidental.

En la *sharía* está establecido que el testimonio de un hombre vale tres veces más que el de una mujer. En cuanto a las herencias, el hombre tiene derecho a recibir las dos terceras partes, mientras que la mujer solamente una tercera parte. También se ha visto que lo peor que le puede suceder a una soltera es quedar embarazada, porque es la mayor afrenta que puede recibir una familia, y el más grande insulto para los hermanos de la joven. Puede que algún familiar cercano mate a la joven para restaurar el honor de la familia, y aunque sea un crimen, será tratado con consideración por ser una «muerte por honor».

Es muy raro ver a un hombre con su mujer y sus hijos caminando como familia por las calles de la ciudad. Cuando esto sucede, el hombre va adelante y la mujer con los hijos atrás. Él no puede rebajarse yendo al lado de su mujer.

Creo oportuno en este apartado, prescribir ciertas recomendaciones a toda mujer occidental que visita un país islámico. Primeramente, debe cuidarse mucho en cuanto a su manera de vestir, evitando usar faldas cortas, pantalones cortos (*shorts*), blusas escotadas y cualquier otra prenda que ellos puedan considerar como una provocación sexual. También debe evitar andar sola, no debe llevar el pelo suelto, ni sonreír demasiado. Tampoco debe mirar a los ojos de los hombres, especialmente si son extraños, porque lo interpretan como una provocación.

Vale la pena mencionar el movimiento feminista que en los últimos años se ha dado en los países musulmanes, y que aboga por los derechos de la mujer. Afortunadamente, este movimiento no ha tenido mucha oposición de parte de los gobiernos islámicos, ya que obviamente constituyen una fuerza política muy representativa.

La occidentalización en los países musulmanes es un fenómeno que se extiende cada vez más. Esto se debe a la gran cantidad de gente que viaja a Europa y a Norteamérica y asimila la cultura occidental. También los medios de difusión y comunicación, especialmente la televisión, están teniendo una decidida influencia en este fenómeno.

CAPÍTULO 7

La Biblia y el Corán

¿Quién miente?

DEBEMOS DAR GRACIAS a Dios por las evidencias científicas que comprueban la autenticidad de las Santas Escrituras. En 1947 se realizó uno de los descubrimientos más trascendentales en la ciencia de la arqueología. Se trata del hallazgo de los rollos del Mar Muerto, que contenían manuscritos bíblicos, los cuales fueron encontrados por unos jóvenes beduinos en las cuevas de Qumrán, en el valle del Jordán al sudeste de Jerusalén.

Las condiciones climatológicas fueron muy propicias para la conservación de estos pergaminos, ya que la aridez del terreno y el sitio en que se encontraban (cuatrocientos metros bajo el nivel del mar) ayudaron a retardar el deterioro de tan importantes documentos. A pesar de estas grandes ventajas para su conservación, fue necesario el uso de computadoras y métodos científicos sofisticados para la restauración y reconstrucción de todos los fragmentos. El texto de estos rollos estaba escrito en piel de animal en los idiomas hebreo y arameo. Después del tratamiento

científico de todas las piezas, quedó demostrado que el contenido de esos rollos es exactamente el de nuestra Biblia actual. Este es un motivo por el cual debemos dar gracias a Dios, porque el testimonio de la ciencia viene a confirmar nuestra fe y proporciona a la vez un rayo de luz para despejar cualquier duda de aquellos que se obstinan en creer que la Biblia no es la Palabra de Dios.

Además de esta y muchas otras evidencias históricas y científicas que corroboran la autenticidad de la Biblia, Dios, en su infinita sabiduría y omnisciencia, nos dejó en su Palabra un hermoso pasaje que establece la verdad. En 1 Juan 2.22-23 dice: «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre». La Palabra de Dios nos revela categóricamente la verdad, y nos corresponde a nosotros «la gente del libro», como ellos nos llaman, comunicarles el verdadero amor y perdón de Dios manifestado mediante el sacrificio sustitutorio de Cristo el Mesías en la cruz.

¿Es Alá nuestro mismo Dios bíblico?

Para responder a este interrogante debemos recordar que los tres nombres primarios de la deidad son: *Elohim*, *Jehová* y *Adonai*. La primera, *Elohim*, es un nombre que expresa pluralidad dentro de la unidad y es el resultado de dos estructuras: *El*, que significa el que es poderoso, y *Alah*, que quiere decir «jurar». De tal manera que *El-Alah*, (que da como resultado *Elohim*), es el poderoso que jura por sí mismo.

Partiendo de esta evidencia lingüística, podemos entonces razonar que la palabra *Alah* fue tomada por los árabes del hebreo para referirse a Dios. Sin embargo, al hacerlo ignoraron que esta-

ban reconociendo solamente una parte de Dios, omitiendo la más importante: *El* (el que es poderoso). Y si bien es cierto que la palabra árabe *Alah* significa para los musulmanes: Dios, el Creador, el Señor de los mundos, el misericordioso, podría creerse que es nuestro mismo Dios bíblico. No obstante, nuestro *Elohim* se despojó de su gloria, tomando cuerpo humano en la persona del Señor Jesucristo, sanó enfermos, resucitó muertos, calmó el viento y la tempestad, perdonó pecados, conoció la dureza de la vida, murió, resucitó, venció la muerte y a Satanás, nos hizo libres del pecado, nos dio la vida eterna, ascendió al cielo y nos envió su Santo Espíritu.

En cambio su dios *Alah*, según lo expresan ellos mismos, jamás se va a humillar a bajar del cielo y hacerse como uno de nosotros, Él no permite que se le asocie con nadie, *Alah* no conoce los sufrimientos de la vida, nunca ha vencido las tentaciones de la carne, del mundo o de las riquezas. *Alah* jamás ha destruido en limpia batalla el poder del diablo y de la muerte, ni ha hecho sacrificio alguno para mostrar su amor al mundo, por lo tanto no sería extraño que un musulmán se dirigiera a su dios *Alah* en los siguientes términos: «¡Ah! Señor; tú siempre en el cielo, con los ángeles sirviéndote, alabándote. Tú no sabes lo duro que es estar en la tierra, no conoces el hambre, la sed, el dolor, el cansancio; ojalá un día bajaras del cielo para experimentar lo que es el sufrimiento y así comprendernos mejor».

Por el contrario, ningún creyente verdadero puede tener quejas contra Dios, porque precisamente nuestro Dios bajó del cielo para dar su vida por nosotros, aun sabiendo que tendría que experimentar toda clase de sufrimientos. Los seguidores de *Alah* no conocen al Hijo de Dios, por lo tanto no pueden conocer al Padre porque: «Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre».

Los evangelistas, testigos de los hechos

Muchos musulmanes también me decían que los cuatro evangelios del Nuevo Testamento se contradicen porque no dicen exactamente lo mismo, palabra por palabra, y que por tanto, no se les puede dar crédito. En cambio, que la versión final del Corán fue escrita por un solo hombre y que eso le daba una gran ventaja.

Para aclarar este punto, les decía que, efectivamente, Alí escribió la versión definitiva del Corán, sin embargo, no debemos olvidar que antes de él, Abu Bkar, Omar y Uthman ya habían tomado parte en la selección de los dichos de Mahoma al consultar a la gente del pueblo. Obviamente, todo lo que se escribió en el Corán fue material de tercera o cuarta mano. Quien lo escribió finalmente no fue un testigo presencial de los hechos, sino que buena parte de ellos se lo contaron personas de la tercera o cuarta generación después de Mahoma, o los leyó en algún lugar.

¿Qué pasaría si en una reunión de unas doce personas se sentaran todos en círculo, y uno de ellos susurrara una historia con muchos detalles al oído de la persona a su lado, y luego todos se fueran comunicando lo mismo? ¿Cuál sería la versión final de esta historia? Sin duda, algo distorsionado: pues de esta manera se recopiló el Corán.

En cambio en los evangelios, dos de sus cuatro autores (Mateo y Juan), vieron y oyeron al Señor Jesús, luego estando distantes entre sí y sin comunicación alguna, debido a la persecución que sufrieron, escribieron inspirados por el Espíritu Santo, todo cuanto habían visto y oído. Ellos hacen el relato de todos los hechos con sus propias palabras y los dos dicen la misma verdad, especialmente lo concerniente a la crucifixión y resurrección del Señor Jesús. De tal manera que ellos fueron testigos presenciales de la gloria de Cristo. Marcos y Lucas escribieron lo que con diligencia investigaron y además se lo narraron los que desde el

principio lo vieron con sus propios ojos. Por lo tanto, ¿qué es más contundente? ¿El relato final hecho por un hombre que no vio ni oyó nada de lo que escribió o el testimonio de varios testigos oculares de los hechos reales, cuyos relatos se apoyan, complementan y confirman entre sí? Obviamente, la evidencia es más que contundente.

Debemos también considerar que los autores de los cuatro evangelios enfatizan diferentes aspectos de la persona del Señor Jesús. Mateo, por ejemplo, cuando escribió su evangelio, tuvo como propósito mostrar que Jesús vino como rey, para cumplir las profecías judías del Antiguo Testamento, y enfatiza lo que Jesús dijo. Marcos, muestra el carácter de Cristo como siervo incansable de Dios y del hombre, y enfatiza lo que Jesús hizo. Lucas, quien fue médico, escribió en su evangelio la más amplia biografía de Cristo: cerca de la mitad del material de este libro no se encuentra en los otros tres evangelios. Presenta a Jesús como hombre perfecto y humano. El cuarto evangelio, el de Juan apóstol, presenta a Cristo como Hijo de Dios, como Salvador y como Dios, consecuentemente es uno de los libros más profundos y espirituales. Lo admirable de los evangelios es que los cuatro se complementan entre sí, porque en cada uno encontramos material e información que no se encuentra en los otros, formando así un cuadro sinóptico completo de la vida del Señor Jesús.

¿Es Mahoma el salvador del mundo?

Los musulmanes, además de otorgarle atributos casi *divinos* a Mahoma, dicen que es el *salvador* del mundo. Pero el Corán mismo les desmiente, porque él jamás dijo serlo, más bien afirmó: «Yo no soy más que un amonestador» (Corán 67.27). En otras palabras, «o soy más que un simple mortal».

Además, Mahoma es un pecador que necesita pedir perdón

por sus pecados. En 47.19 el ángel le dice a Mahoma: «Sabe pues, que no hay Dios distinto a Alá, pide perdón por tus faltas y pecados y por los hombres y mujeres creyentes. Para que Alá corra un velo por sus faltas pasadas y futuras».

A pesar de haber sido un hombre pecador que debía haber pedido perdón, tuvo la osadía de proclamar que era el sello de los profetas. A todas luces, un gran error, porque el Señor Jesús dijo en Mateo 11.13 que «todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan [el Bautista]». De tal manera que después de Juan ya no hubo necesidad de más profetas porque Cristo, el auténtico Salvador del mundo, con su muerte y resurrección vino a consumir la obra redentora de Dios. Precisamente, cuando estaba en la cruz, exclamó: «¡Consumado es!».

Debemos considerar además, que Mahoma no reunía los requisitos bíblicos necesarios para ser considerado un auténtico apóstol de Dios, porque todo verdadero profeta de Dios debía reunir ciertas cualidades:

- > Tenía que haber nacido de la raza profética, en otras palabras debía ser israelita.
- > Debía hablar en nombre de Jehová (*Yahvé*).
- > Sus mensajes debían confirmar las anteriores revelaciones.

Mahoma no sólo no fue israelita, sino que los odiaba hasta la muerte. Nunca reconoció a Jehová como Dios, por lo tanto, jamás siquiera mencionó su nombre, y el nombre de su Dios aun se desconoce. Su mensaje central siempre estuvo en oposición al de la Biblia, especialmente en cuanto al origen divino de Cristo, su muerte y resurrección. También en lo concerniente a la salvación, la cual proclamó que se obtiene únicamente por abrazar el islam y las buenas obras. ¿Cómo es posible entonces que algunos

lo consideren salvador del mundo? ¿Cómo pueden aseverar tal cosa, si Mahoma jamás hizo sacrificio alguno por la humanidad? Muy al contrario, cegó la vida de multitudes.

El hecho de haber nacido después de Jesucristo y haberse autoproclamado el «último de los profetas», no le da derecho a ninguno de sus seguidores para suplantar el rol de Jesucristo como auténtico Salvador del mundo y atribuirselo a su líder Mahoma.

Jesucristo dijo: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (Ap 22.13). Él es eterno, no tiene principio ni fin, Él es Todopoderoso y lo demostró con sus grandes y asombrosos milagros. Cuando se le pregunta por qué Mahoma no hizo un solo milagro, algunos responden que el Corán es su gran milagro, y que hará el más grande milagro de todos los tiempos en el Día del Juicio, cuando le pida a Dios que perdone a toda la humanidad, y Dios lo hará. (En ese caso comamos y bebamos, porque no importa lo que hagamos, de todas maneras seremos salvos.)

Mahoma no tenía seguridad de salvación

¿Cómo pudo Mahoma ser el salvador del mundo, como lo aseguran, si ni siquiera tenía seguridad de su propia salvación? En 16.61 leemos: «Y si Alá tuviera que castigar a los hombres por sus malas acciones, no dejaría ninguna criatura viva» (por supuesto, incluyendo a Mahoma.)

Cuando se dan cuenta de la imperfección de Mahoma, se enojan y arremeten contra el Señor Jesús, diciendo que Él fue solamente un profeta como cualquier otro. Nosotros tenemos que hacerles ver que todos los profetas bíblicos que han existido han dicho ser lo que realmente eran: mensajeros de Dios, y que jamás profeta alguno dijo ser el Hijo de Dios. El Señor Jesús sí lo declaró acerca de sí mismo. Él no dijo ser un profeta, más bien afirmó:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn 14.6). También dijo: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti» (Jn 17.1).

Los profetas mostraban el camino hacia Dios; Jesús dijo que Él es el camino. No necesitó escuchar a ningún ángel, porque Él es la encarnación de Dios mismo, que vino desde el cielo para salvar al mundo.

Si se les pregunta a los musulmanes quién es el único que debe ser adorado, dirán: «¡Dios!». Responderán de igual manera si se les pregunta quién es el único que puede dar la vida eterna y perdonar pecados. Esto nos permite plantearles: ¿Entonces por qué el Señor Jesús fue adorado desde su niñez y dijo ser la resurrección y la vida? ¿Y por qué es el único que perdonó pecados? Todo esto muestra contundentemente que Cristo es Dios hecho hombre, y no un simple profeta.

Al ver las abrumadoras pruebas sobre la legitimidad de Jesús como Salvador del mundo, ellos me decían que a lo mejor en la Biblia se habla de algún futuro profeta sin mencionar su nombre y que seguramente se trata de Mahoma. Les decía que el único que aparece sin mencionar su nombre es el falso profeta, que por cierto será lanzado junto con la bestia en el lago de fuego (Ap 19.20). Les advertía asimismo que la Palabra de Dios dice que muchos falsos profetas han salido por el mundo y que no nos debemos dejar engañar por ellos.

Ignoran quién es el Espíritu Santo

Los musulmanes no creen en el Espíritu Santo. Muchos aseguran que esta es una expresión que se usa para referirse al arcángel Gabriel. Sin embargo, el Corán claramente afirma que Dios dio a Jesús el Espíritu Santo (2.88). Aun al tratar el tema de la Trinidad,

su idea es que todo cristiano tiene tres dioses: Dios, Jesús y María. Nos consideran politeístas y blasfemos, porque según ellos adoramos a tres dioses diferentes y asociamos a Dios con seres mortales. Ignoran que la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) no se refiere a divinidades distintas, sino a la esencia de un solo Dios Todopoderoso en tres personas.

Aunque sabemos que este es un tema imposible de explicar racionalmente, se recomiendan algunas ilustraciones que podrían en cierto modo ayudarles a tener una pequeña idea acerca de este gran misterio. El agua, por ejemplo, es una sustancia que podemos percibir en tres estados diferentes: gaseoso, líquido y sólido. En cualquiera de estos tres estados no podemos decir que se trata de un elemento ajeno al agua, porque precisamente en su esencia es eso, agua con características muy propias del estado en que se encuentra. De la misma manera, la Trinidad expresa la esencia misma de Dios revelada en los términos de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Ante la insistencia de algunos, aseverando que Dios nunca pudo haber descendido del cielo y volverse carne, podemos precisamente tomar el ejemplo de la lluvia, y explicarles que el agua se encuentra en las alturas, invisible en las altas nubes, baja a su tiempo y cae en forma de gotas, las cuales podemos ver y sentir. De igual manera, el Altísimo Dios mora invisible en los cielos, pero un día bajó y tomó forma humana para derramar su sangre y darnos vida eterna.

Otro ejemplo es el de alguien que tiene hijos, tiene padres y está casado; lógicamente es padre, es hijo y es esposo, pero no por esto se trata de tres personas diferentes, sino de una sola con tres expresiones distintas para cada caso. Otro es el sol, que está compuesto por una gran masa de energía nuclear de la cual emana la luz y que a su vez produce calor: elementos indispensables

en un solo cuerpo celeste que nos proporciona vida física. De igual manera, Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres manifestaciones de un solo Dios que comparten la misma esencia dadora de vida espiritual. El pasaje más revelador acerca de la Trinidad lo tenemos en el bautismo del Señor Jesús.

Insisto, todos estos ejemplos no son sino ideas remotas de lo que realmente es este gran misterio de tres seres co-iguales, co-eternos, en un solo Dios. Tres personalidades con la misma naturaleza, sustancia y esencia, que forman un solo ser santo, perfecto y eterno. Llama poderosamente la atención el hecho de que Mahoma a través del Corán rechaza el concepto bíblico de la Trinidad, pero paradójicamente él creó su propia trinidad ya que él es el padre del islam, por lo tanto, el Corán es su hijo y la *sharía* (esclavitud a la ley), es el espíritu que prevalece en el islam.

¿Ángel de luz o de tinieblas?

El Señor Jesús tuvo la gloria con su Padre aun antes que el mundo fuese, y cuando estuvo en la tierra hacía lo que veía hacer al Padre. En cambio Mahoma, aparte de un sueño en el cual dijo haber hablado con Dios, nunca realmente habló con Dios ni le vio. A pesar de esto sus seguidores insisten en que a Mahoma también debemos creerle porque lo que dijo le fue dictado por un ángel.

El apóstol Pablo precisamente nos advierte de este peligro al señalar que hay ángeles de tinieblas que se visten de luz para engañar a todo aquel que les escuche. En Gálatas 1.7-9, refiriéndose al evangelio, dijo: «No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido sea anatema». Anatema

significa maldición, y si los musulmanes enseñan otro evangelio diferente al bíblico, me da escalofríos de tan sólo pensar en que ellos estén creyendo en una maldición.

En algunas ocasiones cuando compartía 2 Corintios 11.14, en el cual Pablo dice: «Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz», algunos me preguntaban:

¿Entonces tú no crees en Mahoma?

Yo les respondía negativamente y les explicaba que la Palabra de Dios dice que todo espíritu que no confiesa que Jesucristo (el Salvador), ha venido en carne, no es de Dios (1 Jn 4.2-3).

¿Entonces Mahoma es del diablo? insistían ellos.

Yo sólo digo lo que dice la palabra de Dios.

En otras ocasiones, cuando respondía a preguntas difíciles como ésta, yo mismo aprendía, porque decía cosas que me enseñaban a mí mismo. Algunos se volvían mis enemigos, mas Dios me mostraba que realmente nuestro verdadero enemigo no son los musulmanes, sino Satanás, quien de alguna manera los ha llevado cautivos por muchísimo tiempo bajo su voluntad. Es al diablo a quien debemos desenmascarar con sus trampas y ardides, no olvidando que vez tras vez finge sabiduría, adopta apariencia de pureza y aún de piedad, precisamente para engañar.

Recordemos que fue a Adán y a Eva en el huerto de Edén, a quienes Satanás apareció por primera vez como ángel de luz, en un entonces inofensivo y bello animal, probablemente la criatura más hermosa en todo el Edén (la serpiente), quien fue maldita por Dios entre todos los animales y sentenciada a arrastrarse y comer polvo por haberse prestado a cumplir los propósitos de Satanás.

El rol de Satanás y el anticristo ha sido el de negar la Palabra de Dios. Por ejemplo, Dios dijo a Adán y Eva: «Si desobedecéis,

moriréis» (Gn 2.17). Satanás negó la Palabra diciendo: «No moriréis» (Gn 3.4). Dios dijo a Jesús: «Tú eres mi Hijo amado: en ti tengo complacencia» (Lc 3.22). Mahoma negó la Palabra diciendo: «Dios no puede tener un hijo (Corán 9.30). Jesús dijo: «Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1.17-18). El Corán lo negó al decir que «no murió ni resucitó» (4.156). El Espíritu Santo, morando en Jesús, «publicó libertad a los cautivos, y a los presos apertura de cárcel» (Is 61.1). La ley musulmana (*sharía*), el espíritu del islam y del anticristo, publicó la esclavitud al Corán y a Mahoma (Corán 10.38).

En el principio Satanás usó una serpiente para engañar y causar la caída espiritual de la raza humana. Luego usó un libro para envenenar el corazón de un sinnúmero de almas. Debemos dar gracias a Dios porque él envió a su Hijo precisamente para deshacer las obras del diablo y para darnos vida en abundancia (Jn 10.10).

Los musulmanes tienen que saber que esta clase de vida está al alcance de todo aquel que se arrepiente de sus pecados y acepta al Señor Jesucristo como su salvador personal. Así también recibe la vida eterna, porque Él dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (Jn 11.25). Esta es una santa promesa que por siglos ha permanecido ignorada por los hijos de Ismael, por quienes debemos orar intensamente para que un día Cristo ilumine sus corazones y puedan así experimentar el amor y el perdón de Dios.

Forzando la verdad por una mentira

En la Palabra de Dios podemos ver cómo Dios envió a Juan el Bautista para preparar el camino del Señor Jesús. Los musulmanes, al querer imitar algo parecido para el advenimiento de

Mahoma, buscaron desesperadamente alguna declaración bíblica para hacer creer que la venida de Mahoma fue profetizada por el Señor Jesús. Leyeron minuciosamente la Biblia con el único propósito de forzar a toda costa algún pasaje que pudiera dar tal idea, y encontraron Juan 14.16, donde Jesús dice: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre: el espíritu de verdad [*parákletos*] al cual el mundo no le puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis porque mora con vosotros, y estará en vosotros». De este pasaje ellos han tomado la palabra griega *parákletos*, que significa: «alguien que intercede por otro ayudándole en sus debilidades», es decir, el Espíritu Santo.

Los musulmanes han acusado a los cristianos de haber alterado las vocales, insistiendo en que la palabra originalmente empleada era *periklytós*, que significa: el alabado. Da la casualidad que en árabe, la palabra Mohamed (Mahoma) significa precisamente: el alabado, por lo que aseguran que al usar la palabra correcta en dicho pasaje bíblico (*periklytós*, en vez de *parákletos*) queda de manifiesto que el pasaje se refiere a Mahoma y no al Espíritu de verdad.

Los teólogos griegos han explicado a los musulmanes que la palabra *periklytós* no ha sido en absoluto usada en la Biblia como un atributo del Espíritu Santo; sin embargo, ellos acusan a los cristianos de haber alterado dicha palabra. Aun haciéndoles tomar conciencia de que Mahoma jamás podría cumplir con las funciones del Espíritu Santo, y que además ni siguiera reunía las cualidades de un profeta del Antiguo ni del Nuevo Testamento, no hay manera de cambiar su manera obstinada de pensar.

Debemos pedir precisamente al Espíritu Santo que quite el velo de ignorancia que ha enceguecido los ojos espirituales de nuestros amigos, y que un día puedan ver la luz admirable de

Cristo Jesús, Señor y Dios de todos los pueblos y confines de la tierra, quien vino al mundo para ofrecer su vida en expiación por los pecados de la humanidad.

Usemos «su verdad» para guiarlos a la Verdad

Debemos aprovechar algunos pasajes del Corán que pueden servir como puentes para conducir a nuestros amigos al conocimiento de la Verdad. Por ejemplo, en dicho libro cada profeta recibe un nombre distintivo: a Abraham se lo llama el amigo de Dios; a Moisés, el portavoz de Dios; a Mahoma, el alabado. Pero en la sura 2, aleya 88 claramente dice que a Jesús (Aísa), le fue dado el Espíritu de Dios. Por lo tanto, vale la pena preguntarnos: ¿qué es más relevante? ¿Ser el amigo de Dios, el portavoz de Dios, el alabado entre la gente o el propio Espíritu de Dios? En esto sí tiene razón el Corán y ratifica lo que el Señor Jesús mismo dijo en Juan 10.30: «Yo y el Padre uno somos». También en 4.172 el Corán afirma que «Jesús es la Palabra de Dios», y tiene razón, porque los profetas han sido mensajeros o portadores de la Palabra de Dios, pero ni uno de ellos dijo ser la Palabra encarnada de Dios. Esta declaración del Corán confirma el pasaje de Juan 1.1: «En el principio era el Verbo [la Palabra] y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios».

Si los musulmanes confiesan que la Palabra de Dios es eterna, y si el Corán declara que Jesús es la Palabra de Dios, lógicamente están declarando la eternidad de Jesús. Precisamente Él dijo: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último» (Ap 22.13).

Además, todos estamos de acuerdo en que las palabras que decimos forman parte inseparable de nuestro ser. Aun antes de concebirlas en nuestro cerebro, ya han nacido en nuestro corazón, porque las palabras que salen de nuestra boca constituyen la

expresión más completa y reveladora de nuestro ser. De la misma manera, Jesús es la Palabra viva de Dios, Él es Dios humanado, hablándonos no a través de profetas ni de ángeles sino en una forma directa y personal.

Afortunadamente este concepto de la palabra es muy bien asimilado en la cultura islámica, ya que creen que lo que hablamos, lo que sale de nuestra boca, es nuestro «hijo». El Corán también dice que Jesús desde muy pequeño formaba pájaros de arcilla, luego soplabla en ellos y les insuflaba vida. Esto nos ayuda para que ellos puedan comprender quién realmente es el Señor Jesús, porque aun el Corán reconoce el poder creador de Jesús, pero tienen que entender que no solamente creó pájaros, sino que Él es el Creador de la tierra, los cielos y todo lo que en ellos hay.

Testis unus, testis nullus (testimonio único, testimonio nulo). En la jurisprudencia se establece que para comprobar la veracidad de un hecho es necesario el testimonio de dos o más testigos. Por lo tanto, el testimonio de una sola persona no es suficiente para establecer en justicia la verdad de los hechos. Mahoma declaró por sí mismo que él era un profeta enviado por Dios, y aún más, que él era el sello de los demás profetas. Ante estas aseveraciones debemos considerar:

- > Que Mahoma nunca hizo un solo milagro para comprobar lo que él dijo ser.
- > Nadie dio testimonio de él.
- > Tampoco nadie vio ni oyó al ángel que supuestamente hablaba con él.

Ante esta falta de pruebas nos preguntamos cuál es la evidencia que da testimonio de las palabras y presunciones de Mahoma. Algunos dirán que el Corán es la evidencia de lo que él dijo ser, pero eso no es cierto porque el material que él empleó no fue

nada nuevo, sino una parte es de la Biblia, que por cierto alteró a su manera y conveniencia. El material original bíblico que él modificó y empleó en el Corán le fue transmitido en forma oral por judíos y católicos. De tal manera que no hay un auténtico testimonio que sustente las declaraciones de Mahoma.

Por otra parte, es realmente hermoso leer que cuando el Señor Jesús fue bautizado por Juan el Bautista al inicio de su ministerio, las Santas Escrituras nos dicen que los cielos, Dios Padre y el Espíritu Santo dieron testimonio del origen divino del Mesías:

Y Jesús después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mt 3.16-17).

Todo esto fue presenciado por mucha gente que había acudido a los bautismos de Juan. Por lo tanto, los cielos, el Espíritu Santo y Dios Padre dan claro testimonio público acerca de lo que el Señor Jesús dijo ser: el Hijo de Dios. Digna de señalar es la presencia del Espíritu Santo, quien apareció en forma corporal, visible a los ojos de muchos, precisamente para dar claro testimonio del origen celestial y naturaleza divina de Jesús, nuestro Salvador.

Consejos para la obra evangelizadora

- > Al desarrollar nuestra labor nos damos cuenta aún más de la gran necesidad de la unción total del Espíritu Santo para llevar a cabo con eficiencia la Gran Comisión dada por el Señor Jesús en su Santa Palabra.
- > Es imprescindible una verdadera pasión por las almas, ayunar e interceder por ellas ante el trono de Dios.
- > El abecé del misionero debe ser: A amar las almas sin

Cristo; B buscarlas con avidez; y C compartirles con denuedo las buenas nuevas.

- > El conocimiento de la Biblia es muy importante para presentar el mensaje con claridad y convicción y para aclarar cualquier duda o comentario equivocado de ellos.
- > La experiencia ministerial adquirida en la iglesia local ayuda muchísimo, aunque siempre debemos adaptarla al contexto cultural y social del lugar donde nos encontremos.
- > Debemos hacer esfuerzos y proponernos desarrollar vidas disciplinadas en todas las áreas de nuestra existencia, de otra manera nos volvemos nuestros propios enemigos y hacemos la tarea aún más difícil.
- > Es aconsejable un buen conocimiento de la cultura en la cual vamos a vivir para una mejor comprensión de las personas con quienes nos vamos a relacionar.
- > Es necesaria la justificación de la estancia en el país por medio de la bivocacionalidad; en otras palabras, hay que realizar un trabajo laico a la vez que se lleva a cabo la obra misionera.
- > Debemos cuidarnos de no criticar su cultura, ni mucho menos a Mahoma o al Corán. Tenemos que valorar los aspectos positivos de su arquitectura, música, artesanías, etcétera, de una manera sincera, para que ellos se sientan valorados. Además, esto nos ayudará para una mejor adaptación a la cultura.
- > No nos olvidemos de tomar tiempo para nuestra esposa y nuestros hijos, para orar juntos, aconsejarles, animarles y también escucharles.
- > Puesto que tenemos que comunicarnos con la gente que

nos rodea, debemos hacer esfuerzos por adquirir un conocimiento del idioma de la región. En los países musulmanes, además del árabe, se habla el francés y numerosas otras lenguas.

- > Al compartir el evangelio, debemos hacerlo uno por uno. Evangelizar a dos o más a la vez provoca hermetismo o incluso actitudes agresivas y de rechazo. Aunque alguno de ellos esté receptivo al evangelio, no lo demuestra porque teme que su compañero lo denuncie.
- > No olvidemos que en estos países existen redes de espionaje muy fuertes, que inducen a que entre ellos exista una gran desconfianza.
- > Como medida de seguridad, conviene escribir en clave datos muy confidenciales del ministerio.
- > Debe pensarse en un sistema adecuado y seguro para la canalización de fondos. Antes de entregar documentos a las oficinas gubernamentales del país donde se reside, se debe hacer fotocopias de ellos y guardarlos en lugares muy seguros. Todo título o documento debe autenticarse antes de salir del país de origen en el ministerio de Educación, ministerio del Interior, ministerio de Relaciones Exteriores y embajada del país de destino. No se deben dejar hasta el último momento los trámites gubernamentales en el país de destino, porque la burocracia es generalmente muy lenta, especialmente en el mes de Ramadán. Todo trámite debe hacerse con la mayor anticipación posible.
- > No desanimarse por la falta de compromiso y seriedad por parte de las personas con quienes tratamos. Debemos comprender que ellos son el resultado de una cultura

donde el concepto del tiempo y el sentido de la responsabilidad son muy variables.

- > Por último, aunque no menos importante, estar dispuestos a sufrir, si el Señor así lo permite, porque está establecido que nuestro trabajo debe realizarse con sudor, lágrimas y en algunos casos, hasta con sangre.

CAPÍTULO 8

Prueba de fuego

De la prueba a la victoria

DESPUÉS DE PERMANECER tres años en el Norte de África, ya habíamos compartido las buenas nuevas a muchos. El Señor en su gran misericordia nos permitió ver quince conversiones de fe, así como cinco bautismos, los cuales habíamos hecho en la bañera de la casa, en el mayor secreto posible. Todo marchaba muy bien, pero para sorpresa nuestra, el 13 de diciembre de 1994 llegaron por las tarde cuatro policías vestidos de civil a nuestra casa. Ellos me preguntaron:

¿Dónde están los vídeos de la película *Jesús*, las Biblias en árabe y todo el material cristiano?

Yo les respondí:

No tenemos un solo vídeo de los que usted menciona.

Luego empezaron a requisar la sala principal. Después se dirigieron a una pequeña biblioteca y miraron libro por libro. Afortunadamente no vieron mi agenda personal, donde tenía los bosquejos de cartas de oración, nombres y teléfonos de hermanos

árabes. Tampoco vieron un libro que se titulaba *Cómo ganar almas*, de Carlos Spurgeon, pero vieron cuatro Biblias en español.

¿Por qué tienen tantas Biblias? me volvieron a preguntar.

Somos cuatro en la familia y cada uno de nosotros tiene una para su estudio personal.

Luego se escandalizaron al encontrar una Biblia en árabe. Les expliqué que estudiaba el árabe y que quería saber la traducción de algunos pasajes bíblicos del español al árabe. Ellos me dijeron que eso estaba prohibido. Me decomisaron dos Biblias, una en español y otra en árabe. Luego me indicaron que les acompañara. Me introdujeron en un vehículo de la policía y me llevaron a la comisaría.

Allí me esperaba el comisario, un hombre alto y delgado, quien agitando su gran dedo índice hacía mí en forma amenazadora, me dijo:

¡Tiene que decirnos qué hace usted aquí en este país!

Yo soy un profesor del Conservatorio de Música le respondí.

¡No! ¡Usted es un espía! me replicó.

No, señor, yo no soy ningún espía.

¡Entonces usted trabaja para el ILNA!

¡Disculpe, pero ni siquiera sé el significado de esas siglas!

¡Eso quiere decir la Iglesia Libre del Norte de África!

¡Yo no lo sabía, es la primera vez que escucho esa palabra!

¡Entonces usted es misionero! ¡Esta Biblia en árabe que le encontramos en su casa lo comprueba todo, pero de nada le sirve, porque todas las Biblias han sido alteradas!

¡Qué interesante! ¿Cuándo y por quién ha sido la Biblia alterada?

El comisario permaneció por un momento en silencio, luego exclamó:

¡Por los judíos!

Permítame mostrarle algunos pasajes por favor le dije. Luego procedí a mostrarle, de la misma Biblia en árabe que ellos me habían decomisado, algunas porciones de Oseas (5.1-7) y Jeremías (6.6-8) donde dice que el pueblo de Israel ha desobedecido, se ha apartado de Dios, ha prevaricado, y le espera un castigo.

Después que él leyó los pasajes que le mostraba, le dije:

Si los judíos han alterado la Biblia, ¿cómo es posible que hayan dejado estas porciones que hablan tan duramente acerca de ellos?

El comisario callaba.

Luego empecé a compartirle el plan de salvación de Dios. Lo que me admiraba y llenaba de gozo era ver que este señor leía con mucho interés todo pasaje de la Biblia en árabe que yo le mostraba. A pesar de que continuaba diciendo que eso no era posible porque el Corán era el último libro de Dios y que Jesús era sólo un profeta, era notorio su interés en las Escrituras.

Habíamos empezado a hablar aproximadamente a las seis y media de la tarde y era ya la una de la madrugada y aun continuábamos conversando. El Señor me guió a mostrarle Juan 3.36, después de lo cual me dijo que regresara a mi casa y que me presentara en la comisaría a las ocho y media de ese mismo día. Antes de salir, me decomisó mi pasaporte y mis demás documentos personales.

Al regresar a mi casa, mi esposa estaba muy preocupada al no saber qué me había pasado. Le compartí lo que había ocurrido y después de orar juntos pidiendo a Dios fortaleza, ella se sintió mejor.

Ese mismo día regresé muy temprano a la comisaría. En una pequeña habitación me esperaban dos detectives. Al ser conducido ante ellos, empezaron a vociferar y sacudir las sillas contra el suelo. Me gritaron y en medio de insultos me preguntaron qué realmente estaba yo haciendo en el norte de África. Uno de ellos me agarró fuertemente por el pecho de la camisa con la mano izquierda y con la mano derecha tomó un palo con pequeños clavos y agitándolo amenazadoramente frente a mi cara, me dijo que si yo no decía la verdad me iba a golpear.

Yo pedía al Señor me diera sabiduría y me dirigiera para poder responder, entonces llegó a mi mente el pasaje de las Escrituras, en Mateo 10.18-20, donde dice que seríamos llevados aún ante gobernadores y reyes, pero que no nos debíamos preocupar por cómo o qué hablaríamos, pues en aquella hora nos sería dado lo que debíamos decir.

Le respondí al detective que no podía alterar las declaraciones que había expuesto ante el comisario, porque había dicho la verdad. Él se enfureció aun más, y lanzó el palo con fuerza sobre una mesa que había allí, y salió de la habitación profiriendo insultos y diciendo que yo era Satanás.

El otro detective tomó el teléfono y me dijo que si seguía ocultando la verdad, llamaría inmediatamente a la oficina central para que me llevaran a un lugar a trescientos cincuenta kilómetros de distancia de ahí. Yo repetí lo mismo, e inmediatamente dejó caer violentamente el auricular, a la vez que me acusaba de estar recibiendo dinero lavado (obtenido por la venta de droga). Esto me molestó mucho y le dije que si bien era cierto que yo estaba siendo juzgado por personas con autoridad, un día estaríamos frente a Dios y él tendría que dar cuenta de sus palabras.

Su actitud cambió totalmente y me dijo muy calmadamente y con cierta expresión de culpa:

Este es nuestro trabajo y tenemos que hacerlo así, de otra manera nuestro jefe nos despidе.

Luego llegó el comisario con la Biblia en árabe. Para mi sorpresa, había estado leyendo y subrayando algunos pasajes. Me dijo que había encontrado una porción que corroboraba lo que él me había dicho antes, que Jesús era solamente un profeta. Me leyó una parte de la introducción al libro de Salmos que decía: «Estos son los Salmos proféticos de la victoria de Jesús el Mesías». Le expliqué que lo de profético se refería a los Salmos y no al Señor Jesús, que el nombre atribuido al Señor Mesías , significaba Ungido, y que era el Salvador que él y su familia necesitaban para poder experimentar el amor y perdón de Dios.

A mediodía me permitieron ir a comer a la casa, según las normas del arresto domiciliario que me habían impuesto. Luego tuve que regresar para continuar con el interrogatorio hasta ya muy tarde. Esa noche mi esposa y yo oramos mucho y leímos algunas de las promesas del Señor que nos aseguran su protección en medio de las pruebas, especialmente el Salmo 27 y 1 Pedro 3.13-20.

La alabanza también nos sostuvo muchísimo. ¡Qué bello fue escuchar en aquellos momentos difíciles promesas tan preciosas puestas en música como: «Torre fuerte es el nombre del Señor, a Él correrá el justo y levantado será», o: «Tu fidelidad es grande, tu fidelidad incomparable es, nadie como tú, bendito Dios, grande es tu fidelidad». La alabanza realmente llenaba nuestros corazones y nos daba mucha fortaleza. Cuando volví por la mañana a la comisaría, yo iba completamente renovado en el espíritu.

Al día siguiente ya habían detenido a dos hermanos árabes miembros del grupo que se reunía en mi casa para orar y estudiar la Biblia conmigo. Un día después, a otro más. A ellos les habían decomisado Biblias en árabe, casetes y alguna literatura cristia-

na. Además del duro interrogatorio los maltrataban mucho, con insultos, y les pegaron.

A estas alturas, nuestra cuenta bancaria había sido congelada y mi esposa no podía hacer ninguna extracción. Nuestro teléfono también había sido intervenido para escuchar cualquier conversación. Estos interrogatorios se prolongaron hasta el 16 de diciembre. Esa tarde ya no pude regresar a casa; junto a dos de los creyentes marroquíes fuimos conducidos ante el procurador general.

Me leyeron los tres cargos por los cuales se me acusaba: primero, por predicar el evangelio; segundo, por proclamar que Jesús es el Hijo de Dios; y tercero, por reunirme en mi casa con varios musulmanes para leer la Biblia. A los dos hermanos marroquíes les acusaron de traición a la fe islámica. Me pidieron que firmara aquella declaración. Yo les dije que consideraba injusto nuestro encarcelamiento por esas razones, pero ellos me dijeron que si no firmábamos sería otro cargo más que se nos agregaría.

Ante esas circunstancias y sin otra alternativa, tuve que firmar. Mis hermanos árabes también lo hicieron, e inmediatamente nos pusieron las esposas. Para mí aquel momento fue de sentimientos encontrados, por un lado de gozo al ver que era por anunciar las buenas nuevas de salvación que aquellas esposas caían sobre mis manos. Por otro lado, de gran preocupación al darme cuenta de que me separaban de mis seres queridos y no sabía qué iba a ser de ellos. Como pude, supliqué a uno de los policías que avisara a mi esposa. Le di el número de teléfono y le agradecí de antemano.

Fuimos nuevamente introducidos en el vehículo de la policía junto con otros prisioneros y encerrados en una de las cárceles de la prisión central. Mis Biblias, una en árabe y la otra en español

que me habían sido decomisadas, le quedaron al comisario. Me quitaron todo cuanto llevaba, incluso mi cinturón. Luego me condujeron a una pequeña celda de unos pocos metros cuadrados, donde se encontraban diecisiete presos de diferentes nacionalidades: dos belgas, dos españoles, un italiano, un portugués, un judío, y los demás, marroquíes.

El ochenta por ciento de ellos habían sido arrestados por tráfico de drogas, de tal manera que cuando entré en la celda ellos pensaron que yo también era contrabandista y me preguntaron con cuántos kilos de droga me habían capturado. Todos se sentaron en el suelo, formando un semicírculo a mi alrededor. Entonces les expliqué que no era por droga que me habían llevado allí, sino por haber compartido mi fe con algunos amigos.

Me preguntaron de qué religión era. Les dije que no tenía ninguna religión, porque religiones hay muchas, pero no salvan. Explicé que mi fe estaba basada en la muerte y resurrección de Jesús el Mesías, porque solamente su sangre puede limpiarnos de todos nuestros pecados. El jefe de los presos, muy exaltado, me dijo que en un país musulmán decir eso estaba prohibidísimo y que había tenido suerte de no haberme encontrado con un fundamentalista, porque seguramente me hubiera matado. Yo respondí que lo que había recibido de Dios era tan grande que no lo podía ocultar. A lo largo de la conversación pude compartirles más ampliamente acerca del evangelio.

Las condiciones higiénicas de la cárcel eran muy deprimentes. El lugar era muy frío y todos dormíamos en el suelo con dos mantas, una para el suelo y otra para arroparnos. El espacio para cada uno era estrictamente medido para que todos cupiéramos acostados. No daban comida, solamente rodajas de tomate con un pan muy duro. A mi esposa le permitían llevarme comida únicamente dos veces por semana. Sin embargo, la fidelidad de Dios

se veía claramente cuando uno de los españoles, a quien le permitían recibir comida casi todos los días de parte de una monja española, compartía los alimentos conmigo.

Se les permitía fumar y la mayoría lo hacía con exceso, principalmente por la noche. Me sorprendió ver que aun los gendarmes que custodiaban las celdas proporcionaban cigarrillos a los prisioneros, pero luego supe que era porque las familias dejaban en las oficinas los cigarrillos, y el gendarme les daba cuando el presidiario pedía.

A altas horas de la noche muchos encendían sus radios con mucho volumen y conversaban en alta voz. De tal manera que se pasaba la noche prácticamente en vela. A un lado de la celda había un agujero separado por una rústica cortina: este era el servicio sanitario. A un lado del agujero había un tubo metálico con un grifo en el cual teníamos que saciar la sed y lavar los cubiertos.

Al tercer día, el subjefe de los carceleros (a quien yo no le caía muy bien) me dijo que el siguiente día me tocaba a mí limpiar la celda. Esto era necesario hacerlo descalzo, restregando los ladrillos del frío suelo con un cepillo muy grande y jabón. Me quedé sumamente sorprendido cuando un marroquí pidió tomar mi lugar y hacerlo por mí. Yo se lo agradecí y accedí, porque de haberlo hecho seguramente hubiera pescado un resfriado.

Yo estaba preso, pero la palabra del Señor jamás puede estar presa, de tal manera que el Señor me permitió compartir las buenas nuevas en forma personal con la mayoría de ellos. Me acerqué al subjefe de los carceleros, quien después de haberle yo testificado, me dijo que yo era un tonto y que era mejor me quedara acurrucado en el lugar de la celda que me correspondía.

El español que compartía su comida conmigo me dijo que a él se le hacía muy difícil cambiar de vida porque tenía una familia a quien daba toda clase de lujo, y que la única forma de mantenerla

así, era haciendo cosas ilegales como el contrabando de drogas. El portugués me dijo que comprendía de lo que le estaba hablando, pero que para él la vida tenía que tener ciertos riesgos, de otra manera no tendría sabor ni emoción. Estaba dispuesto a seguir traficando al salir de la prisión, pero lo haría con mayor cuidado.

El italiano, quien cumplía una condena de doce años, también por contrabando de drogas, me dijo que yo no sabía nada de las cosas de Dios, que debería hablar con su madre, quien sí sabía mucho, porque ella era de los testigos de Jehová. Desde que llegué a la prisión me di cuenta de que el judío bromeaba y reía mucho con los musulmanes. Esto me sorprendía, pues judíos y musulmanes no se llevan siempre bien, mucho menos se aceptan entre sí. Después que le compartí el evangelio me dijo que él sabía que Jesús era Dios, pero que no podía aceptarlo en la forma que yo le decía porque él tenía un corazón de piedra.

Me contó que un día al regresar a su casa, vio los cuerpos destrozados de su familia debido a una bomba que había estallado allí. Desde entonces su corazón se le había vuelto como de piedra, y si él bromeaba y reía era como un escape a su gran tristeza porque por dentro estaba llorando. Le dije que el Señor Jesús había venido para darle vida en abundancia, que él podía hacer que de su interior brotaran ríos de agua viva, que él podía darle un corazón de carne. Su respuesta fue que tal vez después le aceptaría.

Por la misericordia de Dios, un marroquí hizo una profesión de fe en Cristo Jesús en esta prisión. Un día uno de ellos, sentado en el suelo junto a mí con sus mantas rozando las mías, al oírme decir que Jesús era el único que había venido del cielo, se alteró en gran manera, tomó sus mantas, se apartó, las sacudió violentamente como muestra de repudio y después de insultarme dijo a gran voz que Jesús no podía ser el Hijo de Dios.

También había en la celda un marroquí alto y corpulento a

quien todos temían pues era el más fuerte, por lo que le llamaban King-Kong. Este hombre pasaba vociferando y renegando de aquel lugar. Decía que aquello era el infierno pues las condiciones eran insostenibles por el frío, falta de alimentos, carencia total de espacio aun para moverse y el mal olor del sanitario.

Un día, él estaba bastante alterado y se dirigió a mí reclamando:

¿No crees que esto es el infierno?

Le respondí que de acuerdo al evangelio, el infierno es un lugar de fuego y tormento como no hay otro. El vociferó diciendo que no podía haber otro lugar peor que ese, luego prosiguió:

Y tú que hablas tanto de Dios, ¿por qué no le pides a ese Jesús que te saque de aquí?

Yo le respondí:

Tú lo verás.

A él sólo le faltaban tres semanas para completar su condena y estaba muy desesperado por salir.

Los días pasaban, fui llevado varias veces a juicio, pero estos se habían frustrado porque yo no tenía abogado defensor. Mi esposa no disponía del dinero para pagar los honorarios y además ninguno quería hacerse cargo de defender a un cristiano por temor a sufrir represalias de parte del gobierno.

Las visitas que me hacía mi esposa eran muy frustrantes, pues se llevaban a cabo en dos pasadizos con tela metálica cada uno, ambos separados por aproximadamente metro y medio. En uno de ellos entraban unos cincuenta presos y en el de enfrente a sus familiares. En su afán por hacerse oír, todos gritaban a la vez, haciendo un ruido ensordecedor, por lo que la comunicación era prácticamente nula.

La tercera vez que fui llevado a juicio, mientras esperaba con

los demás reos el momento para ser juzgado, mi esposa con mis dos hijas lograron acercarse al lugar. Después que ellas rogaron al custodio permiso para verme, éste me permitió saludarlas brevemente. Aquel momento fue muy desgarrador y los cuatro nos unimos en un solo abrazo en medio de profundos sollozos.

Al cabo de algunos días mi esposa, después de mucha oración, logró obtener los servicios del único abogado marroquí que se arriesgó a defenderme a mí, así como a los dos hermanos árabes. El dinero enviado por nuestra iglesia de El Salvador a través de la iglesia en España para pagar al abogado, lo había recibido mi esposa en una forma milagrosa, casi media hora antes del plazo fijado por el abogado. El juicio se llevó a cabo después de casi tres semanas de prisión, el 3 de enero de 1995.

En aquella oscura tarde del juicio, nos leyeron nuevamente los cargos con la adición de uno más: se me acusaba también de dar dinero a mis amigos para cambiarles su fe islámica. Esto fue desmentido allí mismo por los hermanos marroquíes que me acompañaban. Después de la intervención del abogado defensor y algunas preguntas formuladas por el presidente de los cinco magistrados, se nos dijo que el veredicto se daría dos días después.

Al conducirnos de regreso a la prisión central me quedé sorprendido al constatar que aunque siempre me habían esposado al llevarnos de la cárcel a los tribunales (o viceversa), esta vez yo era el único entre todos que no había sido esposado. El encargado de hacer esto, y quien había estado en el juicio, no lo permitió. Al verle directamente a los ojos pude notar una clara expresión de simpatía y amistad.

En todo momento creí que el veredicto sería absolutorio porque había razones de peso para que se nos concediera la libertad. Primero, porque había una buena parte del pueblo de Dios que

estaba orando por mí y por mi familia. Segundo, porque tenían solamente dos Biblias que me habían decomisado, una en árabe y la otra en español, y esto no era agravante como para decretar una condena. Tercero, porque sabía que uno de los artículos de la ley constitucional de Marruecos dice que hay libertad de culto.

El día 5 de enero nos llevaron nuevamente al mismo edificio y ante los mismos magistrados. Fue un golpe durísimo para mí y para los dos hermanos marroquíes cuando se nos leyó el veredicto declarándonos culpables. La condena para mí era de un año de prisión y quinientos *dirhams* (moneda marroquí) de multa y ocho meses de cárcel para los dos hermanos árabes. Nos llevaron de nuevo a la prisión y nos introdujeron en las celdas. Yo sentía que mi corazón iba a estallar, hacía grandes esfuerzos por contenerme, pero las lágrimas me salían sin parar, el sólo pensar que estaría lejos de mi esposa y de mis hijas sin verles ni poderles ayudar tanto tiempo me producía una pena incontenible. Fue el día más triste de mi vida.

Al entrar en la celda los presos estaban ansiosos de conocer el veredicto. Se los hice saber no sin antes hacer un gran esfuerzo por controlar mis emociones. Unos trataron de darme ánimo a su manera y me decían que no me preocupara tanto, que al italiano le quedaban once años por cumplir en la prisión, así que un año al fin y al cabo pasaría pronto. Tenía que permanecer por un año en la cárcel mientras que a King-Kong le quedaban solamente dos semanas para salir. ¿Dónde quedarían mis palabras cuando le dije que él vería el día cuando el Señor Jesús me sacaría de la cárcel?

La pena de saber que estaría separado de mi familia me ahogaba, el pesar que me embargaba era indescriptible y no lo podía soportar. Entré al sanitario y lloré amargamente por un rato; luego, como pude, traté de disimular al salir. Unos me ofrecían pe-

dazos de pan, pero yo no tenía el más mínimo apetito. Eran cerca de las nueve de la noche. Me acosté en el suelo sobre mi manta. Me sentía desfallecer, me dolía mucho la espalda, el cuello, las piernas, mi cuerpo todo era una postema.

De pronto me di cuenta de que en ningún momento le había pedido al Señor que se hiciera su voluntad en toda aquella situación. ¡Había dado por hecho que saldría de la prisión, sin haber considerado que la voluntad de Dios podía ser otra! Le pedí perdón al Señor y le dije que aun si fuera mayor el tiempo que tuviera que pasar en la cárcel, lo haría con gozo, aceptando su voluntad en mi vida. Mi pecho iba a explotar, sentí como si mi corazón se iba a detener... le pedí a Dios que se hiciera su voluntad.

Al día siguiente, algo verdaderamente sorprendente ocurrió: aquel dolor que me había agobiado por varios días había desaparecido casi por completo. Me sentía con un ánimo renovado y yo mismo me sorprendía de aquel cambio tan radical. Escribí en un pedazo de papel que conseguí, el esbozo de una carta para mi esposa, dándole ánimo, recordándole que nuestras vidas estaban en las manos de Dios y que debíamos aceptar su voluntad en todo momento. Sabía que las autoridades de la prisión leerían aquella carta, pero eso me tenía sin cuidado.

Temprano por la tarde me sorprendí cuando dos policías vinieron a sacarme de la cárcel para comparecer en otra audiencia. Los reos estaban perplejos: me dijeron que para que un juicio de apelación se llevara a cabo, era necesario esperar unos veinte o veinticinco días después de la sentencia. Los otros dos hermanos marroquíes y yo fuimos llevados a otro edificio y ante otros magistrados. Nos hicieron las mismas preguntas que nos habían hecho en el tribunal del 3 de enero, así como algunas nuevas. Luego, los tres magistrados se retiraron a deliberar por unos

quince minutos. Regresaron al estrado. Entonces el presidente del tribunal me anunció:

¡Se le levanta el año de condena! ¡Queda usted en libertad!

A los otros dos hermanos marroquíes les dijo:

Para que ustedes puedan quedar en libertad, es necesario que reciten en alta voz el credo musulmán.

Aquellos hermanos, agobiados por el temor, así lo hicieron. Cuando nos introdujeron en el vehículo de la policía uno de ellos me dijo: «Perdona, hemos tenido que hacer eso porque de otro modo, nos dejarían en la cárcel y empezarían a perseguir a nuestras familias».

Yo le dije:

Dios te perdone, y si Él lo hace, ¿quién soy yo para no perdonarte?

Llegamos a la prisión central para firmar el documento de salida. Al entrar a la celda para recoger las poquísimas cosas que tenía, me preguntaron los reos qué había pasado. Con mucho gozo les comuniqué que el veredicto había sido absolutorio, e inmediatamente la mayoría de ellos me felicitaron con emoción. Tomé mis cosas, estreché sus manos a la vez que les decía que Dios había mostrado su poder. Salí de la cárcel en medio de aplausos. Yo alababa a Dios porque su gracia y misericordia se habían manifestado en forma excepcional. ¡Era un día glorioso! ¡Él había convertido un año de prisión en un solo día! ¡King-Kong había visto cumplirse las palabras que antes le había dicho: que él vería el día en el que el Señor Jesús me sacaría de la cárcel! ¡Todos habían sido testigos de la fidelidad y del poder de Dios!

Eran casi las ocho de la noche cuando salí de la prisión. Enfrente de la entrada principal me esperaban mi esposa y mis

dos hijas. Nos abrazamos con mucha alegría, dando gracias al Todopoderoso. Fue uno de los días más felices de mi vida... Pero a unos pasos de distancia se encontraba mirándonos fijamente uno de los detectives que me había interrogado en la comisaría.

Usted tiene que ir a la comisaría me dijo.

¿Por qué, si ya se me ha decretado la libertad?

Es solamente una formalidad me respondió.

Me introdujeron en otro vehículo y me condujeron a la comisaría. A mi esposa y a mis hijas no les permitieron ir conmigo. Al llegar me encontré de nuevo con el comisario que me había interrogado el primer día de mi detención, y a quien le había compartido el plan de salvación. Visiblemente conmovido al verme, me recibió con un beso en cada mejilla y me dijo:

No cabe duda de que nuestro Señor Jesús le ha liberado.

Me invitó a sentarme. Escribió algo a máquina, y después de unos instantes nos dirigimos a la entrada principal. Mi esposa y mis dos hijas ya estaban esperándome allí. Se retiró por un momento y me dejó a solas con ellas, pidiéndonos que no nos moviéramos del lugar. Mi esposa aprovechó para contarme que también habían detenido a un joven y a su padre, quienes se reunían conmigo para leer la Biblia. Al joven le habían causado quemaduras en el pecho con un cigarrillo, y a su padre le habían fracturado el brazo. Les habían dejado en libertad por falta de pruebas.

Al regresar el comisario me dijo:

Usted no puede irse a su casa ahora.

Mi esposa, sorprendida al escucharle, le preguntó:

¿Pero por qué, señor comisario? ¡Él ya fue puesto en libertad; yo soy su esposa estas son sus dos hijas, por favor déjelo ir a casa!

No puedo, yo obedezco órdenes superiores respondió él.

Quedamos perplejos. Mi esposa, al ver la determinación del comisario le preguntó si yo iba a salir de allí al día siguiente. Él respondió afirmativamente y aún mencionó que me podía traer el desayuno. Me tuve que quedar nuevamente en la comisaría y mi familia regresó a casa desconcertada, pues obviamente era un nuevo abuso de autoridad. Luego me condujeron a un subterráneo, me decomisaron todo, incluso mi reloj, mis gafas y mi cinturón; me dejaron sólo con camisa pantalón y zapatos sin cordones. Luego me introdujeron en un calabozo muy oscuro con cuatro bombillas amarillas en la parte superior que ayudaban a distinguir un poquito lo que había dentro.

Al entrar propuse en mi corazón ayunar todo el tiempo que permaneciera allí. Me percaté de que había tres prisioneros acostados sobre el suelo. A Dios gracias, pude testificarles cuando me preguntaron por qué me habían llevado allí. En ese lugar se perdía la noción del tiempo pues no se sabía si era de día o de noche. No sé cuantas noches habían transcurrido, cuando entró un policía para sacar a uno de los presos. En ese momento hubo claridad y pude ver una gran rata negra atravesando el calabozo. Se detuvo un momento en el centro y luego se perdió en la oscuridad.

Por fortuna, encontré unas bolsas de plástico usadas y las colocaba a mi alrededor cuando tenía sueño, para que cuando se acercara la rata hiciera ruido y así podría despertar y evitar su contacto e incluso una mordida. Dormía con la espalda contra la pared y las piernas recogidas. Al igual que en la prisión anterior, había en el suelo un hoyo a modo de sanitario. También había en una de las paredes un pequeño agujero por donde salía un poquito de agua, allí humedecía mis resecos labios para mitigar la sed.

A los dos días llevaron pan con algo de beber a los dos prisioneros, pero para mí no había nada. De todas maneras yo había de-

cidido ayunar. Después supe por labios de mi esposa que a ella no le habían dejado pasar comida para mí y le decían que nadie con mi nombre se encontraba recluido allí.

Durante el tiempo que estuve en ese calabozo, nunca había orado tanto ni sentido la presencia tan real de Dios en mi vida como la sentí entonces. Escuchaba un coro de voces masculinas que cantaban a Dios, y aunque no entendía lo que entonaban, sus voces lo hacían con un tremendo espíritu de alabanza como jamás lo había escuchado. Yo agradecía a Dios porque aquella alabanza tan poderosa, aquellas voces tan impresionantes, me insuflaban ánimo y mucha fortaleza.

Después de tres días sin comer ni beber nada, me sacaron y me condujeron nuevamente ante el comisario. Esta vez él fue bastante seco y cortante y me dijo que yo tenía que salir inmediatamente del país. Era la tarde del 9 de enero de 1995.

Después de haberme hecho esperar en pie por algunas horas en varias oficinas, fui llevado por fin hacia la frontera. Al pasar frente al apartamento donde había vivido desde que había llegado a Marruecos, el detective a quien se le había asignado la función de acompañarme, me invitó a despedirme de mi familia. Este gesto de gentileza de parte de este desconocido me impresionó. Desafortunadamente, no encontré a nadie en casa, por lo que dejé una nota a mi esposa explicándole que en esos momentos estaba siendo expulsado del país. Luego el detective me condujo con un taxi hasta la frontera. Allí esperé por largo tiempo en pie hasta que salí oficialmente de Marruecos. Empezaba a oscurecer cuando entré a Ceuta, ciudad fronteriza española. Me dirigí a casa de unos hermanos en Cristo, quienes ya estaban al corriente de todo y me recibieron con mucho amor.

Mi esposa y mis hijas habían quedado en Marruecos. Recién dos días después me pude reencontrar con ellas: nos unimos en

un solo abrazo reconociendo con lágrimas en los ojos el poder y la misericordia de Dios. Fue un encuentro dramático, pero al fin y al cabo feliz porque ya estábamos de nuevo juntos. En la casa donde habíamos sido recibidos nos reunimos para orar y dar gracias. Me relató luego mi esposa cómo el Señor les había protegido con su gran poder durante mi ausencia en medio de las muchas pruebas y preocupaciones que habían tenido que pasar. Realmente, me di cuenta de que ellas habían sufrido más que yo.

Me contó que cuando yo todavía me encontraba en el calabozo, había salido un artículo en el periódico que decía que yo ya había sido expulsado de Marruecos. Al darse cuenta de dicho artículo se dirigió a la comisaría para que le dieran una explicación pero nadie le quiso dar ninguna información. Al verse frustrada ante tal situación, pidió audiencia con el comisario, pero éste no se la concedió. Luego decidió ir al consulado español donde antes le habían dicho que se mantuviera en constante comunicación con ellos porque querían protegerla como si se tratase de una ciudadana española. El cónsul de España, al darse cuenta de todo lo que estaba ocurriendo llamó a las oficinas de la frontera española y de otras cárceles preguntando si sabían algo sobre mi paradero, pero nadie le daba ninguna información. Mi esposa a quien le habían decomisado su pasaporte, intervenido su teléfono y le vigilaban muy de cerca, fue con el abogado que me había defendido a hablar con el fiscal, pero éste le dijo al abogado que su trabajo como defensor ya había terminado y que no tenía que inmiscuirse en forma personal en ese asunto, porque el caso ya estaba cerrado.

El abogado le recomendó a mi esposa que fuera inmediatamente a la oficina de Derechos Humanos a denunciar mi desaparición, pero el cónsul de España le aconsejó que no lo hiciera, porque las autoridades estaban molestas por la gran presión diplomática que estaban recibiendo a través de cartas y llamadas

telefónicas del extranjero, y un reclamo de parte de Derechos Humanos les enfadaría aun más.

El ministro de Relaciones Exteriores de Marruecos había recibido cartas de embajadores, ministros y cónsules de varios países intercediendo por mí. Incluso el rey de España, a instancias de la iglesia evangélica española, había abogado por mi libertad. Me compartió también mi esposa que para nuestras hijas fue muy difícil concentrarse en sus estudios sabiendo que yo me encontraba en la cárcel. La menor lloraba mucho y preguntaba con insistencia cuándo regresaría a casa.

Mi esposa recibía a toda hora del día, pero sobre todo en la madrugada, llamadas telefónicas de hermanos de El Salvador, España, México, Guatemala, Argentina, Brasil, Inglaterra, Francia, Suiza, Estados Unidos y de otros países, dándole ánimo en aquella situación. Sí, ciertamente la prueba fue muy dura, pero queremos dar testimonio público de la fidelidad de Dios. Él estuvo en todo momento con nosotros, jamás nos abandonó y siempre nos fortaleció.

De ningún modo siento odio por los musulmanes, más bien comprendo que son el resultado del medio ambiente en que han nacido y crecido. Ellos se resisten a creer en Jesucristo y su evangelio porque piensan que traicionarían a sus antepasados, a su país y a su cultura, pero esto no es cierto porque lo que realmente cambiaría sería su corazón, recibirían el perdón de pecados y un verdadero propósito para vivir.

No importa dónde me encuentre, quiero decirles a mis amigos musulmanes que Dios es amor. Ese amor lo mostró enviando a su Hijo a morir por nosotros para darnos la salvación y la vida eterna.

¡A Él, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos! (Jud 25).

APÉNDICE

A. Diario de conversaciones

Conversación con mi amigo Said

DESPUÉS DE HABLAR de varios temas con mi amigo Said, él comenzó a decirme: «Nosotros debemos trabajar y hacer muchas cosas para ganar el cielo, en cambio ustedes los cristianos no hacen nada, solamente pedir perdón a Dios, y eso es todo».

Nosotros le respondí , para ser salvos y poder entrar en el cielo debemos arrepentirnos de todo corazón de nuestros pecados, reconocer que Cristo sufrió en carne propia el castigo que merecíamos, y abrir nuestros corazones para que Él nos dirija con su santo amor. Creo que tú y yo estamos de acuerdo en que Dios no ama al pecado pero sí a los pecadores.

Correcto.

¿Y te has puesto a pensar de qué manera muestra Dios su amor para con nosotros?

Sí, en que nos da la vista, los brazos, los pies, la comida, la casa y muchas cosas más.

Eso más bien es su misericordia, porque hay muchos que lo tienen todo pero rechazan a Cristo.

Yo conozco a gente mala. ¿Y por qué Dios no la castiga?

Porque Dios es paciente y les está dando oportunidad para que se arrepientan y le confiesen sus pecados le dije . La verdad es que la manera en que Dios muestra su amor para con nosotros es en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros para pagar por nuestras maldades.

¡Nadie puede perdonar pecados, sólo Dios!

Dime, ¿fue Jesús un impostor?

No me respondió.

¿Entonces, por qué perdonó a muchos sus pecados? ¿Mintió Jesús alguna vez?

No.

¿Entonces por qué dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá»? ¿Y por qué cuando le preguntaron si Él era el Hijo de Dios, respondió afirmativamente?

No, eso no lo dice el Corán, y tampoco voy a creer en otra cosa que no me hayan enseñado mis padres y abuelos. Además, la Biblia original se perdió y no se sabe lo que Jesús realmente dijo.

Yo le aseguré:

Hay pruebas científicas e históricas que comprueban que nuestra Biblia es igual a la original. Por ejemplo, los rollos del Mar Muerto.

Saíd me interrumpió:

Nosotros podemos reunirnos en cualquier mezquita pero

ustedes hacen muchas distinciones en su religión entre católicos, protestantes, testigos de Jehová y otros más.

¿Y qué me dices de la enemistad entre sunnitas y chiítas?
¿Qué del rechazo de muchos de ustedes hacia los ahmadías?

Esos no son verdaderos musulmanes me respondió , porque con sus interpretaciones falsas del Corán han cometido un gran error.

¿Entonces admites que en el islam hay grandes divisiones?

No, sólo verdaderos y falsos musulmanes.

¿Y no crees que eso es en sí una división? le pregunté, a lo que me respondió un poco enfadado:

Por último yo no creo ni en Jesús, ni en Mahoma, ni en nadie. Lo que yo quiero es vivir una vida con mis hijos y mi familia, sin molestar a nadie y sin que nadie me moleste.

Precisamente le dije , Jesús vino para darnos una vida abundante, con verdadero propósito, una vida de paz y armonía con tu prójimo.

¿Cómo puede ser mi prójimo algún norteamericano o europeo si ellos han sido los causantes de las guerras mundiales y de todas las calamidades y corrupciones que hay en el mundo? Además, Estados Unidos siempre ha ayudado a nuestros enemigos.

¿Sabes tú le pregunté que Jesús dijo que debíamos orar aun por nuestros enemigos y perdonar a los que nos ofenden?

Eso no vale en la práctica contestó , porque si alguien entra a tu casa y quiere atacar a tu hijo, ¿tú no vas a contra atacar para defenderte?

Dios ha prometido protegernos. Además dijo: «No matarás».

No me respondió , si alguien nos ataca, o ataca nuestra religión, podemos matar para defendernos.

Debes saber que Jesús dijo: «Todos los que tomen espada, a espada morirán». También debes recordar que la violencia engendra más violencia. No es a través de la guerra, ni a través del terror, ni de tácticas intimidatorias, ni de ninguna acción violenta que se logrará la paz en el mundo; solamente a través del amor y perdón de Dios en la persona del Señor Jesucristo, quien vino del cielo para dar su vida en rescate por muchos y hacer de todas las naciones una familia unida en su amor.

Tú hablas mucho de Jesús pero no de Mahoma. Mahoma también fue elegido por Dios, porque Dios dijo que el que naciera con un lunar grande en la espalda, ése sería su enviado. ¡Y Mahoma lo tenía! ¿Y aún así tú no crees en él?

Jesús le dije es el único que jamás pecó.

Sí pecó, porque sacó a golpes a los que estaban vendiendo dentro del templo.

Los que estaban allí habían convertido el templo en una cueva de ladrones. Jesús no golpeó a nadie, sino que con una cuerda echó por el suelo la mesa de los cambistas, abrió las puertas de las jaulas de los pájaros y dejó libres a otros animales. Jesús limpió de bandidos la casa de su Padre con la misma mansedumbre que cuando llevó la cruz al Calvario, y es un cuadro de la justicia que Él hará en el día del Juicio.

Sí, pero se enojó, ¿no es cierto?

Si tú o yo nos enojamos le dije podemos cometer pecado porque somos imperfectos, pero Dios es santo y perfecto, por lo que su ira es santa y su justicia solamente puede ser hecha por Él mismo.

Y si Dios es perfecto y lo sabe todo, ¿por qué plantó el árbol

del fruto prohibido en el paraíso, si sabía que Adán y Eva iban a pecar?

Dios quiso dar a Adán y a Eva una oportunidad para que obedecieran. Esto nos enseña que toda desobediencia a Dios resulta en la separación de él, lo cual representa la muerte espiritual. En realidad, la vida en Cristo es incomparablemente bella.

Said me comentó:

Pero todo hombre bueno tiene que casarse y tener hijos, y Jesús no se casó ni tuvo hijos.

¿Acaso ustedes no dicen que Dios no puede casarse? Además, tienes que saber que nunca se casó porque desde que nació se tuvo que mantener totalmente consagrado hasta llegar al santo sacrificio de la cruz como un cordero santo, sin mancha, para derramar su sangre, sangre divina, para el perdón de nuestros pecados ¡Este es el Cordero de Dios! Y nosotros, los que le hemos recibido, somos sus hijos espirituales, no nacidos por la voluntad de hombre sino por la gracia de Dios.

No me dijo , porque entonces nos volvemos vampiros, y a mí la sangre me da miedo.

¿Acaso ustedes no creen que la sangre derramada de un cordero tiene poder para proteger al que lo sacrifica?

Me respondió:

Eso es lo que algunos creen, pero yo no.

Conversación con mi amigo Driss

Al comenzar a conversar con mi amigo Driss, me dijo:

Debemos pedirle a Dios que nos dé lo necesario. Si tenemos demasiado, nos olvidamos de él, y si tenemos muy poco, deseamos lo ajeno. Cuando morimos, lo único que dejamos son tres cosas: la familia, el dinero y nuestro trabajo. El dinero se pierde,

la familia se llega a olvidar de nosotros; lo único que continúa es nuestro trabajo, sea bueno o malo. Hay algunos que dicen: «Mi ropa», «Mi casa», «Mi dinero», pero no se dan cuenta de que nada nos pertenece. Todo es de Dios, de quien procede lo bueno y lo malo.

Yo le comenté:

Has razonado bien, excepto en lo último que has dicho, porque Dios es el Padre de las luces, en Él no hay la más mínima variación de sombra, por lo tanto, de Él no puede salir nada malo. Lo que sí puede pasar es que si nos apartamos de Él el mal nos alcanzará. También hay casos en que Dios permite que nos llegue el mal, pero es para fortalecer nuestra fe y así purificar nuestras conciencias.

Después de reflexionar por varios segundos, Driss dijo:

Sí, es cierto, nosotros somos los malos, y por eso debemos limpiarnos delante de Dios, y la única manera que Él nos perdone es cuando nosotros reconocemos que sólo Él nos puede ayudar en nuestra necesidad. No es por cumplir con el Ramadán ni por rezos ni por limosnas; es cuando vamos a Él y le pedimos que nos ayude ¡Entonces es cuando él nos perdona!

Yo le aclaré:

Tienes que saber que el único que puede limpiarnos de nuestros pecados es Jesús, el Mesías, y no podemos llegar hasta Dios sino por Él. Jesús dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí».

Driss me interrumpió:

¡No! ¡No tenemos necesidad de intermediarios, podemos ir directamente a Él! ¡Dios no necesita ni de hijos ni de hermanos ni de primos ni de nadie! ¡Él es uno solo!

Ciertamente, Dios uno es. Precisamente Jesús dijo: «Yo y el

Padre uno somos». Si tú dices que Dios es uno, ¿por qué en el Corán siempre que se supone que Dios habla lo hace en plural y usa verbos como: «dijimos», «hicimos», «aceptamos», «dimos»...?

¡Esa es una manera de hablar que aun hoy tenemos! interrumpió él, un poco alterado. Jesús es sólo un profeta entre los ciento veinte mil que Dios ha enviado, y no es mayor que otros como Adán, Abraham o Moisés.

Disculpa le repliqué , pero Adán no es profeta.

¡Pues sí, lo es porque el Corán así lo dice!

Sí cuestioné , también dice que el nombre del padre de Abraham era Azar y no Taré como dice la Biblia. También...

Driss interrumpió otra vez:

La Biblia tiene más de cincuenta mil errores. Además, las genealogías de Jesús se contradicen.

¿Y cuáles son esos errores y las contradicciones en las genealogías?

Te traeré un amigo que sabe mucho de esto y él te lo va a decir.

Me encantaría conocerlo le manifesté , y así tendría la oportunidad de compartirle que Dios le ama y por eso envió a Jesús para salvarle a él, a ti y a mí y a todos los que aceptan su sacrificio en...

Driss me volvió a interrumpir:

¡No, a él no lo vas a convencer, ni tampoco a mí, porque aun si Jesús bajara del cielo y me hablara, no le creería. Tú has venido aquí a misionar, pero este no es tu lugar, vete al África negra, allí tal vez te van a escuchar, pero nunca nosotros! ¡Y ahora tengo que irme!

Mi amigo partió, visiblemente enfadado.

Conversación con Chaquib

Después de haber charlado unos momentos con mi amigo Chaquib, éste me expresó:

Los métodos de Dios para comunicarse con la humanidad han sido siempre nuevos. Es así como Dios hizo primeramente un pacto con Abraham. Luego le dio la ley a Moisés, lo cual era ya algo bastante concreto para la humanidad. Después dio a Jesús los evangelios, los cuales superaban la ley dada a Moisés, pero como se sabe, los judíos alteraron la Escritura y por eso Dios tuvo que enviar su última y más completa revelación que superaba todas las demás: el Corán, el cual ha permanecido intacto desde que se escribió.

Yo traté de aclarar su error:

Tienes que saber...

Chaquib me interrumpió:

Es un libro que bajó del cielo para que nosotros lo leyéramos, y porque bajó del cielo tiene palabras que nadie conoce.

Yo traté de proseguir, pero él me interrumpió dos veces más. Entonces le dije:

Escúchame, Chaquib, si tú no me permites hablar, estás haciendo un monólogo. Dime todo lo que tú quieras y te escucharé, pero después, por favor, permíteme que hable por un momento.

¡Ah! ¡Perdona, hombre! ¡De acuerdo!

Tienes que saber que las primeras versiones del Corán fueron quemadas por considerarse inexactas, y de eso dan fe antiguos documentos existentes hoy en día en famosas universidades europeas...

Chaquib me interrumpió nuevamente:

Seguramente que son documentos falsos. Además, ningún documento puede negar que la gran diferencia entre ustedes los

cristianos y nosotros los musulmanes es que ustedes tienen tres dioses, nosotros tenemos uno sólo: Alá.

Nosotros le dije también tenemos un solo Dios, pero con tres manifestaciones distintas: en la persona del Padre, en la persona del Hijo y en la persona del Espíritu Santo. Este es un misterio muy grande y muy difícil de comprender, pero para que tengas una pequeña idea, permíteme decirte que tú mismo eres tres elementos en un solo ser: tú tienes un alma para comunicarte con Dios, también tienes una mente para pensar y hacer tus decisiones, tienes un cuerpo para poder moverte y desplazarte donde tú quieras. Sí, tres elementos que forman un solo ser. Puedo darte otro ejemplo: yo soy padre porque tengo dos hijas; soy hijo porque tengo a mi padre que vive en mi país; y soy esposo porque estoy casado. Tres manifestaciones distintas de un solo ser, porque cuando le hablo a mis hijas, lo hago con amor pero con autoridad, cuando le hablo a mi padre lo hago con mucho respeto, con una actitud distinta, y cuando le hablo a mi esposa lo hago de una manera especial, diferente de las demás. Pero lo interesante de todo esto es que estas tres manifestaciones, aun siendo diferentes, vienen de un solo ser. De igual manera, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son tres manifestaciones de la misma esencia del Dios Todopoderoso.

Chaquib exclamó:

¡No, eso es irracional porque si hay tres seres, lógicamente tienen que haber tres personas! Dios no quiere que pensemos de esa manera, yo creo que lo que Él quiere es que no le hagamos mal a nadie, que tengamos una sola esposa y que ayudemos a los demás y que de esta manera todos vivamos en paz.

Conversación con mi amigo Tarik

Cierto día, caminando por el centro de la ciudad, me encontré

con mi amigo Tarik, a quien invité a una cafetería cercana a tomar una taza de café. Empezamos a hablar de lo difícil que era la vida, y me dijo que él trabajaba mucho para ganar muy poco dinero, e incluso muchas veces tenía que desvelarse. Trabajaba en una imprenta, y buscaba otro trabajo que no fuera tan pesado, pero no podía encontrarlo. Me compartió que se había comprometido en casamiento, pero no tenía suficiente dinero para la boda, por lo que creía que si se trasladaba a España podría encontrar un trabajo y de esa manera ahorraría mucho para la celebración de su boda.

Después de escucharle, le dije que sus palabras me recordaban mi vida pasada, cuando yo era joven como él. Le compartí que en aquel entonces yo también me sentía cansado, porque tenía que estudiar y trabajar para ayudar a mis padres. Pero lo que realmente me oprimía no era el cansancio sino la vida pecaminosa que llevaba, porque tenía una existencia sin un verdadero propósito, en medio de la bebida, el tabaco y acciones mundanas.

Le compartí que un día después que alguien me explicara quién realmente era Jesús, y después de leer algunos pasajes de la Biblia, yo me había arrepentido de mis pecados y había aceptado al Señor Jesús como el Salvador de mi vida, y que como consecuencia una paz muy grande había inundado mi corazón.

Él preguntó:

¿Entonces el Corán no es un buen libro?

Eso tienes que decidirlo tú, después de leer la Biblia. Dime, ¿cuál libro fue escrito primero, la Biblia o el Corán?

No sé me contestó un poco triste.

Fue la Biblia, y mucho material que se encuentra en el Corán ha sido tomado de ella y se ha empleado en forma modificada.

¿Tú has leído el Corán en árabe?

No sé hablar ni leer el árabe clásico, pero he leído la traducción al español.

¡Ah, no, si no sabes leer el árabe clásico no puedes comprender el Corán, porque al traducirlo a otro idioma ya no es lo mismo!

¿Ah sí? Pues con la Biblia no es así, porque no importa a qué idioma se traduzca, el significado es siempre igual, lo que quiere decir que su mensaje es para todo el mundo.

Tarik, después de recitar un pasaje del Corán de memoria me dijo:

Ustedes, los cristianos, dicen que Jesús es el Hijo de Dios, pero eso no es cierto porque Dios no puede casarse con una mujer para tener un hijo. Nuestro libro, el Corán, dice que *Sidna Aísa* (nuestro Señor Jesús) es hijo de María, pero no de Dios.

Tarik le manifesté , ciertamente el Señor Jesús nació de la virgen María, pero fue el Espíritu Santo quien desde el cielo hizo el milagro para que ella concibiera a Jesús. Si el Espíritu del Altísimo cubrió con su sombra a aquella bendita mujer, ¿no crees que es lógico y justo reconocer que ese niño haya salido de Dios mismo?

Tarik me respondió:

No, porque nuestro libro, que es la última revelación de Dios, nos enseña que Jesús fue formado del polvo, al igual que Adán. Además, en el Corán está todo lo que dice la Biblia, por eso ya no necesitamos leerla.

En el Corán hay ciertas referencias bíblicas, pero son inexactas. Tú no debes temer leer la Biblia. Yo he leído el Corán y mi fe sigue igual.

Yo nací en este país islámico, así que desde que nací soy musulmán, y así voy a morir.

¿Y después de morir, adónde irá tu alma?

Con su dedo me señaló hacia arriba.

¡Qué bueno que quieras ir al cielo! ¿Y por qué crees que irás al cielo? le pregunté.

Porque soy bueno me dijo, un poco indeciso.

¿Has mentido alguna vez? le pregunté.

No.

Bien, tú dices que eres bueno, pero la Biblia firma que no hay ni siquiera uno bueno en el mundo, porque todos hemos pecado. Solamente Jesús es bueno, porque jamás pecó.

Nuestro profeta Mahoma, que la paz sea con él, tampoco pecó.

¿No has leído en el Corán, que Mahoma tuvo once mujeres y dos concubinas y además se casó con la mujer de su hijo adoptivo?

¿Cómo? ¡Eso no puede ser! A lo mejor tú no has comprendido bien.

¡Claro que lo he comprendido bien! repuse, lo puedes leer por ti mismo, se encuentra en 33.38 del Corán.

El Corán es un libro que bajó del cielo y le fue entregado a nuestro profeta Mahoma, que la paz sea con él, y allí dice todo lo que él tenía que hacer. Además, con el Corán bajó el idioma árabe que hablamos hoy, porque antes se hablaba otro idioma.

Tarik le respondí, en España tuve un amigo musulmán, quien me regaló un Corán para que lo leyera. Yo a mi vez le regalé una Biblia. Empezamos a leer los dos libros y al final él se convenció de que Jesús realmente le amaba y que había venido desde el cielo para morir por él y así perdonarle sus pecados. Él ahora es un *mesiji* (seguidor de Jesús) que ha encontrado el gozo de vivir para Dios.

Yo no puedo traicionar a mi familia ni a mi país.

No traicionarás ni a tu país, ni a tu familia le dije , sino que los amarás aun más.

Luego le pregunté:

¿Quién te da la vida?

Dios.

Muy bien, entonces, ¿por qué Jesús dijo que Él era el camino, la verdad y la vida?

Tarik no respondió, por lo que proseguí con otra pregunta:

¿Estás satisfecho con tu vida?

No me dijo , tengo amigos que solamente me inducen a hacer cosas malas. ¡Pero si me propongo ser bueno, puedo lograrlo!

Escucha, Tarik, tú eres muy joven, y si vas por la vida por ti mismo, tendrás muchos fracasos y lágrimas. El Señor Jesús no te ofrece mucho dinero ni grandes posesiones materiales, pero te promete lo necesario para que tú y tu familia vivan en paz y con gozo en el corazón.

Tarik guardó unos minutos de silencio. Yo proseguí:

Nuestro Señor Jesús nos amó tanto, que dio su vida por ti y por mí. Él quiere entrar en tu corazón y dirigirte a través de la vida. ¿Quieres recibir al Señor Jesús en estos momentos?

Tarik, cabizbajo dijo:

Sí.

Para asegurarme de que realmente comprendía lo que le decía, insistí:

Si tú dices que le quieres recibir, que no sea simplemente porque yo te lo digo, sino porque realmente te das cuenta de que

lo necesitas. ¿Quieres de verdad recibir al Señor Jesús en tu corazón?

Sí.

¿Por qué le quieres recibir?

Porque es bueno.

Entonces lo que tienes que hacer es pedirle perdón por tus pecados. Reconocer el sacrificio que Él hizo en la cruz por ti. Pedirle que entre en tu corazón y agradecerle por la vida eterna que hoy te da. ¿Quieres hacerlo con tus propias palabras o ir repitiendo después de mí una oración?

Después de ti.

Yo oré dando gracias por esta profesión de fe y le pedí al Señor que Tarik comprendiera lo que estaba haciendo. Luego Tarik repitió frase por frase la oración que yo hice.

B. Cuentos y chistes árabes

DURANTE MI ESTADÍA en el norte de África tuve la oportunidad de escuchar varios relatos, algunos de ellos interesantes, otros totalmente exagerados. A todas luces era evidente que en la mayoría de ellos había una tendencia a fortalecer el espíritu patriótico.

Guerreros y batallas

Anas, un amigo mío me contó que hace mucho tiempo existió un guerrero muy valiente, quien había participado en muchas batallas. Un día, en pleno fragor del combate se percató de que él y los suyos habían caído en una emboscada. Inmediatamente buscó al líder portador del estandarte que estaba mal herido. Tomó la insignia en sus manos y guió a sus compañeros a un lugar seguro. Al día siguiente, después de reorganizar con los demás líderes el ejército, contraatacaron cabalgando en briosos caballos, llevando el estandarte al frente de los guerreros. Al acercarse al enemigo, montado sobre su corcel, fue herido en el brazo derecho; tomó con su brazo izquierdo la insignia y siguió adelante. No ha-

bía avanzado muchos metros cuando fue herido en la pierna derecha, luego en la izquierda y un instante después en el brazo izquierdo. Sosteniendo a duras penas el estandarte, hizo un esfuerzo sobrehumano y logró asirlo con su boca, y en esta difícil situación guió a sus compañeros hasta el jefe enemigo, a quien dieron muerte con los demás guerreros, obteniendo así una gran victoria gracias al enorme esfuerzo de este valiente patriota.

Anas me contó también otra historia. Sucedió cuando Mahoma con sus cerca de tres mil guerreros, tenía que enfrentarse a uno de sus peores enemigos, cuyo ejército era de casi treinta mil hombres. Mahoma se preocupó mucho y fue a una cueva, donde se le apareció un ángel quien le dijo que no se preocupara porque Dios le iba a enviar muchos ángeles para ayudarlo a ganar la batalla. Mahoma comunicó a sus guerreros esta promesa hecha por el ángel e inmediatamente se dirigieron a pelear contra su poderoso enemigo, a quien después de una cruenta batalla vencieron, aniquilándolo por completo.

Luego se le apareció el ángel a Mahoma y le dijo que él le había hecho esa promesa solamente para darle ánimo, pero que en realidad, ningún ángel les había ayudado a ganar la batalla, sino que ellos habían obtenido la victoria por haber peleado con toda valentía.

Otros de los relatos que escuché siguen a continuación.

Los cuatro sueños

Un día, un rey salió a pasear al bosque con algunos súbditos. Al llegar a la orilla de un riachuelo, dispuso apartarse de su comitiva y se internó en la espesura de los árboles solo, sin la compañía de nadie. El rey después de caminar un poco, se perdió, pero afortunadamente encontró una vieja casa en la cual entró.

Allí se encontraban tres hombres de mal aspecto, quienes eran

ladrones y trataban de fingir que dormían. Aún no había entrado el rey hasta el centro de la casa cuando se levantó uno de ellos y dijo:

¡Ah, señor! Anoche soñé que el primero que yo viera, me daría su reloj de oro.

El rey tomó su reloj de oro y se lo dio. Se levantó el segundo ladrón y dijo:

Yo soñé que tú me dabas todo el dinero que tenías en tus bolsillos.

El rey sacó todo el dinero que tenía y se lo entregó. Luego se levantó el tercer ladrón y dijo:

Te juro por Alá que vi en mi sueño que tú me dabas la trompeta de plata que cuelga de tu cuello.

El forajido alargó su mano, arrebató la trompeta del cuello del rey y agregó:

Enséñame cómo se toca.

El rey tomó la trompeta y empezó a soplarla con fuerza. Sus súbditos escucharon y comprendieron que el rey se encontraba en peligro. Inmediatamente se dirigieron al lugar y capturaron a los tres ladrones. El rey entonces les dijo:

Yo también tuve un sueño extraño. Soñé que esta noche daba la orden para que tres ladrones fueran encarcelados.

El buen gusto

Un grupo de guerreros se perdió en el desierto y después de muchos días, ya sin provisiones, estaba a punto de perecer. El capitán pidió un voluntario que estuviera dispuesto a morir para que los demás se lo comieran y así pudieran sobrevivir. Al ver que nadie se ofrecía, tomó una pistola y se iba a suicidar de un tiro en

la cabeza. Inmediatamente uno de los guerreros dio un paso al frente. El capitán exclamó:

¡Ah!, ¿tú te ofreces como voluntario?

A lo cual responde el guerrero:

¡No, yo sólo quería decirle que se dé el tiro en otro lado, porque a mí lo que más me gusta son los sesos!

El guardián agradecido

Había una vez un rey poderoso que poseía un reino muy grande, pero estaba preocupado porque un ejército enemigo estaba continuamente saqueando sus ciudades. Un día el rey les tendió una trampa, capturó a su jefe y mató al resto. El jefe fue llevado fuertemente custodiado hasta el palacio donde el rey le sentenció a morir el día siguiente. El rey, sabiendo que éste era un valiente y astuto guerrero, ordenó que, para evitar que escapara, lo maniataran y lo llevaran a la casa de Amín, su más avezado guerrero, para que él personalmente lo vigilara durante toda la noche.

Al atardecer, Amín se sentó frente al prisionero y con mucha calma le preguntó de dónde era. Este le dijo que era de Ariad. Amín le comentó que conocía muy bien esa ciudad y que tenía muy buenos recuerdos de ese lugar. Le contó que hacía casi quince años que él había vivido allí y que un día había estado a punto de morir a manos de unos ladrones pero su amigo Abdulah El Karim, a quien ya no había visto, pero que recordaba con mucho agradecimiento, le había salvado la vida. El prisionero le dijo que él era Abdulah El Karim. Amín se echó hacia atrás muy sorprendido, luego con los ojos desorbitados se le acercó para ver detenidamente su rostro, y constató que, efectivamente, aunque con unas arrugas de más y la barba y el pelo un poco encanecidos, se trataba de su amigo. Se le echó al cuello muy emocionado y le pidió perdón por la forma en que había sido tratado.

Abdulah le dijo que se alegraba mucho de verle nuevamente y que no se preocupara por él, que si su destino era morir al día siguiente, él estaba resignado y tranquilo. Al amanecer Amín habló con el rey y le contó todo lo sucedido. También le rogó que por favor le dejara morir en lugar de su amigo para mostrarle su agradecimiento. El rey, impresionado por la nobleza de su súbdito le dijo que no era necesario, e inmediatamente anuló la pena de muerte para Abdulah El Karim y le dio la libertad. Abdulah, en agradecimiento, sirvió al rey y luchó por él por el resto de su vida.

El osado capitán

Una vez un temible capitán musulmán capturó un barco enemigo. Los tripulantes, al verse vencidos le pidieron que les perdonara la vida y que a cambio ellos engrosarían sus filas y lucharían por él. El capitán aceptó; luego, con los dos barcos capturó un tercero e hizo lo mismo. Más tarde decidió atracar en un territorio enemigo y desembarcó con todos los hombres de sus tres barcos.

Para sorpresa suya le esperaba un ejército que era cinco veces mayor que el suyo. Al verse imposibilitado de hacerle frente ordenó quemar los barcos para concienciar a sus guerreros de que la única alternativa era vencer. Estos, al verse en tan desesperada situación, lucharon con tal arrojo y valentía que lograron finalmente la victoria.

El rey bueno

Era un rey que amaba a su pueblo y quería lo mejor para todos. Pidió a varios súbditos de su palacio que se mezclaran entre la gente y escucharan los comentarios acerca de él. Los súbditos, para hacer que el rey se sintiera bien le decían que todos se expre-

saban a su favor. Sin embargo, uno de ellos le decía lo contrario. El rey decidió dejar su trono por unos días y se disfrazó de pobre para parecer como uno de ellos.

Un día, al caminar por una estrecha calle vio dentro de una casa a cuatro niños que lloraban frente a una mujer. Cerca de la mujer había una cocina improvisada con una olla hirviendo. El disfrazado rey llamó a la puerta y al ser recibido le preguntó a la mujer por qué lloraban los niños. Ella le dijo que desde hacía varios días que no comían y que por las noches ella ponía en el fuego esa olla con agua dentro y les decía a los niños que esperaran que se cocinaran unas verduras que estaba preparando. Cuando los niños se cansaban de esperar, les ordenaba que se fueran a dormir.

La mujer también le dijo al rey que así como ellos, había otras familias porque el rey que tenían era muy indiferente con el sufrimiento del pueblo. El rey salió de la casa muy triste y se dirigió al palacio, tomó muchos alimentos, los echó en un saco, se lo colocó sobre su hombro y lo llevó a la mujer con los niños, se quitó el disfraz, se identificó y le dijo: «Vuestro rey os ama y hoy os ha visitado, y aun tengo que visitar otras casas para que todos conozcan cuánto realmente les amo».

El falso capitán

Un día dos marroquíes, quienes eran amigos inseparables, decidieron irse a España. Careciendo de medios económicos para hacerlo en forma legal, tuvieron que arriesgarse a irse ilegalmente. Al llegar a España, marchaban juntos un día por una de las calles de la ciudad, cuando repentinamente uno de ellos encontró una billetera que contenía la tarjeta de identidad de un capitán de la policía.

Después de discutir acaloradamente por la posesión de ese do-

cumento, finalmente el otro le arrebató la billetera. En cuanto la tuvo en sus manos, aparecieron dos policías y les pidieron sus documentos. El que se había hecho a la fuerza de la tarjeta de identidad del capitán, instintivamente se la dio.

Los policías al ver el documento inmediatamente le saludaron muy respetuosamente. Luego le pidieron los documentos al otro, quien un poco molesto les dijo:

Esa tarjeta es mía, porque yo la encontré primero.

La tetera humana

En cierta ocasión una mujer fue a pedir prestada una tetera a una de sus vecinas. Su amiga le prestó la única tetera grande que tenía, pero le dijo que se la cuidara porque le había costado mucho dinero. La mujer le dijo que no se preocupara, que ella la cuidaría como cosa propia. Al cabo de varios días la mujer que había pedido prestada la tetera regresó a casa de su vecina y le devolvió la tetera junto con otra tetera pequeñita, y le dijo que algo extraño había pasado: que la tetera había tenido una teterita. La vecina se sorprendió mucho pero le manifestó que aunque no lo comprendía, se alegraba que eso hubiera sucedido.

Después de un mes, la mujer volvió a solicitarle la misma tetera a su vecina, quien con mucho gusto se la volvió a prestar. Pasaron los días, las semanas, los meses, hasta que la vecina le preguntó a la mujer si ya había desocupado la tetera. Esta le respondió que no se había atrevido a decírselo para que no se sintiera mal, pero que desafortunadamente la tetera había muerto.

El ganador absoluto

Este chiste me lo contó Ahmed, un amigo marroquí. Un egipcio, un holandés y un marroquí pasaban por una jaula donde se encontraba un gorila que apestaba mucho. Ellos decidieron hacer

una apuesta en la que el que lograra permanecer por más tiempo dentro de la jaula junto al gorila, sería considerado como el más valiente. Entró el egipcio y después de dos minutos de permanecer junto al gorila no soportó por más tiempo el mal olor e inmediatamente salió de la jaula. Entró el holandés y después de dos minutos y medio salió desesperado de la jaula pidiendo aire puro. Luego entró el marroquí... ¡y el gorila salió corriendo!

El policía sabelotodo

Una joven llamada Nadia tenía tres hermanos, quienes continuamente discutían y peleaban entre sí. El mayor se llamaba Nadie, el mediano Ninguno y el menor Tonto. Un día Nadie y Ninguno empezaron a maltratar a Tonto. Éste, al verse acosado logró huir y casualmente se encontró con un policía, a quien jadeando le dijo:

¡Señor policía, Nadie me insultó y Ninguno me pegó!

¡Usted de verdad que es tonto!

¿Cómo lo sabía?

La voz de fuego

Los campesinos del norte de Marruecos tienen fama de comer los alimentos muy calientes, en cambio los que viven en las ciudades los comen sin calentar. Se cuenta que una vez, un hombre que vivía en la ciudad fue invitado por un campesino a comer en su casa. Cuando estaba la familia reunida para comer, los dos hombres se sentaron a la par. Empezaron todos a comer, excepto el invitado quien al ver el humo que despedían los alimentos no se atrevía a probarlos. El campesino, al darse cuenta, volvió su rostro hacia el de su invitado, y al invitarle efusivamente a comer... ¡le quemó la cara!

La puerta real

Un día en un manicomio, un psiquiatra quería saber si los pacientes estaban mejorando, y dibujó una puerta en la pared para observar sus reacciones. Vino el primero y cuando vio la puerta dibujada fue y trató de abrirla buscando desesperadamente el picaporte. Al no encontrarlo se enfadó mucho y empezó a golpearse la cabeza contra la pared y luego se fue. Después vinieron otros dos e hicieron lo mismo, pero luego vino otro, vio la puerta dibujada y se fue a sentar a una silla. El psiquiatra al ver su actitud le dijo:

Muy bien, Tomás, veo que ya estás progresando, porque tú has visto el dibujo de la puerta y no has tratado de abrirla.

El paciente respondió:

¿Y para qué?, ¡si yo tengo la llave!

¡Bon appétit!

Un rey se preparaba para recibir al primer ministro de su país vecino, y tenía dentro de su comitiva de servicio un vasallo bastante descuidado. Por lo tanto, decidió hablar con él para que no cometiera ningún error. Le llamó y le dijo:

Escucha, cuando yo esté comiendo con el primer ministro y tú nos sirvas o pases muy cerca nos debes decir: «¡*Bon appétit!*!».

El vasallo prometió al rey hacerlo y se retiró. Al día siguiente, cuando el rey y el primer ministro comían, el vasallo se aproximó a ellos para servirles el postre y les dijo:

¡Bon appétit!

Más tarde el rey y el primer ministro se sentaron en el gran salón y cuando hablaban se acercó el vasallo y le dijo al rey:

¡Bon appétit!

Se retiró el vasallo y después de un rato se les acercó otra vez

y dijo lo mismo. Después que el primer ministro se hubo retirado del palacio el rey, muy enfadado, mandó llamar a su vasallo y le dijo:

¡Yo te dije que nos dijeras *bon appétit* cuando estuviéramos comiendo!

¡Sí, su majestad, pero yo vi que usted le estaba comiendo el coco!

C. Cristianos de Marruecos bajo acoso¹

Cometieron el peor pecado contra su religión: convertirse al cristianismo

«¿ES USTED ESPÍA o misionero?». Gilberto Orellana tiene aún grabada la pregunta del comisario de policía de Tetuán que le interrogó largo y tendido hace una década. El jefe guardó las formas, pero algunos de sus subordinados le insultaron y le amenazaron al tiempo que le gritaban: «¡Dinos qué es lo que haces en Marruecos!». Le levantaron la mano, pero nunca le pegaron.

Tras años de estancia en la capital del antiguo protectorado español, Orellana había sido descubierto. Este salvadoreño que ejercía como profesor de música en el conservatorio de Tetuán era también pastor evangélico que se esforzaba, con mucha discreción, en convertir a colegas y alumnos.

¹ Artículo escrito por Ignacio Cembrero (Casablanca, Marruecos), publicado en el diario de mayor tiraje de España, *El País*, en su edición dominical del 26 de febrero de 2006, pp. 4 5.

Excepto una pequeña minoría judía de unas 3.500 almas, en Marruecos toda la población es, en teoría, musulmana. El Código Penal reconoce la libertad de culto, pero su artículo 220 también prevé entre seis meses y tres años de cárcel para todo aquel que intente quebrar la fe musulmana, es decir, para los que hacen proselitismo.

«Algunos escolares no querían ni siquiera tocar la Biblia», recuerda ahora Orellana en su piso de Málaga, donde se instaló con su familia en 1995. «A veces dejaban de hablarme cuando les empezaba a dar cuenta de mi fe», prosigue. Otros, en cambio, se adentraron por el camino propuesto por el pastor. «Hubo cinco bautismos en la bañera de mi casa y un sexto, el de una hermana algo gordita, en el mar», afirma orgulloso.

Esa labor le valió una condena a un año de cárcel, aunque sólo pasó tres semanas en el presidio de Tetuán, hacinado en una celda con 16 traficantes de droga. La movilización internacional hizo que el juicio de apelación se celebrase rápidamente. Quedó absuelto y, tras pasar 72 horas en una comisaría sin comer ni beber, fue expulsado a Ceuta. Los conversos marroquíes, a los que les habían caído ocho meses de cárcel, fueron también puestos en libertad por el tribunal de apelación tetuaní después de recitar la profesión de fe musulmana: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta». Al hacerlo, las ovejas descarriadas volvían, al menos formalmente, al rebaño de la ortodoxia religiosa.

A estos dos discípulos de Orellana la policía marroquí les asestó unos cuantos golpes. Yussef, nombre supuesto, estudiante de Ciencias de Taourit, una pequeña ciudad situada no muy lejos de Melilla, tuvo una experiencia parecida hace tan sólo nueve meses, después de haberse convertido siguiendo los programas de SAT 7, una televisión evangélica en lengua árabe con sede en Beirut.

En plena noche, unos gendarmes le sacaron a trompicones de la cama para interrogarle en el cuartelillo sobre su fe cristiana. Le propinaron algún que otro puntapié antes de soltarle.

«Le dije que en el Marruecos de hoy en día el ciudadano víctima de abusos dispone de cauces para tratar de hacer valer sus derechos, pero el chaval tenía exámenes y su prioridad era sacarlos y no dedicar tiempo a protestar por lo sucedido». El que cuenta su conversación con Yussef es Alí, marroquí y pastor evangélico en el este del país. A condición de que su verdadero nombre y el de la ciudad donde ejerce no figure en este periódico, ha accedido a conversar con este corresponsal en un populoso café.

No ha sido fácil dar con Alí ni con sus correligionarios. Las iglesias marroquíes no figuran en la guía telefónica ni disponen de páginas web. Las iglesias católicas o protestantes, que gozan de un estatuto legal en Marruecos y que sólo pueden atender a fieles europeos y subsaharianos, apenas conocen a los conversos y no facilitan sus números. Una larga cadena de contactos permite localizarles. Cuando uno de ellos otorga su confianza al periodista, toda la comunidad se abre.

«Lo que le pasó al pastor centroamericano, e incluso al hermano Yussef, es irrepetible en las grandes ciudades de Marruecos», asevera Alí mientras bebe a sorbitos su café. «A los cristianos nos siguen convocando de vez en cuando a comisaría, a mí me citaron la última vez hace un par de meses, pero es para charlas en tono amistoso en las que intentan sonsacarnos cosas», añade. «No hay golpes, ni amenazas, ni advertencias ni mucho menos cárcel como los hubo en tiempos de Hassan II. Sólo hay, digamos, exceso de celo en lugares pequeños».

«El problema», prosigue mientras mira de reojo buscando a algún hipotético soplón sentado cerca de nuestra mesa, «ya no son las autoridades», aunque en Massa, al sur del país, Jamaa Ait

Bakrim fue condenado en 2003 a 15 años por proselitismo y destrucciones de propiedades públicas. «El problema son los familiares, los vecinos, la sociedad en su conjunto», insiste. «El *majzen* [entorno del rey] quiere saber todo lo que hacemos, pero ya no quiere impedirlo siempre que seamos cautos. Le preocupa también nuestra seguridad, que no nos agredan unos fanáticos».

Nacido en una familia numerosa de clase media alta, Alí, que acaba de rebasar los 40 años, tuvo una crisis religiosa en su adolescencia. «El Dios del islam no me comprendía y con 16 años acabé declarándome ateo», recuerda. «El islam, tal y como se interpreta actualmente, es una losa. Al entrar en la universidad un compañero me dejó la Biblia. Encontré a un Dios que me aceptaba como era para después cambiarme». Se convirtió. Profundizó el conocimiento de su nueva religión a través de un curso por correspondencia. «Recibía cartas sin membretes de un país árabe, en teoría muy musulmán».

«¿Sabe que, para mi entorno, es más aceptable que sea ateo que cristiano?», señala el pastor, casado y padre de dos hijos. «Ser ateo es un error de juventud, ser cristiano es una traición», asegura. «No sólo has rechazado el islam sino que te has pasado a la religión del colonizador francés. La gente se piensa que te has convertido porque así te será más fácil emigrar legalmente a Europa o vas a obtener a cambio algún provecho económico». Un sondeo del instituto norteamericano PEW señala que el 61% de los marroquíes tienen una opinión negativa del cristianismo.

Radouan Benchekroun, presidente del Consejo de los Oulemas (sabios religiosos) de Casablanca, contribuye a fomentar este criterio: «Los evangélicos engañan a la gente, la atraen con dinero y con apoyo social. Propagan mentiras sobre el islam y los musulmanes», añade. «Renegar de su religión es el mayor pecado que pueda cometer un musulmán».

Por eso, a medida que Alí revelaba su nueva fe, fue perdiendo amigos. «No fue fácil», rememora. «Les pedía que me juzgaran por mi comportamiento, no por mi elección religiosa. Algunos lo aceptaron e intentaron comprenderlo. Incluso entre mis 12 hermanos, tres se convirtieron». En la familia de Alí, como en otras muchas, las primeras que dieron el paso fueron las mujeres.

«Ser cristianas es, para ellas, ser más libres y más iguales a los hombres», explica Abdelhak, otro pastor evangélico que ha fundado un club de amigos supuestamente fanáticos de la informática, tapadera para poder reunirse más fácilmente con sus fieles. Abdelhak no tuvo que convertirse porque, recalca sacando pecho, «tengo el privilegio de tener unos padres cristianos». Optaron por el protestantismo justo después de la independencia, hace medio siglo.

Los domingos y los días de fiesta los cristianos se dan cita, para rezar, en casas particulares, generalmente la de su pastor. «Solemos ser entre 15 y 20, porque congregar a más gente llamaría la atención», indica Alí. «Por eso en mi domicilio las entradas y las salidas son espaciadas. En el casco antiguo de la ciudad hay también un puñado de artesanos cristianos que, como trabajan el domingo, oran al Señor los viernes».

Los conversos no frecuentan las iglesias oficiales porque quieren crear la suya propia, árabe o berebere, o porque hacerlo pondría en apuros a párrocos y pastores extranjeros, a los que Rabat podría acusar de proselitismo. En Navidad algunos, sin embargo, no se aguantan y franquean la puerta del templo. «La pareja de policías de guardia durante el culto ni se inmutó y el pastor, que me conoce, me miró sorprendido mientras me sentaba entre los fieles», recuerda Abdelhak.

Lo peor para los cristianos, según coinciden todos los entrevistados, son el mes de ayuno del Ramadán y las fiestas musul-

manas. «Aunque no comemos en plena calle durante Ramadán tampoco respetamos la abstinencia, ni celebramos el *iftar* [ruptura del ayuno], ni degollamos un cordero con motivo del *Aid*», subraya Alí. “Es entonces cuando los vecinos te miran como un bicho raro y te sientes de verdad diferente”.

Al lado de los pocos pastores reconocidos por las autoridades están llegando a Marruecos estos últimos años otros muchos, como antaño Gilberto Orellana, cuya actividad declarada, muchas veces cooperante, esconde su empeño misionero. La mayoría son estadounidenses aunque en sus filas figuran también algunos latinoamericanos. «La Administración Bush les alienta y su Embajada en Rabat les brinda, incluso, un cierto amparo», afirma un diplomático europeo acreditado en esa capital.

¿Cuántos son? La prensa estima en 500 a los nuevos pastores, con frecuencia formados en tres universidades evangélicas de Estados Unidos, y esparcidos por todo el país. La cifra no sorprende a las iglesias reconocidas. Su desembarco inquieta hasta el punto de que el Istiqlal (Independencia), la segunda fuerza parlamentaria, interpeló, en mayo en ambas cámaras, al ministro de Asuntos Religiosos, Ahmed Taoufik sobre «la ofensiva evangélica». «El pueblo marroquí (...) exige medidas concretas para garantizar su seguridad espiritual», insistía At Tajdid, órgano de los islamistas moderados.

Taoufik echó balones fuera en su respuesta aunque su predecesor sí envió una circular a los oulemas para que pusieran en guardia a la población. Por esas fechas el Ministerio del Interior expulsó también a un pastor surafricano, Dean Malan, de Marraquech. Pero aunque les incomoda el activismo evangélico, a las autoridades les resulta difícil ir más lejos. A Rabat acuden importantes delegaciones de las iglesias evangélicas de Estados Unidos que se entrevistan con ministros. «Se benefician de un trato

de favor porque nuestro *majzen* no ahorra esfuerzos para agradar a Bush», asegura el semanario independiente *Le Journal*.

Gran mayoría de evangélicos

En su intervención parlamentaria, Abdelhamid Aouad, del partido nacionalista Istiqlal, evaluó en 40.000 a los marroquíes convertidos y advirtió de que el objetivo evangélico era lograr que en 15 años, el 10 por ciento de la población fuese cristiana.

La cifra es muy exagerada. Jean-Luc Blanc, presidente de la Iglesia Evangélica de Marruecos, la que goza de reconocimiento oficial, la rebaja a «una horquilla de entre 800 y 1.000», de los que sólo 200 serían católicos. «Es verdad que el número aumenta. Casi tocan a un pastor por converso», subraya.

Los más optimistas de los pastores evangélicos entrevistados calculan que sus fieles se elevan a 3.500, a los que hay que añadir otros 500 católicos, anglicanos, etcétera.

Blanc establece dos categorías de conversos: «Aquellos que intentan vincularse a iglesias tradicionales y que son gentes acomodadas, muchos de ellos profesores o pertenecientes a profesiones liberales».

«Los fundamentalistas cristianos predicán más bien entre las clases desfavorecidas y se aprovechan de su debilidad para convertirlos», prosigue poniendo de relieve sus discrepancias con los misioneros anglosajones con los que apenas mantiene contacto.

Este pastor francés, que recibe a periodistas marroquíes, les explica que ni él ni los demás pastores o sacerdotes extranjeros con estatuto oficial hacen proselitismo. «Respetamos la ley», recalca.

Pese a su prudencia acaba, de vez en cuando, perdiendo la pa-

ciencia cuando le preguntan si el militantismo evangélico supone un peligro para Marruecos. «Mire», contestó en una ocasión, «la gran pregunta consiste más bien en averiguar si la libertad religiosa es una amenaza para Marruecos». Blanc no responde a su pregunta pero sí lo hace Alí, pastor marroquí. «Es una libertad básica, pero la presión islamista hace que el Estado no se atreva a consagrarla en las leyes».